

PÍO BAROJA

LOS CONTRABANDISTAS VASCOS



Lectulandia

Este volumen recoge tres novelas cortas en las que Pío Baroja, en sus últimos años, vuelve con nostalgia la mirada al País Vasco. El epicentro de estas tres novelas es la frontera. Un espacio geográfico, real, y con nombres propios: Irún, Bera, Etxalar, Zugarramurdi, Sara, Ascain, Ainhoa, el monte Larrún y la bahía de Txingudi; que también coincide con el «País del Bidasoa», el país literario de Baroja.

En la primera de las novelas, «Marcos el del molino» (1948), el argumento gira en torno a la vida de un médico y su mujer en una aldea vasca. En el ejercicio de la profesión, el médico siente curiosidad por una extraña familia que habita un inhóspito molino, una especie de bruja o hechicera y su no menos rara descendencia. Así mismo, Baroja aprovecha la trama de la novela para tratar el tema de la casta «maldita» de los «agotes» de Bozate y sus oscuros orígenes.

En «Los contrabandistas vascos» (1954), el protagonista principal, Fermín, parece predestinado a un trágico desenlace. Don Pío, probablemente apoyado en testimonios de primera mano de algunos viejos contrabandistas de Bera, narra la realidad social del contrabando, las anécdotas y las leyendas en torno a este fenómeno en la zona del Bidasoa.

«Los amores de Antonio y Cristina» (1953) no es sólo una historia romántica y de frontera entre dos almas algo difusas y perdidas en medio de una época convulsa; es un documento fundamental donde Baroja, o sus trasuntos, vierten sus recuerdos sobre los combates y bombardeos en Irún durante la Guerra Civil.

Lectulandia

Pío Baroja

Los contrabandistas vascos

ePub r1.0

Titivillus 12.11.15

Pío Baroja, 2012
Imagen de cubierta: Ricardo Baroja

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota a la edición

En la introducción a la edición de los *Cuentos Vascos*, publicados en otoño de 2011 en esta misma editorial, se explicaba por qué se dejaban fuera de dicha edición «otras novelas cortas, o tentativas de novelas», posteriores al periodo comprendido entre 1900 y 1918. La razón principal era que estas obras se alejaban en cuanto a estilo, tono y ambición (además de existir en medio una larga brecha cronológica) de lo que era el embrión de *Vidas Sombrias* y los cuentos y novelas cortas que en los años inmediatamente posteriores crecieron a su alrededor. Entre los dos periodos pasaron muchas cosas: la situación de España y Europa en general y del mismo Baroja, en particular, como es bien sabido, eran bien distintas. Sus inquietudes y preocupaciones también eran otras.

Bajo el título genérico de *Los contrabandistas vascos*, agrupamos tres novelas cortas en las que Baroja, en el último tramo de su vida, vuelve la mirada con nostalgia al País Vasco. Un país, que ya no era el mismo al evocado en *Cuentos vascos*; un país que había sufrido las consecuencias de una cruenta guerra civil, sito en una Europa con otra guerra, esta vez mundial. A lo largo de estas tres novelas, en unas de manera más sutil y en otras más explícita y recurrente (como es el caso de *Los amores de Antonio y Cristina*), abundan los relatos y las referencias concretas a estos dos grandes conflictos históricos y a otros no tan recientes que condicionaron la Historia.

El epicentro de estas tres novelas es el llamado «País del Bidasoa». Este «país literario» creado por Baroja (sin ánimo de molestar a nadie) se extiende a ambos lados de la frontera franco-española. En lo paisajístico era y es de variada paleta de grises y verdes en montes de escasa altitud, con mucha agua en el Bidasoa y sus regatas, y de abundantes días lluviosos y oscuros. Vera, Echalar, Zugarramurdi, Sara, Ascain, Ainhoa, el monte Larrún (o Larhun): un paisaje de sobra conocido por todos los conocedores de la geografía barojiana.

En cuanto a los personajes, muchos de ellos ya formaban parte del universo de Baroja y aunque quizás con un protagonismo menor, o de actor secundario, ya son sobradamente conocidos. Me refiero a los contrabandistas, carabineros, milicianos, requetés, palomeros, brujas, caseros e indianos, y también a algún nombre propio, como Anchoca o Ganish, que aparecen de nuevo en estas páginas.

En definitiva, una tierra muy trajinada durante los siglos XIX y XX, a pesar de que solo ocupe un lugar secundario en los atlas de la Historia. Un pequeña comarca (aunque no figure como tal en los mapas) en torno a un corto río de poco más de cincuenta o sesenta kilómetros, que probablemente no difiera mucho en sus personajes, fiestas y costumbres de las tierras vecinas de Guipúzcoa o de Navarra, pero que sí tiene alguna singularidad y diferencia que no podemos pasar por alto. La principal, el hecho de estar a caballo entre dos países, el ser zona de paso, «tierra de

nadie» para los que se van y los que vuelven, y el carácter que su posición geográfica impone a los paisanos, a sus trabajos y a la manera de vivir y entender la vida.

En 1954, la editorial Biblioteca Nueva, de Madrid, publicó bajo el título de *Los contrabandistas vascos*, la novela homónima junto a *Las hermanas Mac Donald*, *Los amores de Antonio y Cristina* y *Los amores de un médico de aldea*. En la edición que ahora presentamos se recogen las últimas correcciones manuscritas a las ediciones anteriores. Por coherencia temática y cronológica se ha añadido a la compilación de 1954 la novela corta *Marcos el del molino*, y se han eliminado *Las hermanas Mac Donald* y *Los amores de un médico de aldea*.

En la primera de las novelas *Marcos el del molino* (versión definitiva, de 1948, de *Anchoca el afilador*) el argumento gira entorno a la vida de un médico y su mujer en una aldea vasca. En el ejercicio de la profesión, el médico siente curiosidad por una extraña familia que habita un inhóspito molino, una especie de bruja o hechicera y su no menos rara descendencia. Así mismo, Baroja aprovecha la trama de la novela para tratar el tema de la casta «maldita» de los «agotes» de Bozate y sus oscuros orígenes. Esta novela corta apareció en el libro *Los enigmáticos*.

En *Los contrabandistas vascos*, el protagonista principal, Fermín, parece predestinado a un trágico desenlace. Don Pío, probablemente apoyado en testimonios de primera mano de algunos viejos contrabandistas de Vera de Bidasoa, y muy alejado de la doctrina épico-mitológica sobre el contrabando que hoy abunda en nuestra tierra, nos habla de la naturaleza contradictoria del hombre, de sus ambiciones y también de la traición; da testimonio de la realidad social del contrabando y de las anécdotas y leyendas entorno a este fenómeno en la zona del Bidasoa.

Los amores de Antonio y Cristina, [Publicado por primera vez en «La novela del Sábado», n.º 5, Madrid, 1953] no es solo una historia romántica y de frontera entre dos almas algo difusas y perdidas en una época convulsa; es un documento fundamental donde Baroja, o sus trasuntos, vierten sus recuerdos sobre los combates y bombardeos en Irún y alrededores durante la Guerra Civil.

PÍO BAROJA

**marcos
el del
molino**


epublico

Hace ya veinte años pasé yo un verano en Madrid. Me había mordido un perro, que podía estar rabioso, y fui a ponerme en tratamiento al Instituto Cajal, de la Moncloa. Iba todas las mañanas a que me pusieran inyecciones antirrábicas. Una tarde, después de comer, marché en automóvil, con un editor, a ver una casa de campo en la sierra, que se vendía, y que él quería comprar. La casa a mí me pareció demasiado solitaria; pero el editor tenía entusiasmo por ella, y no había por qué desilusionarle.

A la vuelta nos detuvimos en el pueblo, que se llama, como la sierra, Guadarrama. Tenía este una plaza rectangular, con tres lados ocupados por unos edificios espaciosos, y una parte libre, que daba a la carretera.

En esta plaza había mesas de café, y el editor me invitó a sentarme allí a tomar algo.

—Aquí se está fresco —me dijo.

—Sí; para mí, casi demasiado —contesté yo—; como que me voy a poner el gabán.

Efectivamente, me lo puse. Estuvimos charlando. Poco a poco, la plazoleta se fue llenando de gente, que volvía de la sierra en automóvil.

—Nos iremos pronto —me dijo el editor.

—Sí; cuando usted quiera.

—Voy a ver si falta gasolina al auto y a hablar por teléfono con Madrid.

Se levantó mi compañero, y un momento después se presentaron un señor y una señora, que, sin duda, andaban buscando mesa.

El señor me dijo:

—Perdone usted. ¿Está usted solo?

—No; estoy con un señor; pero creo que nos vamos.

—Así, que nos podemos sentar..., porque no hay sitio.

—Sí, sí; siéntense ustedes.

El señor era de un aire sonriente y amable. La señora, con el pelo canoso, pálida, muy blanca, tenía un aire decidido, observador y un poco desconfiado.

El editor no venía. El señor de la mesa me dijo:

—Su amigo de usted no viene; quizá tiene alguna dificultad.

—Sí; es posible.

—Yo creo que le conozco a usted.

—Puede ser.

—¿No es usted vascongado?

—Sí.

—¿De San Sebastián?

—Sí.

—Entonces ya sé quién es usted. ¿Y cómo está usted el verano aquí? Usted tiene una casa allá, en el Norte.

—Sí.

Le conté mi accidente con el perro.

—¡Qué contratiempo más desagradable!

—¡Qué se va a hacer!

—Yo también soy guipuzcoano, de Motrico.

—Bonito pueblo.

—Sí, y soy también médico. Viví con mi mujer muchos años en una aldea vasca.

Esta señora es mi hermana.

La saludé.

En esto se presentó el editor a decirme que teníamos que marcharnos en seguida, porque le habían comunicado de Madrid que tenía que terminar varias diligencias antes de hacerse de noche.

—Bueno; pues vámonos —dije yo.

—Si no tiene usted prisa, yo le llevaré en mi auto —me indicó el señor que se había sentado a la mesa—. La tarde está muy agradable.

Yo me quedé un poco vacilante.

—Lo que usted quiera —indicó el editor—. Si se encuentra usted bien, quédese usted, porque yo pienso marcharme a la carrera.

—No me gusta molestar.

—Para mí no es molestia —dijo el señor desconocido y paisano.

—No quiero abusar.

—Le advierto a usted que tenemos sitio de sobra en el auto y que iremos despacio.

—Bueno, entonces me quedo.

Me quedé y charlamos de varias cosas. Luego, mi paisano y compañero me dijo:

—He leído algunas cosas de usted, en que habla de su vida de médico de pueblo. He recordado varias veces una historia de una curandera medio bruja que conoció usted en Cestona.

—Sí; creo que he escrito algo sobre eso.

—Es raro, porque yo conocí otra en la aldea donde estuve, algo parecida.

—No me choca: tiene que repetirse el tipo.

—La curandera que conocí yo no tenía el carácter tan clásico como la de Cestona. Quizá le aburra contando su historia.

—No, no; le oiré a gusto. No tenemos nada que hacer.

—Pues entonces se lo contaré con todos los detalles que recuerde. Como hace mucho tiempo que pasó esto que le voy a contar, puede que yo confunda mis recuerdos con lo que he leído hace poco de usted.

—Eso ya es fastidiar —dijo la señora.

—No —advertí yo—, ¿por qué?

—La curandera que conocí yo no era flaca, morena y aguileña, sino una vieja abandonada y harapienta.

—Cuenta usted, le escucho con gusto.

—Muy bien, entonces lo cuento. Yo me llamo Juan Zabaleta.

—Yo...

—No tiene usted que decir quién es, porque le conozco.

—Entonces, nada; adelante con la historia.

Hace ya muchos años —me dijo el señor del auto— había ido yo a establecerme a una aldea vasca. Antes estuve una larga temporada en un pueblo de la provincia de Burgos, donde se ganaba poco. Además, la vida era ruda y áspera.

A mí me gusta el País Vasco, con su lluvia y sus neblinas.

Aunque de chico había hablado algo el vascuence —siguió diciendo—, ya por entonces lo tenía olvidado por completo. Luego aprendí las frases necesarias para un interrogatorio médico, y con esto me bastaba para ir tirando.

Fue un amigo de mi padre el que me prometió que me conseguiría una plaza en un pueblo vasco.

Cuando llegué a este había una rivalidad sañuda entre los dos médicos, que se hacían la contra empleando toda clase de procedimientos feos, y la gente empezaba a cansarse de sus rencillas.

Al llegar pasé unos meses en la fonda, en la cual me dieron una alcoba y un despacho para recibir a los enfermos.

Mi intención era establecerme y casarme.

Tenía novia en Madrid, donde había estudiado la carrera.

Mi novia me escribía que buscara una casa independiente. La idea de vivir en la fonda no le hacía gracia.

Vi dos o tres caserones vetustos, que me parecieron destartalados y sombríos. También me ofrecieron un chalet moderno, en la carretera principal, pero me pareció un poco caro. Después me recomendaron una casa en una calle relativamente angosta y que unía los dos barrios de la aldea. A esta calle sin nombre la llamaban la *estrato*, o sea ‘la entrada’, y en vascuence, *arbide*.

«Quizá le parezca a usted la casa un poco lejana», me dijeron.

Fui a verla.

La fachada a la calle, que daba al monte, era un poco oscura y sombría; pero la parte de atrás, orientada al Sur, era magnífica.

Tenía una huerta muy hermosa, y, al terminar esta, un manzanal cruzado por un arroyo.

La casa, por esta parte, se abría con un gran balcón corrido de madera, al que subía una vieja parra nudosa, que al principio de verano se llenaba de hojas verdes.

Delante había un raso sembrado de hierba, con dos hermosos tilos, un magnolio y un banco. Después seguía el manzanal hasta el arroyo.

La casa, como digo, era grande y vieja. Estaba en esta callejuela a la que decían *estrata* que unía los dos barrios del pueblo, y en donde había varios conventos.

La fachada era de piedra, con entramado de madera, y como estaba oscura por la humedad y daba al monte, parecía bastante sombría. Tenía una puerta un poco más alta que el nivel del suelo de la entrada. A los lados de la puerta había dos ventanas con rejas y una argolla de hierro, destinada a atar las caballerías por el ronzal.

Esta casa, Arbide, en vasco ‘camino de piedra’, por el sitio en donde estaba, había sido de un cura erudito, y, por lo que luego vi, todavía quedaban algunos libros suyos, muy pocos, arrinconados en un cuartucho de la buhardilla, que servían para encender el fuego.

Se decía que el cura había comprado libros en el pueblo y en los alrededores. Meses después de haber muerto no se encontró casi nada. Un pariente suyo, al liquidar todo lo que tenía el cura en su casa, quemó notas, papeles y libros. Después decía con satisfacción y con una sonrisa estólida: «Todos los papeles y los libros los hemos quemado; todos.»

Sin duda, este auto de fe le parecía una manifestación de talento y de genialidad.

No sé qué tendría aquel cura erudito; pero, seguramente, guardaría algo curioso. Yo creo que hace ochenta o cien años, un aldeano bruto y tosco, encontrándose unos libros, los hubiera respetado; pero un aldeano de nuestro tiempo no; cree que su brutalidad es un mérito que merece un premio.

Al principio vacilé en alquilar el caserón; me parecía que estaba un tanto ruinoso y un poco lejos de la plaza. La gente conocida creía lo mismo.

Como soy hombre que no se fía de las opiniones ajenas, ni aun de las propias, marché desde Arbide con el reloj en la mano, y vi que, a un paso corriente, se tardaba en llegar, desde el viejo caserón a la plaza, unos seis minutos. Nada.

El alquiler de Arbide era barato.

Me decidí y escribí a mi novia, mandándole un plano de la casa.

Me contestó diciendo que la alquilase.

Cuando la vio, tiempo después, se mostró entusiasmada, y luego ya no quiso salir de Arbide durante mucho tiempo.

Hablé con un carpintero y un albañil para que fueran reparando los desperfectos, y lo hicieron tan bien y por un precio tan exiguo, que era verdaderamente irrisorio.

También tomé un peón para trabajar en la huerta, y una chica de un caserío próximo venía todas las mañanas a arreglar las habitaciones.

A los tres o cuatro meses de mi llegada a Arbide estaba habitable, aunque le faltaban detalles, que mi mujer y yo fuimos con el tiempo añadiendo y completando.

El verano fui a Madrid, me casé y volví al pueblo con mi mujer y mi suegra.

Mi mujer pensó que debíamos comprar algunos muebles antiguos para decorar Arbide con más propiedad.

«Está muy bien la casa —decía—. Bastante lejos para no tener tertulias pesadas y para ir a un barrio o a otro con rapidez.»

Mi mujer tenía, sin duda, una gran afición inédita por los trabajos del campo, y poco después ella dirigía la siembra y cuidaba de las gallinas, de los conejos y del cerdo.

Mi suegra, en cambio, no se encontraba a gusto. La soledad le inquietaba. Se relacionó y visitó a la gente del pueblo, que era, por lo general, chismosa y aburrida, y luego se marchó a Madrid.

Mi mujer, por el contrario, cada vez tuvo más afición y entusiasmo por la casa y su huerta. De cuando en cuando iba a San Sebastián a comprar simientes y traía noticias de aquí y de allá.

Arbide, en los primeros tiempos de nuestra estancia, parecía embrujada. De noche se oían ruidos, que debían de ser de los ratones y de los gatos, que daban carreras por el suelo del desván.

Después, el boticario me dio un veneno que acabó con los ratones, y aquel campo de Agramante de la buhardilla terminó en un lugar de silencio.

La cocina de Arbide era muy amplia, con una chimenea de hogar bajo, de piedra, incómoda quizá para guisar, pero excelente para calentarse los pies los días de invierno. Como era tan ancha, cabían en ella grandes troncos de árboles.

Yo no le quería quitar a la cocina aquel aspecto arcaico que le daba la campana, el hogar de piedra, la placa de hierro del fondo, con unas figuras toscas, y los bancos de los lados.

Mi suegra, de espíritu moderno, dijo que había que poner una cocina económica; yo me opuse hasta el último instante, pero tuve que claudicar, porque comprendía que era incómodo guisar sobre el fogón en el suelo.

Por fin, llegamos al acuerdo de que se pusiera la cocina económica en una despensa próxima no muy grande.

Perdone usted que le hable tanto de la vieja Arbide —dijo el doctor Zabaleta—, pero ¡qué quiere usted! Es de las pocas cosas que me han salido bien en la vida, y la recuerdo con cariño.

Después de nuestra instalación en Arbide mandamos hacer varios muebles un poco toscos a un carpintero del pueblo, que trabajaba tan barato que parecía que lo hacía todo de balde. Este carpintero, a quien llamaban *Martín Bisharra*, Martín ‘Barbitas’, hubiera sido un ideal de la corporación si no hubiera tenido tan mal carácter y fuera un poco menos testarudo. Había que reconocer que a terco no le ganaba nadie.

No había manera de que hiciera unas sillas o un velador un poco ligeros, no; todo tenía que ser macizo, a poder ser, de roble.

Los tres o cuatro sillones que nos hizo estuvieron en el mismo sitio que se colocaron desde el primer día, porque para moverlos hacía falta una fuerza que ni mi mujer ni yo teníamos.

No era posible convencerle al carpintero Bisharra de que algunas cosas las deseábamos diferentes de las habituales. No; solo se podían hacer como él estaba acostumbrado a hacerlas.

Mi mujer y yo nos acostumbramos pronto a la vida del pueblo, nos encontrábamos muy bien y salíamos poco de Arbide.

Yo no esperaba ni en mi mujer ni en mí una adaptación tan completa. Cinco o seis años más tarde no la pude convencer de que volviéramos a Madrid, si no quería ir a la capital o a otra ciudad española.

«¿Para qué volver a un pueblo grande? —decía ella—. No vale la pena. Todas son molestias y estupideces; aquí llevamos una vida más natural y mejor.»

El clima, como usted sabe, no es muy frío en aquella parte; pero a veces hace inviernos duros, y el campo y los montes se cubren de nieve. En días así no salíamos de la cocina.

Claro que en esta época mala tenía yo bastante trabajo; en cambio, cuando llegaba la buena estación apenas había enfermos, y nos pasábamos mi mujer y yo la vida visitando a algunas personas de las cuales nos habíamos hecho amigos, cuidando de la huerta y de las flores y pescando en el arroyo próximo a la casa.

Hacíamos también excursiones a pie y a caballo y estuvimos en el monte Aralar a ver sus dólmenes, y en las cuevas de Zugarramurdi a visitar el escenario de las célebres brujas de Vasconia.

Mi mujer se acostumbró de tal manera al pueblo, que parecía como si hubiera vivido siempre en él.

Quizá en este último tiempo industrialista no hubiésemos llegado a adaptarnos de una manera tan completa. En aquel tiempo, la época tenía algo de patriarcal.

Los primeros años se pasaron pronto, y cuando quisimos pensar en algún cambio de residencia nos encontramos tan ligados al pueblo, que nos era molesta la idea de cualquier desplazamiento.

A pesar de que el escenario era pequeño, muchas historias curiosas le podría

contar de esta aldea. Todos los pueblos fronterizos tienen casi siempre tipos raros que van y que vienen; vidas oscuras con su interés novelesco.

Varias veces vi a la madre de Marcos el del molino, que pasaba en compañía de un chiquillo, que, sin duda, era nieto o bisnieto, por la senda que contorneaba la huerta de Arbide, con la idea seguramente de ver si cogía algo.

El chico era un muchacho de trece a catorce años, esbelto y fino; con frecuencia llevaba un manojito de hierbas bajo el brazo, y a veces un capacho, donde seguramente ocultaba sus pequeños latrocinios.

Pregunté a qué se dedicaba la vieja, y supe que era la curandera del barrio. Se la tenía por bruja. No era el tipo clásico de la hechicera del pueblo, flaca, seca, negra. Era más bien una mujer abandonada, con la rara estupefacta, las mejillas rojas, de aire hepático, y el pelo blanco, muy raro.

Se contaban cosas muy absurdas de ella. Se decía que comía gatos y lagartos y que hacía algunas operaciones misteriosas con cabellos de mujeres y de hombres.

También se creía que la vieja maleficiaba a la gente con unas cuerdas, atándolas con nudos o desatándolas, no sé con qué objeto.

Se aseguraba que algunas veces la vieja metía imágenes en el río o en el canal de la presa, y que las tenía como de castigo; que preparaba emplastos con hierbas medicinales y que mezclaba a veces con ellas sangre de lagarto, de víbora o de escorpión. La gente creía que esto no estaba permitido y que entraba en el capítulo de las cosas prohibidas y nefandas. Son las fantasías populares.

Lagartos y víboras hay, indudablemente, en el país; escorpiones creo que pocos, o si los hay es en algunas zonas calientes y pedregosas de la región, que yo no conozco. Es muy posible que la vieja curandera utilizara algunos de estos pequeños arácnidos, que por su aspecto parecen alacranes, pero que no tienen la virulencia y el veneno de los verdaderos.

La vieja vivía en un molino medio arruinado que se llamaba *Errota-Azpicua* ('Molino de Abajo'). Para identificar a este bastaba con saber su situación, al lado de un puente, y el detalle de que, en la puerta de la casucha, encima de la aldaba, había sujeta una flor de cardo.

El molino, pequeño y ruinoso, de la orilla del arroyo estaría a unos diez minutos de mi casa.

Le bordeaba un antiguo sendero empedrado, que, al decir de personas cultas, era una calzada romana. Cerca del molino había un puente muy bien construido, con un arco perfecto y sus dovelas admirablemente hechas, que contrastaba con otro moderno, cuya construcción era tosca y descuidada.

El arroyo se llamaba de la Cola de Pato; en vascuence, *Piru-buztango-erreca*. El molino era una casa achaparrada, con ventanas pequeñas y una puerta con escaleras que bajaban hacia el arroyo. El tejado se hallaba lleno de piedras, y la chimenea medio derruida.

La casa se encontraba dominada por las hierbas parásitas, que se apoderaban de

ella desde la planta hasta el tejado.

En la parte más alta, por donde llegaba el agua del arroyo, tenía una acequia ancha y profunda, con una compuerta que se podía abrir y cerrar para los usos del molino.

Allí se molía muy poco o casi nada. A veces, una vieja llevaba medio saco de maíz; pero nunca aparecía una carreta con alguna cantidad regular de grano.

La casa tenía en el interior una parte con su piedra para moler, otra de cuadra y otra de vivienda, con una cocina con el suelo roto y la chimenea ruinosa.

Al lado de la casucha, en una cuesta, estaba la huerta, irregular, angosta, sin sol, con un aire mísero y una capa delgada de tierra vegetal que se iba llevando la lluvia.

Luego, sin duda, a los habitantes no les gustaba trabajar, y en vez de hermosas coliflores o lechugas, se veían en la cuesta árida unas coles largas con unos vástagos blancos, retorcidos, que parecían serpientes, y algunas plantas de tabaco.

Los de la familia, más que a trabajar, se dedicaban al contrabando y a algunas otras actividades ilícitas.

El hijo, Marcos, conocido por *Anchoca*, vaciaba con alguna frecuencia la acequia próxima y cogía truchas y anguilas, que vendía en el barrio. Con este motivo tenía sus discusiones con el guardapesca, que era hombre que consideraba el río y los arroyos del pueblo como si fueran de su propiedad.

Se oía con mucha frecuencia hablar de la gente del molino.

Constituía el elemento literario del barrio, el que se prestaba a más comentarios y a más consideraciones éticas y sociales.

Pregunté varias veces por la familia. Por lo que dijeron, la vieja curandera tenía mucho odio a los médicos, que, al parecer, la habían denunciado por ejercicio ilegal de la profesión, y en el odio comprendía al alguacil y al alcalde, hombre este muy meticuloso y formalista.

El aislamiento le había dado a toda la familia de *Errota-Azpicua* unas ideas absurdas sobre muchas cosas, y un tinte huraño y de desconfianza con las personas. Entre la madre, medio bruja, y el hijo, medio tonto, el ambiente de la familia era muy extraño.

El primer Anchoca que apareció en el pueblo era Baltasar Erlazai, que venía del Baztán, y a quien algunos tenían por agote. Baltasar se casó con Magdalena Echeverría, chica un poco loca y absurda. Baltasar tenía varios oficios. En una época trabajó en una mina como arriero. Luego, de peón de las huertas; después, de recadista.

Al casarse tuvo cuatro hijos: la primera, Genoveva, una muchacha muy guapa, que se casó o se enredó con uno y desapareció, dejando un chico, Joaquincho; el segundo, Marcos el afilador; la tercera, Mari Bautista, y el cuarto, un mozo medio tonto, llamado Donato. La madre, Madalen, con sus tres hijos y su nieto, vivían desde hacía tiempo en el molino.

Mari Bautista era conocida en todo el pueblo, por su aire poco gallardo, con el apodo de *Bote de Tomate*, o sea, en el argot vascocastellano de la comarca, ‘*Tomate Poto*’.

A los dieciocho años, Genoveva se marchó a servir a Bilbao, y allí se casó con un tipo de aire de señorito muy pinturero, y un año después apareció con un chico. Dejó el niño, Joaquincho, en el molino, y después ya no volvió ni se supo nada de ella. Unos dijeron que se había separado del marido y se dedicaba a la mala vida; hubo quien llegó a asegurar que estaba en París de jefa de una banda de apaches.

En esta época, en el molino vivían la vieja señora Magdalena (la ‘*Andre Madalen*’) y sus tres hijos y el nieto.

Después, Baltasar Erlazai se hizo arriero, y anduvo trayendo carbón de los montes. Más tarde trabajó de peón en la carretera que se estaba construyendo.

Ya en este tiempo se dijo que la vieja del molino solía hacer conjuros y adivinar el porvenir echando unas habas en un cedazo y moviéndolo hasta que las habas formaran algo como letras.

Tales fantasías deben de ser antiquísimas, porque he leído que los pitagóricos no querían comer habas, pensando que en ellas vivían las almas de los muertos.

Estas supervivencias de ideas quiméricas y de absurdos es algo extraordinario en los hombres.

El amor por la mentira deja sorprendida y maravillada a una persona normal.

También decían que la vieja, la Andre Madalen, practicaba exorcismos, y que por medio de rezos y de latinajos quitaba los demonios del cuerpo y curaba a las personas y a los animales.

Desde luego, en aquella familia medio loca debía de entrar en grandes dosis el alcohol, pues muchas veces veíamos al chico con una bota a la espalda, o a la vieja con un capacho de donde salía el cuello de una botella.

A la casa del molino iban tipos raros y absurdos, entre ellos un viejo que hablaba con Marcos, que, al parecer, creía en la transformación de los hombres en pájaros, zorros y perros. Decía este que muchas veces se le presentaba su padre en figura de

perro, y que él y un amigo, los días de luna llena, solían convertirse en gatos y se iban a los caseríos próximos a beber la leche recién ordeñada.

También contaba aquel viejo que en las peñas de Izarra algunos días aparecían unos enanos vestidos de azul, con saquitos de oro, que entraban y salían por unas galerías misteriosas del monte.

La vieja del molino, la Andre Madalen, se mostraba huraña y poco comunicativa. En una ocasión, un aficionado a la fotografía quiso hacerle un retrato, y la Andre Madalen protestó y se enfureció, y dijo que esto daba mala suerte.

Alguna vez que en el monte me crucé con ella, y quise pararla para hablar, no fue posible. Huía siempre al verme. Sin embargo, una vez la encontré y la abordé.

Una tarde que llovía a chaparrón y me cogió el temporal a más de una hora del pueblo, al pasar por un barranco delante de una cueva llamada Sorguiñ-Zulo, nombre que quiere decir ‘agujero de la bruja’, entré a refugiarme.

Tenía esta anfractuosidad un vestíbulo o atrio bastante espacioso, formado por rocas.

Me interné, viendo que era posible, y me encontré en la boca de la cueva. Existía una hendidura entre piedras, con el suelo encharcado, que seguía hasta un hueco lleno de estalactitas blancas y rojizas y de algunas columnas de los mismos colores, que daban a aquel agujero, en pequeño, cierto aire de gruta fantástica o de salón de *Las mil y una noches*.

Había un pequeño manantial en el suelo, que formaba un estanque casi ovalado, de dos o tres metros de diámetro, de agua muy clara y cristalina, con algunos renacuajos que corrían de un lado a otro trazando unas líneas brillantes.

En los extremos de la oquedad principal se encontraban aberturas que quizá daban a otras galerías.

Al principio supuse si habría en el techo algún boquete por donde entrara luz, pero después advertí que dentro de la caverna había fuego. Entonces me interné un poco más, llevado por la curiosidad, a ver quién se encontraba allí. Estaban la vieja, la Andre Madalen, y el chico. Habían hecho una hoguera con palos y ramas. Las paredes y el techo de la cueva redonda se hallaban llenos de murciélagos, que se sostenían con las uñas de las alas en los resquicios de las piedras y en las rugosidades de las estalactitas, que colgaban como lágrimas. Cuando la vieja arrojaba puñados de helecho seco a la hoguera, las llamas subían en el aire, y los murciélagos, al sentir el calor, se agitaban y comenzaban a lanzar gemidos agudos.

—¡Abuela, abuela! —gritaba el chico, espantado—. ¡Que se queman!

—¡Que se quemen! —contestó la vieja con violencia—. Esos también son malos.

—¿Por qué han de ser malos? —pregunté yo en broma—. Ellos no tienen la culpa de ser raros y negros.

Al oírme, la vieja quedó sobrecogida.

Cuando le indiqué que yo era el médico nuevo se alarmó más; pero yo la intenté calmar, diciéndole que no estaba en mi ánimo el denunciarla ni perjudicarla en nada.

—Puede estar usted tranquila —añadí—. Yo no soy enemigo suyo.

Entonces me aseguró confusamente que en sus emplastos no empleaba más que hierbas, y que no era verdad que usara sangre de sapo, ni de escorpión, ni de serpiente. Esto, para ella, debía de tener mucha importancia.

Yo le dije:

—No importa. Puede usted emplear en los emplastos lo que quiera. Ahora, para beber no dé usted nada, porque eso sí está prohibido.

Desde entonces, la Andre Madalen, cuando pasaba por delante de la huerta de mi casa y me veía, enseñaba el manojito de hierbas, que solía llevar en la mano como muestra de su inocencia.

Mi mujer le daba algunas cosas al chico: galletas, ciruelas o nueces, que él tomaba con timidez, pero no conseguía que el chico hablara. Generalmente aceptaba lo que le daban y permanecía mirando al suelo como avergonzado.

Algún tiempo después, hablando de la Andre Madalen y de mi encuentro con ella en Sorguiñ-Zulo, me dijeron en la tertulia de la farmacia que al construir el camino nuevo tuvieron que destruir y abrir aquella cueva, y, según parece, se encontraron en el suelo algunas monedas antiguas y huesos de persona.

Yo, en este tiempo, fui con mi mujer a Madrid; mi suegra se encontraba enferma. Si hubiese estado en el pueblo me hubiera gustado ver lo que se encontró en Sorguiñ-Zulo.

Las monedas las compró un forastero; no supimos si valían o no valían ni de qué época eran. Naturalmente, allí no había curiosidad por estas cosas.

La vieja, la Andre Madalen, tenía algunas personas que la protegían, entre ellas unas señoras que veraneaban en el pueblo.

Las dos señoras nos hablaron a mi mujer y a mí de la curandera.

La Andre Madalen, como le he dicho a usted, vivía en el molino abandonado, Errota-Azpicua, que se levantaba cerca del arroyo Piru-buztango-erreca (el 'arroyo de la Cola del Pato').

La Andre Madalen era viuda. Había estado casada con Elazai, medio arriero y medio contrabandista, que era, al parecer, agote.

Le llamaban de apodo *Trucuman*, palabra que ni en castellano ni en vasco creo que quiera decir nada, a no ser que sea una transformación de la palabra «truchimán», que procede del árabe, en cuyo idioma parece significar 'intérprete' y 'hombre osado y de pocos escrúpulos'.

Estos agotes formaban una raza misteriosa y despreciada, ya próxima a desaparecer. Vivían, los pocos que radicaban en el País Vasco, en los alrededores de Arizcun, en un valle, o, más exactamente, en una pequeña aldea colocada en un cerro, que se llama Bozate.

Esta cuestión posiblemente la conoce usted tan bien o mejor que yo; pero, en fin, yo diré lo que sé, y si en ello hay algo nuevo, eso saldrá usted ganando.

—No se preocupe usted.

—Bien. Este poblado no tenía nada de diferente a los demás, al menos visto de fuera, y, sin embargo, penetrando en él, se notaba algo, al menos antes, que indicaba tristeza y abandono. Allí vivía un pueblo despreciado desde hace siglos.

Los agotes, que en Francia llaman *cagots*, eran unos parias a quienes durante cientos de años se les impuso un régimen de aislamiento.

Yo no sé si se conoce a punto fijo su origen ni por qué se los considera extraños al país; lo único que se sabe es que la población vasca y gascona los recibió con tal hostilidad, que formó entre ellos y los advenedizos una barrera infranqueable. Se ha escrito bastante sobre los agotes. Parece que los libros más conocidos sobre ellos son *Las razas malditas de Francia y de España*, por Francisco Michel, y *Los parias de Francia y España*, del vizconde de Rochas.

Unos creen a los agotes de origen exótico, descendientes de heréticos, de arrianos; otros suponen que proceden de leprosos y de gafos. Todas estas razas perseguidas se han considerado durante mucho tiempo practicantes de la hechicería y de la magia.

Es curioso que los pueblos antiguos asignaran a las razas que consideraban perversas, al mismo tiempo que la maldad, la sabiduría.

En la Edad Media, y después durante mucho tiempo, allí donde existía poblado de estos parias había para ellos una entrada distinta en las iglesias, sitio aparte en ella y pila de agua bendita especial. También tenían su rincón en el cementerio para ser enterrados.

Llevaban en épocas antiguas, como distintivo, una pata de ganso cortada en paño rojo y aplicada y cosida al traje, en la espalda, para que se los distinguiera desde

lejos.

Durante largo tiempo, estas gentes despreciadas no podían pertenecer a la Iglesia. En casos de discusiones o de pleitos, tenían que presentar siete testigos para contrarrestar el testimonio de uno no agote. Tampoco los dejaban ir por el camino o por la calle sin zapatos, para no contaminar con sus enfermedades supuestas a los demás.

Los agotes de Bozate, como los de fuera de Bozate, eran, en general, molineros, carpinteros, canteros y tejedores, y por afición se dedicaban a pescadores, músicos y tamborileros.

Por entonces, en las proximidades de Arizcun, y en tres o cuatro leguas a la redonda, los chicos se insultaban y se acusaban de agotes.

Los que eran de familia señalada de estos parias contestaban a los demás llamándolos *perlutas*, o sea ‘peludos’, porque antiguamente los vascos usaban el pelo largo.

Al padre de Marcos, ya en su vejez, no se le veía nunca en la calle. Según parece, solía pasarse las horas muertas en la huerta de su casa tejiendo mimbres para el asiento de las sillas.

Tanto el padre como la madre tenían cierto aire exótico, aunque se presumía que eran de un pueblo próximo al Baztán.

Marcos tampoco tenía el aire del país, y había en su vida cierta originalidad.

De chico cantó en la iglesia, porque tenía buen oído y una voz bonita; también hacía algunas veces de monaguillo. Luego anduvo de peón y de contrabandista.

La hermana, Tomate Poto, estaba de niñera con una familia del pueblo, y Donato, el inocente, cuando no acompañaba a su abuela, recogía los botes de la calle, los ataba con una cuerda y jugaba con ellos, arrastrándolos como si fueran caballos.

Marcos el afilador, alias *Anchoca*, también llamado por algunos *Trucuman*, como su padre, era tipo enérgico, original y de carácter.

Una de las familias protectoras de la gente del molino quiso enviar a Marcos a un seminario próximo, donde estudió un curso; pero al llegar el verano se escapó con otros chicos y apareció en su casa.

Desde entonces, la gente le consideraba como un tipo perdido.

Marcos tenía gustos de bufón; de joven, hacía payasadas en el Carnaval con cierta gracia, y uno de estos días, vestido de máscara y montado en un burro, remontó por el agua el arroyo Piru-buztango-errecá, que venía bastante crecido, hasta el molino.

Otro Carnaval apareció con una blusa llena de plumas y una corona de hojalata.

Yo no sé de dónde sacaría estas fantasías, pero supongo que habría algo de tradición oscura en todo ello.

Otra vez, en Navidad, se vistió de *Olentzero* y anduvo en unas andas, llevado por la chiquillería del pueblo. Fueron recorriendo todas las casas y cantando:

*Olentzero buru haundia,
entendimentu gabea,
bart arratzean
edan omen du,
hamar erruko zagia.*

Esto supongo que quiere decir: ‘Olentzero, cabezota, sin entendimiento, ayer noche ha bebido diez grandes pellejos (de vino)’.

Se conoce que en aquellos días, de andar cantando por las calles, con el frío de la noche, se puso enfermo, y aunque yo quise visitarle, no hubo modo de poder entrar en el molino. Me dijo la Andre Madalen que su hijo no tenía nada. Debieron de creer que yo quería meterme en la casa para fisgar, y en parte estaban en lo cierto, porque yo tenía interés en ver cómo vivía aquella familia.

Era Marcos, sin duda, un hombre curioso y de ideas fantásticas; algo debió de heredar de su madre.

Sentía una curiosidad poco corriente en los demás; tenía también cierto arte para resolver todas las dificultades que se le presentaban. Era un tipo de originalidad y de poca conciencia. Decía de su madre que no sabía nada de brujería, que no tenía condiciones para la profesión, porque una bruja verdadera sabía tocarse la muñeca con los dedos largos de la mano, y la Andre Madalen no lo sabía.

Por entonces empezaron los ensayos y experiencias de Marcos. Estuvo aprendiendo el oficio de carpintero con un viejo llamado Salomón. Al final se hizo afilador. Desde entonces le llamaron *Anchoca Zorrotzale* (‘Anchoca el Afilador’).

Se le solía ver al anochecer por el sendero del molino, junto al río, con su máquina de afilar y con un perro ratonero.

Era hombre absurdo y contradictorio; hablaba en la taberna mal de los curas, y luego iba vestido de negro, con un aire muy contrito, en las procesiones.

Decía unas veces que era liberal, otras que era carlista; con unos afirmaba que no creía en nada, y con otros que todas las fantasías de las brujas eran ciertas. Añadía que había animales, sobre todo pájaros, que unos daban la buena y otros la mala suerte.

Seguramente, en la familia quedaban muchas supersticiones transformadas y bastardeadas por el tiempo.

Marcos el afilador era un tipo raro, de ideas distintas a la generalidad, de otras inclinaciones y de otra manera de explicarse, que no se parecía a nadie del pueblo ni a nadie de su familia.

Cuando yo le conocí tendría unos veinticinco años. Era un tipo rechoncho, fuerte, de cara cuadrada y pelirroja, un poco chato, zambo y zurdo. Tenía expresión de socarrón y de ladino y usaba anteojos de plata, aunque, al parecer, veía muy bien sin ellos.

Vestía, al menos en verano, cuando yo le vi por primera vez, un traje de tela azul desteñida, gorra gris y llevaba una caja grande de metal, casi cilíndrica, en bandolera, donde guardaba hierbas.

No tenía tipo ni indumentaria rara. Parecía que no le gustaba tenerlos. Se le hubiera tomado por un hombre del centro de Europa. El uso de la gorra, en vez de la boina del país, le daba ya un cierto aire exótico. Hablaba el castellano mejor que la gente del pueblo.

Anchoa, el afilador, había vivido algún tiempo en Francia. Había sido cantero, pescador y fabricante de zuecos.

Tenía fama de conocer las plantas medicinales mejor que su madre, y de que cogía las víboras con los dedos, agarrándolas por el cuello y estrujándolas hasta ahogarlas.

La mayoría no serían víboras, sino pequeños reptiles inofensivos.

Las supuestas víboras servían para los emplastos que hacía la madre.

Esto de coger víboras con la mano, fuera cierto o no, decía que lo había aprendido de un señor raro que vivía hacía, mucho tiempo en el pueblo. También suponían que este señor, medio naturalista, medio espiritista y vegetariano, le había enseñado el sistema de conocer los hongos bien, y así, comía una serie de variedades de setas que la mayoría de la gente del pueblo las tenía como venenosas, y que, al parecer, no solo no lo eran, sino que podían considerarse como muy buenas.

Respecto a las víboras, Marcos contó la historia de un cazador de estos reptiles, que los vendía a los boticarios y que los tenía guardados en un barril. Una noche que estaba en la cama, al despertar, se encontró con que los venenosos animales se habían escapado de su prisión y, buscando el calor, le rodeaban el cuerpo. El hombre no perdió la cabeza; llamó a su mujer y le dijo que colocara en medio de la alcoba una caldera llena de leche caliente. Las víboras, al sentir el olor, comenzaron a

desenrollarse del cuello, de los brazos y de las piernas del cazador hasta que su cuerpo quedó libre. Todas abandonaron la cama y fueron cayendo a la caldera. Allí quedaron medio hartas y medio ahogadas. El hombre cogió unas pinzas, las sacó de la caldera y luego les cortó la cabeza.

Yo dije, al oír la relación: «A esto hay que añadir la frase italiana “Se non è vero, è bene trovato”».

A pesar de que Marcos se dedicaba a una gran diversidad de tareas y ocupaciones, era hombre que odiaba fundamentalmente el trabajo, sobre todo si era igual y constante.

Claro que esto no era un carácter de raza que le pudiera distinguir de los demás. Podía decir, como un antiguo poeta agote del Bearn, en unos versos célebres entre sus colegas:

*Encuer que cagots siam,
nou non dam:
Touts sem hills deu pai Adam.*

(‘Aunque seamos agotes, poco nos importan las palabras: Todos somos hijos del padre Adán.’)

No era fácil encontrar un hombre que fuese tan poco trabajador como Marcos, y al mismo tiempo tan capaz de pasarse horas y horas en cualquier menester que le pudiera proporcionar dinero.

Solía encontrársele a orillas del arroyo esperando que una trucha o que una anguila saliera de su agujero, sin dejar su punto de observación hasta conseguir su objeto, que, naturalmente, era pescarla.

Todas las pequeñas complicaciones del contrabando le entusiasmaban, y era capaz de estar una noche entera al pie de un árbol o debajo del alero de un caserío o en un día de lluvia, y, sin embargo, no lo era de pasarse unas horas en un taller trabajando en una misma labor. Aseguraba que la monotonía de las cosas le desesperaba.

Decía también que se había de hacer rico como fuera, por las buenas o por las malas, y que él no iba a ser tan tonto para quedarse en aquel rincón miserable, porque el mejor día levantaría el vuelo y se iría donde mejor le conviniera.

Donato, el último hijo de la casa Errota-Azpicua, que era un pobre degenerado, medio idiota, medio loco, andaba por la carretera hecho un andrajoso, seguido de los chicos, que se burlaban de él y le gritaban:

—¡Donato, cara de gato!

Entonces él se paraba delante de uno de los chicos, y le decía, señalándole con el dedo índice de la mano izquierda:

—Tú eres como un caballo sin cola.

—¿Y este? ¿Cómo es? —le preguntaba algún chico.

—Este es como el grillo que no sabe cantar.

—¿Y esta chica?

—Esta chica es como la gallina ciega de la *Cerora*, que le faltan plumas en el cuello.

Marcos, el afilador, había enseñado a Donato a robar por las huertas próximas; pero como el tonto no tenía sentido, lo mismo se llevaba unas manzanas o unas peras que un montón de cáscaras de habichuelas o de patatas.

El secretario del Ayuntamiento hizo un expediente para que llevaran a Donato a un asilo de la capital, y se lo llevaron.

Sin duda, aquella familia tan absurda molestaba a Marcos el afilador, pero no hacía nada para impedir su vida miserable y desarreglada, y tan pronto protestaba de aquella gente, y en esta palabra incluía a todos los de la casa, considerándolos absurdos e inaguantables, como colaboraba él mismo en la burla y en la chacota contra los miembros de la familia.

Tenía probablemente Marcos lo que llamaban los freudianos un complejo de inferioridad, porque si no se comprendía su rencor por la gente del pueblo, que la mayoría no le había hecho nada. Sembrar la cizaña en todas partes le parecía algo magnífico. Así se vengaba de todos.

Tenía proyectos, la mayoría irrealizables, para enriquecerse y para arruinar a los otros, lo que le producía gran entusiasmo. También tenía planes políticos más o menos absurdos.

En la época del buen tiempo, Marcos salía del pueblo con una máquina de afilar cuchillos y tijeras, pero no llevaba la máquina al hombro, como los demás del oficio, sino que la transportaba en un carrito de ruedas tirado por un caballo pequeño y peludo. Él aseguraba que hacía grandes recorridos, y que llegaba unas veces a Castilla, a Andalucía y otras a Galicia y a Portugal.

Toda la vecindad creía que el afilador era hombre de intenciones aviesas. Se aseguraba que escribía anónimos y denuncias para indisponer y sembrar la cizaña en las familias, y se le creía capaz de cualquier mala faena. Marcos y toda su parentela no gozaban de simpatías en el barrio.

Algunos sábados por la noche, los mozos del pueblo, que salían de una taberna no

muy lejana al molino Errota-Azpicua, al pasar por cerca de la puerta de este golpeaban y tiraban piedras, y a veces cantaban una canción sobre una Andre Madalen, que decía, así:

Andre Madalen, Andre Madalen:

Laurden erdi bat olio.

Aitak jornalak irabastea,

ama pagatuko dio.

Andre Madalen errotakoa.

Ireki nazazu atea,

zure senarrak datorrelako

ardoaz ondo betea.

(‘Señora Magdalena, señora Magdalena: un medio cuartillo de aceite. Cuando mi padre haya ganado el jornal, la madre se lo pagará. Señora Magdalena del molino, abra usted la puerta, porque su marido viene completamente lleno de peleón.’)

Muchas veces, al oír estos gritos y estas canciones, Marcos el afilador se asomaba a una de las pequeñas ventanas de su ruinoso casa, sacaba la cabeza amenazadora y cómica como Guiñol, y gritaba:

—¡Borrachos, miserables! ¡Id a chillar a otra parte!

Los alborotadores no cejaban por oír esto, sino que contestaban con sus gritos y con otras canciones, cuando no tiraban piedras a las ventanas y a las puertas del molino.

Días después, si el afilador encontraba a cualquiera de los jóvenes alborotadores, se le acercaba y le decía: «Volved otra vez a chillar en mi casa o a tirar piedras, ¡estúpidos, miserables!, y saco la escopeta y empiezo a tiros y no queda uno de vosotros. ¡Canallas, idiotas!».

En el otoño, cuando los robledales quedan amarillentos por las hojas marchitas, se les solía ver a la vieja y al chico con fardales de hongos, que los vendían en las tiendas. Según los del pueblo, sabían los sitios donde los hongos abundaban y eran más grandes y mejores.

La Andre Madalen, después de mi encuentro con ella en Sorguiñ-Zulo, debía de tener por mi mujer y por mí una gran consideración; algunas veces venía el chico a casa con una cesta llena de hongos; mi mujer le daba algún dinero y unas frutas y él se marchaba encantado.

También el nieto y la abuela iban a recoger bellotas, que luego vendían para el ganado.

Algunas veces, al anochecer, cuando volvía yo del monte de hacer alguna visita por los caseríos y pasaba por delante del molino, y veía la ventana entornada, suponiendo que estaría fisgando la vieja, decía: «Adiós, Andre Madalen. ¡Buenas noches!».

Ella, al verse descubierta, se retiraba de la ventana.

Yo sabía que la vieja era curiosa y que espiaba mi paso y suponía probablemente

después quién podía estar enfermo en la gente que vivía en los caseríos de alrededor.

La hermana del afilador, Mari Bautista, conocida por el poco elegante sobrenombre de Tomate Poto, era gorda, cuadrada, chata y pálida. Tenía un tipo exótico, como su hermano: ojos claros verdosos, pelo rubio y la piel pecosa. Usaba también anteojos, y se ponía, sin duda, varias faldas, como si quisiera aumentar el volumen de su cuerpo.

Esto había hecho que la gente joven del pueblo le diera el apodo de *Bote de Tomate* ('Tomate Poto').

Mari Bautista había estado de niñera en varias casas, pero como era de mal genio y de intenciones aviesas y, al parecer, pegaba a los chiquillos que cuidaba, la echaban de todas partes.

Tomate Poto tuvo amores con un carabinero muy chulo, que no quiso casarse con ella. Algunos dijeron que este carabinero había pedido una plaza de verdugo vacante en una Audiencia, lo que produjo gran sensación en todo el barrio.

A consecuencia del desengaño, Tomate Poto salió del pueblo y estuvo algún tiempo en una aldea francesa próxima a Bayona, con una vieja medio hechicera, que componía huesos y hacía bebedizos.

Tomate Poto, según dijeron, tuvo el retrato del carabinero en la pared con dos alfileres clavados en los ojos.

De la vieja bruja francesa aprendió Tomate Poto varios secretos del arte.

Uno de estos era curar una misteriosa enfermedad del estómago haciendo extender al paciente los brazos como al desperezarse. Algunos, sin duda enfermos nerviosos, se encontraban mejor después de aquellas pandiculaciones terapéuticas.

Tomate Poto, además de sus movimientos de gimnasia, había aprendido algunas otras maniobras médicas extrañas.

Mari Bautista, al volver a la aldea, vino transformada. Se acicalaba, se maquillaba y vestía con elegancia. Seguía hablando mal de todo el mundo, sobre todo de las chicas del pueblo, y las pintaba como muy casquivanas y locas. Era descarada y malévola.

El chico pequeño, Joaquincho, que era el que acompañaba a la vieja Andre Madalen, se diferenciaba mucho de sus tíos. Era parecido a la abuela, esbelto, muy aguileño, de ojos oscuros y pelo castaño tirando a negro.

Se le hubiera tomado por un chico guapo si no hubiera estado siempre sucio, medio desnudo y harapiento.

De la familia del molino Errotar Azpicua no se sabía nunca más que trastadas; aventuras de contrabando, de rapiña o algo por el estilo.

Era una astucia, un engaño del afilador, un intento supuesto de aborto hecho por Mari Bautista, cuando no un filtro o uno bebedizo que dejaba enfermo al que lo tomaba, o un escándalo de la Andre Madalen, que había reñido en la calle, a gritos, con el alguacil o con un vecino.

Una noche que estaba leyendo al lado del fuego un tomo de la biblioteca del antiguo cura, que había sido el dueño de la casa Arbide —siguió diciendo el doctor Zabaleta—, llamaron a la puerta con insistencia.

—¿Quién es? —pregunté yo, saliendo al balcón.

—¿Está el médico?

—Sí, aquí estoy. ¿Qué pasa?

—Soy yo, el alguacil.

—¡Ah! Bien. ¿Ocurre algo? Pase usted.

El alguacil entró.

—Hay una vieja —dijo— que ha aparecido muerta en la acequia del molino, en Piru-buztango-errecá. El juez ha dicho que vaya usted.

—Bueno, ya voy.

Me puse las botas, cogí el paraguas y salí de casa con el alguacil.

Se sacó a la orilla el cadáver de la vieja.

Cuando nos acercamos a ella y la vimos a la luz del farol, comprendimos todos, por el pelo blanco y el traje negro desgarrado, que era la Andre Madalen del molino *Errota-Azpicua*.

No había nada que hacer. A juzgar por la frialdad y la rigidez del cadáver, hacía ya tres o cuatro horas que la vieja había muerto.

—¿Se habrá suicidado? —preguntó el secretario del juez.

—No lo creo —dije yo.

—¿Por que?

—Pienso que andaría buscando sus plantas a orillas del arroyo, y como tenía mala vista, se ha deslizado y se ha caído.

—¿Usted la conoce?

—Sí, es la Andre Madalen del molino.

—Sí, es ella —añadió el alguacil.

El tener en la mano derecha un manojo de hierbas muy apretado entre los dedos, justificaba la suposición de que se había resbalado mientras andaba buscando plantas en la orilla.

El juez reconoció que esto era lo más probable. Después, el alguacil fue al pueblo, y en la taberna encontró al enterrador, un borrachín impenitente, y entre los dos llevaron el cadáver de la vieja al cementerio, en cuya capilla se depositó.

Al día siguiente tuve que ir a hacer la autopsia.

Cuando estaba dispuesto a la tarea, acompañado del alguacil y del sepulturero, se presentaron Marcos y su hermana Mari Bautista, Tomate Poto.

Marcos me preguntó si iba a abrir a su madre. Le dije que la ley obliga a explorar las tres cavidades en casos parecidos; pero como la causa de la muerte era clara y de completa evidencia, no lo haría.

Los dos hermanos se mostraron en parte muy curiosos y muy indiferentes en cuestión de sentimiento. Me preguntaron si podrían quedarse con las ropas de su madre.

«Sí, se pueden quedar ustedes con ellas.»

El despojo me hizo muy mala impresión. Se veía que no querían dejar sobre el cadáver nada, ni del más ínfimo valor. Se llevaron varias prendas de tela negra, míseras, unas monedas de cobre, una cadena con unas medallas y escapularios, y un librito que me pareció un catecismo muy usado y seboso.

Después, los dos hermanos se marcharon, y yo volví a mi casa.

Se dijo por los aficionados al folletín del pueblo que el día del accidente Marcos iba con su madre, y que la había arrojado al arroyo.

Era una invención, una completa falsedad, una cosa que no podía parecer cierta ni en un hombre tan desprestigiado como el afilador.

Otros afirmaron que la vieja se había suicidado.

Se contaba que una de las mujeres del molino de Marcos, tía suya o abuela, se había intentado matar, hacía años, colgándose de la rama de un árbol.

Al parecer, alguien cortó la cuerda con una navaja, y dio tiempo a salvar a la mujer, que murió pocos meses más tarde.

A la misma Andre Madalen, un día de desesperación se la había encontrado que iba hacia un robledal con una cuerda al hombro, con la idea de suicidarse, por una disputa que había tenido con su hijo.

Pasaron ocho o diez meses, en los cuales no oí hablar para nada de la familia de la Andre Madalen, cuando una mujer se presentó en mi casa a decirme que fuera al molino *Errota-Azpicua*, donde vivía el afilador, a ver al chico, a Joaquincho, que antes acompañaba constantemente a la vieja curandera.

El chico se hallaba enfermo y lo trataban muy mal su tío y su tía. Le hacían trabajar sin descanso, le tenían sin comer, y una mujer que había ido a vivir con Marcos, a la que llamaban la *Napoleona*, le pegaba constantemente. Esta mujer, a quien no se sabía por qué la llamaban así, no era del pueblo ni tampoco del país.

Era una mujer baja, achaparrada, con la cara ancha, los ojos claros y un peinado en círculo, como una ensaimada. Hablaba con una voz muy aguda y chillona, una voz de paleta que se da con frecuencia en el centro de Castilla.

No sabía vascuence y tenía por la gente de la vecindad un odio profundo, odio recíproco, quizá sin motivos claros, pero que existía muy arraigado en ella y en los demás.

La *Napoleona* y Marcos el afilador se pegaban. Se decía que armaban unas trifulcas espantosas y que se daban cada paliza que se deslomaban.

Fui a *Errota-Azpicua* al caer de la tarde.

El molino parecía, más que una casa, una roca cubierta de hierbas por todas partes. Las enredaderas parásitas cubrían el tejado, del cual no sobresalía más que la chimenea rota.

Del alero colgaban zarzas y hierbas parásitas.

La pequeña presa del molino cantaba en el silencio su canción misteriosa y triste.

Llamé a la puerta. Me abrió la *Napoleona* y pasé. Era por dentro un rincón destartalado y sucio. El zaguán-cocina tenía el suelo, en parte, cubierto de losas, y en parte de barro. Había en una pared una chimenea de campana, y a los dos lados troncos y ramajes. La *Napoleona* encendió una vela en el fuego y me invitó a pasar a un cuarto, que debía de ser de Marcos, con una mesa y una cama y dos escopetas colgadas de las paredes.

De este primer cuarto, que tenía una ventana pequeña sobre el arroyo, pasamos a un rincón oscuro que daba hacia el monte. Allí estaba Joaquíncho tendido, sin desnudarse, con unos sacos encima. Tenía fiebre y las mejillas rojas. Estaba demacrado. No había necesidad de molestarle con un reconocimiento para comprender lo que tenía.

La *Napoleona* me dijo que si quería descansar fuera a sentarme a la cocina. Fui; la mujer avivó el fuego, y empezaron las ramas a arder y a chisporrotear.

A su resplandor, que iluminaba las paredes, vi que había un cromo de un santo y una estampa grabada con una figura de la Cuaresma, con siete pies, en vez de dos, sin duda símbolo de las semanas de este período del año. Probablemente, Marcos adquirió el grabado fuera, porque yo no había visto ninguna figura de estas en el

pueblo ni por la provincia.

Me dijo la *Napoleona* que esperara un poco, que pronto vendría Marcos.

Efectivamente, llegó.

Le dije que el muchacho de casa estaba abandonado, y que lo mejor sería llevarle al hospital. Él confesó con indiferencia que no podía cuidarle, bastante hacía con trabajar, y que no sabía si la *Napoleona* o *Tomate Poto* le habrían pegado alguna vez al chico o no.

Entonces le dije que iba a indicar al alcalde que llevaran al muchacho al hospital.

—Muy bien —contestó él—. Me hace usted un favor. Me quita usted un estorbo.

—Bueno, pues vendrán a buscarle, porque aquí no puede estar peor.

Cuando le dijeron a Joaquincho que lo íbamos a llevar al hospital se echó a llorar sin consuelo.

—Pero, chico —le dije yo—, si vas a estar mucho mejor que aquí. Te pondrán en un cuarto limpio, con una cama blanda, te darán de comer lo que quieras y hablarás con las monjas, que te contarán cuentos, y te pondrás bueno.

El chico no se tranquilizó, pero cuando se vio en el hospital, donde le fui a ver, quedó contento.

No se curó. Tenía una tuberculosis aguda, ya muy avanzada, y murió poco después, con vómitos de sangre.

También en este caso se inventaron historias. Se dijo que Joaquincho tenía marcas y cardenales de los golpes que le daban su tía y la *Napoleona*. Yo le reconocí varias veces y no le noté nada.

Marcos el afilador, su hermana Mari Bautista y la mujer a quien llamaban la *Napoleona* dieron muchos escándalos en el pueblo. Se emborrachaban, se insultaban, se pegaban. Marcos andaba siempre metido en algún negocio turbio de contrabando o de otra clase de defraudación.

Un año después, o cosa así, hubo un asunto que apasionó mucho al pueblo, en el cual intervino Marcos.

Se trataba de una Sociedad minera formada por un supuesto cura francés, un ex obrero que llamaban *Carnaval*, y que luego se dijo que tenía un negocio de trata de blancas, y un alemán, tipo de aventurero, que había estado en África.

Se aseguró que unas minas viejas y abandonadas de un monte próximo eran magníficas, que iban a explotar de una manera moderna, que el pueblo se iba a hacer rico y que se estaba proyectando un ferrocarril minero.

Marcos el afilador, que había tomado una tiendecilla en la aldea, fue el encargado de estas minas; pagaba los jornales y dirigía los trabajos. La explotación no duró más que tres o cuatro meses. El tipo más curioso de los socios era *Carnaval*.

Este *Carnaval* era uno de los hombres más interesantes que pasaron por el pueblo. No se sabía si era del país —algunos así lo aseguraban— o si había venido de fuera.

Se expresaba en castellano como uno de Madrid, en vascuence como uno de Azpeitia; se ponía a hablar francés y quizá empleaba pocas palabras, pero, por su pronunciación, parecía un parisiense. ¡Qué hombre! De todo sabía algo. Si se trataba de Barcelona o de Lisboa, de Londres o de Nueva York, daba unos detalles que sorprendían. Era como si tuviera un mapa en la cabeza, de una precisión admirable.

Carnaval, que yo no supe cómo se llamaba de verdad, y con quien tampoco hablé, era alto, pálido, bufonesco, con una cara blanca, reblandecida, que recordaba la de una rana. El caso es que se aseguraba que tenía mucha gracia y simpatía, y que su conversación le entretenía a cualquiera. Era, al parecer, un humorista, y sus frases y sus apodos corrían por el pueblo. Tenía una precisión para el apodo verdaderamente sorprendente. Daba en el clavo como pocos. Tomaba la parte cómica de una persona a la carrera.

Carnaval, antiguo capataz de una fábrica próxima, era tipo de talento y de ingenio; andaba a la caza de gangas, y, además, como hombre cínico, dejaba parado al más listo con alguna de sus ocurrencias. Nadie se figuraba sus intenciones.

El presunto cura francés también era un tipo raro. Algunos decían que era un aventurero y que no era cura. No se llegó a saber nada de él con exactitud.

Varias personas afirmaron que le vieron después al supuesto cura en los pueblos franceses próximos, y que allí decía que buscaba yacimientos de petróleo. Para esto tenía una tienda de campaña que cerraba herméticamente y él se metía dentro y estaba allí con una luz encendida, y al salir aseguraba que en aquel sitio había petróleo o no lo había.

La Sociedad minera de Marcos, *Carnaval* y el francés, no llegó a durar más que cuatro o cinco meses.

Al cabo de este tiempo, todos los socios desaparecieron como por ensalmo.

Se dijo que los últimos pagos a los obreros los había hecho Marcos, depositando en un comercio billetes que resultaron falsos, y que tuvo una lucha a tiros con un capataz, al que dejó malherido.

Cuando comenzaron estos negocios de la mina, Marcos, que tuvo dinero, alquiló un local, que convirtió en almacén, en donde vendía de todo: cartuchos, zapatos, cuadros, muebles, etcétera. Tenía también un anejo de la tienda, donde un mozo afilaba tijeras y cuchillos.

Marcos, que no se preocupaba para nada de la gente de la familia, rompió con su hermana y con la *Napoleona* y vivió en su casa solo.

El asunto de los billetes falsos parece que estuvo hecho con mucha habilidad por Marcos, por consejo de *Carnaval*. Se trataba de sobornar a un hombre que tenía mucha influencia en las cuestiones de contrabando. El hombre este, para pasar sin pagar derechos algunas máquinas, caballos y mulas, exigió bastante dinero, y se le prometió.

Marcos le pagó con billetes falsos, y después vendió inmediatamente las máquinas, los caballos y las mulas.

De dónde sacó aquellos billetes, no se supo; pero, por lo que se dijo, fue *Carnaval* el que los trajo del extranjero y el que hizo el negocio más grande.

El agente del contrabando, cuando comprobó que los billetes que le había dado el afilador eran todos falsos, no se atrevió a denunciarle, porque hubiera tenido que declarar ante el juez a cambio de qué servicios había cobrado aquel dinero.

Por la lucha a tiros, Marcos estuvo unas semanas en la cárcel, viviendo allí como un nabab, convidando a vino y a licores a todos los que iban a visitarle, y cuando cumplió su condena se marchó a Francia.

Marcos pasó algún tiempo en el País Vasco francés, y, sin duda, se dedicó a la vida dispendiosa, porque llegó a arruinarse. Anduvo después a salto de mata, de pueblo en pueblo; trabajó de cantero en Pierrafita, donde estuvo a punto de hacer un buen negocio; pero no solo no lo realizó, sino que le llevaron a la cárcel. No se sabía en cuál de los Pierrafita, de los cuatro o cinco que hay en Francia, había estado.

Después, cansado de Europa, marchó a América, en donde sacó dinero haciendo exorcismos para curar el ganado y librarlo de las epidemias. Se comprende que debía de reírse de estas maniobras. Varias personas le interrogaron después sobre si era cierto o no el que hubiese hecho un capital con un sistema tan primitivo y tan cándido de engañar a la gente, y él aseguró que sí, que este había sido el origen de su fortuna, y añadía: «La gente es muy bestia en todas partes.»

Marcos ganó bastante para establecerse, casarse y poner un hotel en un pueblo de la frontera de Méjico con los Estados Unidos. El hotel de este hombre era punto de reunión de aventureros y de gente maleante. Después sirvió de centro de revolucionarios y de comunistas, y Marcos se las manejó para sacar dinero a unos y a otros.

Ya en el comienzo de la riqueza, se fue a vivir a los Estados Unidos; se dedicó al contrabando de alcohol en la época de la ley seca, y en poco tiempo aumentó su fortuna. Aprendió el inglés. Hablaba de una manera gangosa, como el yanqui del Far-West.

Su traje, su actitud, su expresión, su sonrisa, en la que mostraba dos dientes de oro, le daban un aire de norteamericano clásico del campo.

Sin duda, tenía unas extrañas condiciones de mimetismo, porque parecía más americano que español.

Por entonces se casó. Quince o veinte años después, en las proximidades de los sesenta, le entró la nostalgia de volver a su tierra, y se presentó en el pueblo y fue a vivir a la fonda.

Venía con su mujer, que por el tipo parecía alemana, y dos hijas rubias y pálidas. Una, la mayor, Evangelina, parecida al padre, con los ojos claros y el aire atrevido y desvergonzado; la otra, la menor, Magda, que, sin duda, salía a la abuela, de tipo triste y melancólico.

Cuando estas dos chicas se hicieron mujeres, la Evangelina se mostró como mujer embustera y erótica, que siempre andaba citándose con uno y con otro.

La Magda, por el contrario, apenas salía de casa.

Como se le veía con frecuencia a Marcos bromeando con la Evangelina, se inventó que se entendía con ella.

El antiguo afilador tenía tan mala fama, que se le creía capaz de todo.

Marcos, que ya contaba sesenta años, tenía el mismo aire socarrón de antes, unido a una expresión de cólera y de fiereza que le aparecía en el rostro cuando se hallaba

contrariado.

A la puerta de la fonda solía estar vestido con traje claro y un sombrero de paja echado sobre la nuca, viendo pasar los coches y los carros, haciendo sus comentarios, hablando con la gente y convidando a algunas personas a tomar una copa.

Marcos era un fanfarrón de sus riquezas y de su audacia.

Ahora le llamaban todos el *Americano*. *Anchoca* se había borrado.

Mostraba un genio irascible y se consideraba con mucha frecuencia ofendido. Tenía una voz desagradable y dura. Parecía que insultaba solo con hablar.

Por cualquier cosa se enfurecía, enseñaba sus dientes de oro con aire agresivo y sacaba el revólver y amenazaba con matar.

Su antiguo rencor, sin duda, estaba todavía latente y no saciado. ¿Por qué? No era fácil comprenderlo. Al mismo tiempo tenía unas ilusiones inverosímiles. El mejor día se iba a dar a conocer y a exponer sus proyectos. ¿Qué proyectos podrían ser estos? Nadie lo sabía. Cada vez se mostraba más fanfarrón y orgulloso.

El único que le dominaba, hasta cierto punto, era un antiguo conocido suyo, apodado *Sudurcho*, el zapatero. *Sudurcho*, en vasco, quiere decir ‘Naricitas’, y el zapatero las tenía enormes.

Sudurcho, que era compañero de la infancia de Marcos, le trataba con confianza y tenía ascendiente sobre él, aunque decía muchas veces que era fundamentalmente falso. Él pronunciaba *palso*.

La mujer de Marcos murió a poco de venir al pueblo. El antiguo afilador compró una casa de la carretera, la restauró y puso en el bajo una taberna.

En uno de los pisos fue a vivir él, y en el otro su hermana Mari Bautista, o Tomate Poto, la curandera, que va estaba vieja.

Esta, según se decía, había inventado un sistema de parches especiales, que tenían una acción terapéutica entre mística y natural.

La gente acudía de todas partes. La taberna era el refugio de los maleantes del pueblo, de los contrabandistas, de los borrachos y de los alborotadores, además de otras gentes raras que llegaban de todas partes.

En el piso bajo había puesto su zapatería *Sudurcho*, el zapatero.

Marcos estaba allí contento, en sus glorias, narrando sus hazañas de América y hablando de los hombres que había tumbado con su revólver.

Se pasaba el día en la taberna contando historias de Méjico, en donde figuraban Madero, Pancho Villa y Calles. Se levantaba, bebía, hablaba, se ponía frenético y, cuando no podía más, se iba a dormir.

A veces lo encontraron a los pies de la cama, inyectado, con los ojos fuera de las órbitas.

Cuando discutía con los socialistas que empezaba a haber entre los obreros de la fábrica próxima, decía Marcos, con su voz agria y desagradable:

—¿Qué justicia ni qué pamplinas? En la vida no hay justicia nunca. Hay gente que tiene apetito y no tiene que comer; otros tienen comida y no tienen apetito. Hay

personas que pueden dormir doce horas y otras que no pueden dormir. Hay jóvenes guapos, ricos, con dinero, tontos, que viven muy bien, y hombres listos, viejos, feos, sin dinero, que se mueren de hambre. Hablar de justicia en la vida es una tontería. No se puede hablar más que de suerte y de casualidad. Todo lo demás es mentira. ¿Tienes buena suerte? Ya puedes hacer lo que te dé la gana: saldrás bien. ¿No tienes suerte? Pues puedes ser más sabio que Salomón, y no adelantarás nada. Así que, a mí, no me hablen de justicia social, porque me parece una estupidez.

La casa de Marcos tenía una fama detestable. La hija mayor, Evangelina, se puso en relaciones amorosas con un empleado de la fábrica. Lo metía en casa por las noches, y al cabo de poco tiempo apareció embarazada.

Marcos quiso arreglar la cuestión con el revólver. El novio, que también era hombre poco aprensivo, encontró que la ocasión era buena para pedir una crecida dote al americano; riñeron los dos y Marcos le pegó un tiro. El joven estuvo grave y tardó algún tiempo en ponerse bien.

Cuando ya estaba curado, fue Evangelina la que dijo que no quería casarse con él, que su amante era un cretino.

Marcos fue a la cárcel con una indiferencia extraña. Pasó preso algún tiempo y poco después le conmutaron la pena y le prometieron la libertad próxima.

De las dos hijas, Magda, la menor, viéndose sola, decidió entrar en el sombrío convento de Arizcun.

La hija mayor, Evangelina, se marchó con un contratista rico y vivía en un hotel de San Sebastián. Luego se contó que se enredó con un chófer, que volvió con el contratista, que después riñó con este también y que, al último, vivía casi en gran señora en un chalet de las afueras del pueblo, y que se mostraba muy inteligente y amable.

En el tiempo que estuvo en la cárcel Marcos el del molino cambió, por lo que dijeron, en absoluto.

Al volver a su casa, los que le vieron le encontraron completamente cambiado.

Al parecer, tuvo algo hepático y se puso amarillento como un limón, con los ojos turbios y los labios descoloridos e hinchados.

Dejó de beber y no quería ver a nadie.

Le repugnaba el alcohol. Luego, según su amigo *Sudurcho*, se dedicó a leer un tomo de la Biblia en inglés que había traído de América, y, sobre todo, los Evangelios.

Por este tiempo —concluyó el señor Zabaleta— mi suegro se puso gravemente enfermo, y mi mujer y yo tuvimos que venir a Madrid.

Yo puse un sustituto en el pueblo, pensando que la ausencia sería de una semana, pero fue de varios meses. Mi mujer no quería dejar la aldea, y volvimos. Al llegar a ella, ya casi nadie se acordaba de Marcos el del molino. Poco tiempo después, en la tertulia de la farmacia contaron algo que me dejó sorprendido.

Al parecer, Marcos había dejado una manda importante al hospital y otra para la escuela. También dejó dinero a sus dos hijas y a *Sudurcho* el zapatero, que tenía la tienda en su casa.

Tomate Poto fue la que se enfureció, pensando en que su hermano no le dejó nada, y se marchó, incomodada, del pueblo.

Luego —habíamos pasado más de veinte años en la aldea— mi mujer y yo vinimos a Madrid. Ella había heredado bastante y yo también; así que teníamos para vivir. Además, yo empezaba a trabajar y a tener visitas aquí.

Durante algún tiempo sostuvimos la casa del pueblo, con la idea de volver; pero como pasaron los años y no lo hacíamos, el propietario de Arbide pensó demolerla y construir otra nueva. Hicimos que recogieran nuestros muebles, que no teníamos muchos, y que nos los enviaran a Madrid.

Desde entonces mi mujer perdió el entusiasmo por la casa. Ya para ella la vida de la aldea era una cosa lejana de la cual no le gustaba hablar. Poco después, murió. Al cabo de veinte años de vida cortesana, ya viejo, viudo y achacoso, tuve ocasión de ir a San Sebastián, el verano, a visitar a una persona enferma, y un amigo colega que tenía automóvil me dijo, después de comer:

—Hará ya mucho tiempo que no habrá usted estado en el pueblo donde ejerció cuando era joven.

—Sí, mucho.

—¿Quiere usted venir? Yo le llevo en mi coche.

—¿Para qué? Ya no tengo interés.

—Es un momento, ¿qué le importa a usted?

—Bueno, vamos.

Fuimos los dos y llegamos rápidamente. Era domingo.

Todo ha cambiado allí. ¡Y de qué manera! En el río se han hecho más presas. Nuestra casa Arbide desapareció, y en su lugar se ve un edificio grande, de ladrillo y de cemento, casi un rascacielos de aldea, con seis pisos lo menos.

El molino de Marcos también desapareció, y le sustituye un hotelito repintado con un jardín en cuesta, con caminos arenados y algunas hortensias, jardín que baja al arroyo *Piru-buztango-erreca*.

Estuvimos un momento en la plaza; tocaba una charanga, y, al parecer, ya no había tamborileros.

«Bueno —le dije ya a mi colega—, volvamos, porque esto me produce melancolía.»

Y volvimos rápidamente.

PÍO BAROJA

**los
contrabandistas
vascos**


epublico

PRIMERA PARTE

Fermín Elgueta era hijo de un administrador de aduanas que estuvo, entre otros pueblos fronterizos del sur de España, en Algeciras, donde nació y pasó varios años. El muchacho tuvo una hermana mayor, que se casó con un teniente de carabineros, y otro hermano pequeño, que murió a los siete años del garrotillo, palabra que usa el pueblo para designar lo que llaman los médicos «el crup».

La hermana de Fermín y su marido, que era burgalés, fueron al norte de España, a Galicia, a la frontera de Portugal, donde el teniente estuvo destinado. Fermín apenas si lo recordaba.

El padre y la madre del muchacho eran vascos y solían hablar, en familia, en vascuence. La madre había nacido en Zugarramurdi, pueblo famoso antiguamente en la brujería. Este asunto al chico no le interesaba gran cosa. No había oído historias de brujas ni de brujos, que le parecían cosas infantiles.

Fermín, aun siendo andaluz, aprendió el vascuence con sus padres, y le gustaba poder hablar este viejo idioma sin que le entendiera más que la familia.

Era natural que en casa del administrador de aduanas surgiese a menudo, en las conversaciones familiares, el tema del contrabando que se hacía en Gibraltar. Fermín oyó, con frecuencia, las coplas que en esa época eran conocidas por todo el mundo en Algeciras.

Una de ellas decía:

*Dicen los contrabandistas
cuando salen del Peñón:
Dios nos libre, Dios nos libre
de la boca de un soplón.*

La parte folklórica del contrabando no se reducía a eso. Tenía más desarrollos, entre otros este diálogo, impregnado de cierto romanticismo callejero:

«Contrabandista valiente, ¿qué tienes que tanto lloras? Que he perdido mi caballo y se ha casado mi novia.»

En este caso, la inspiración del bardo popular había exagerado un poco el tono, porque un contrabandista acaso pudiera llorar por el casamiento de su novia, pero no porque su caballo se hubiera perdido, como indica la copla.

Fermín, después de asistir cuatro años a la escuela de primeras letras, se examinó en Cádiz varios años del bachillerato menos el último, en el curso del cual murió su padre, y la viuda y su hijo pensaron que terminar el grado de bachiller y no poder seguir una carrera, no tenía objeto. Fermín no sabía qué hacer. Una carrera era algo muy largo para poderlo afrontar una familia que, como la suya, carecía de medios.

Entonces la madre y el hijo decidieron trasladarse a Zugarramurdi, donde poseía

ella una casa, heredada de su abuelo. Como la casa tenía sus muebles, modestos pero seguramente más adaptados que los que la familia poseía en Algeciras, pensaron en no llevar estos, y Fermín los compuso un poco para poderlos vender con algún beneficio.

Fermín era un tanto fantástico. Había leído las hazañas de Rocambole y estaba un poco trastornado con las fantasías de Ponson du Terrail.

Antes de que salieran de Algeciras madre e hijo, este había aprendido a tocar el acordeón. Un contrabandista retirado, amigo de su padre, tuvo la paciencia de darle lecciones hasta que el muchacho aprendió el manejo del instrumento.

Mientras el ex contrabandista músico enseñaba a Fermín lo que sabía, acostumbraba a dejar el acordeón en casa del discípulo, para evitarse tener que cargar con él dos veces por semana.

Un día el maestro dejó de presentarse a la hora de las lecciones. Pasaron varios días y no se volvió a saber nada de él. No se conocieron noticias suyas, pero el caso fue que el acordeón quedó allí, en casa de Fermín. Este vendió el acordeón de su padre, que era peor que el del contrabandista desaparecido, y siguió tocando cada vez con más maestría.

Solía cantar una copla de una canción que había oído en boca de su padre:

*Vale más ese cuerpo
y esos andares
que todos los volapieses
de Costillares.*

Madre e hijo dejaron Algeciras. Hicieron el viaje, bastante largo, en vagones de tercera, y la madre pensó descansar unos días en Lesaca, pueblo de Navarra, donde tenían unos parientes.

Al principio, los ojos de Fermín, acostumbrados al sol andaluz, quedaron sorprendidos con las lluvias y las nieblas constantes del País Vasco. Aquel verano los trató de modo implacable. Tanta lluvia le producía al muchacho una gran tristeza.

Después de pasar unos días en Lesaca, tomaron un viejo autobús y marcharon a Zugarramurdi. El público del vehículo era de campesinos de boina azul y de mujeres con pañuelos en la cabeza, gente que no viajaba sola, sino bien acompañada de cestas, de sacos y de paquetes.

Los empañados cristales del coche impidieron que el muchacho viese la sombría masa de los montes, y ni siquiera, al atravesar la calle de los pueblos cruzados, podía distinguir bien los caseríos en la oscuridad.

Zugarramurdi es un pueblo pequeño, famoso en el País Vasco, y aun fuera de él, por la brujería antigua, y conocido en España por ser uno de los sitios principales donde se celebraban antiguamente los aquelarres. Aquelarre quiere decir, en vasco, ‘Prado del Macho Cabrío’, y en castellano, ‘reunión de brujas’.

Hay también en el pueblo varias grutas, la de las Lamias, que es una de las más conocidas, y la de Napoleón, que no sabemos por qué motivo lleva el nombre del prototipo de los estrategas. Hay además otra gruta cerca del prado de Berroscoborro,

donde se celebraron en otro tiempo los principales aquelarres. Berroscoberro quiere decir, en vascuence, 'Prado del Jaro o de las Zarzas'.

III

LAS FIESTAS

Las fiestas de Zugarramurdi duraban cuatro días. El pueblo tenía como patrona a la Virgen de la Asunción, que se solemniza en agosto. Los hombres celebraban una gran comilona en la gruta famosa, formada por el arroyo que en el país se llama Infernuco-erreca, o sea, el 'Arroyo del Infierno'. El plato principal de esa comida consistía en un asado que se hacía dentro de la cueva. Al banquete iban gentes de Echalar y de otras aldeas del país vascofrancés.

Concluido el ágape, los hombres se agarraban de la mano y, formados en fila, iban hasta la plaza del pueblo, donde bailaban con las mozas hasta que en la torre de la iglesia sonaban las campanas del Ángelus. Entonces se disolvía la reunión y cada cual marchaba a su casa.

La cueva de las Lamias era como un tubo largo por donde pasaba el río Lamio-ozingo-erreca, en vascuence, 'Arroyo de la Sima de las Brujas'.

La casa del abuelo de Fermín no era grande ni muy buena, pero como la familia no estaba constituida más que por dos personas, la mayoría de las habitaciones les sobraban. En el borde del tejado de la casa, se veía como una fila de puntos suspensivos, formados por pedruscos, para sujetar las tejas, y entre ellos habían crecido hierbajos a montones.

Una de las fachadas laterales se ocultaba bajo un telón de hiedra, y a la espalda se extendía su recinto, cerrado por tapias bajas y un huerto no muy grande. Pensaron madre e hijo que, seguramente, cultivado, bastaría para dar coles y zanahorias.

La planta baja del caserío tenía un zaguán, espacioso y enlosado, en cuyo fondo se abría una puerta pequeña, con clavos, bastante decorativos, que comunicaba con la cuadra. De esta se salía al huerto, por entonces abandonado, lleno de hierbas parásitas y de pedruscos.

Las perspectivas de aquella casa no eran, ciertamente, muy consoladoras. Fermín no veía nada que proyectar con éxito. ¿Qué se podía intentar allí? ¿Poner un comercio modesto? ¿Buscar una colocación? Todo ello era difícil.

No tenía amigos ni protectores. Fermín y su madre, discurriendo sobre el interés de hallar algún sistema que les permitiese a los dos obtener algunos ingresos, pensó la madre en que quizá sería acertado establecer una pequeña tienda en el portal, juzgando que de sus ventas, aunque no fuesen grandes, se podría sacar alguna utilidad.

A Fermín no le pareció el proyecto disparatado, y aunque sabía los pocos medios con que contaban, juzgó que el poner allí una tiendecilla no exigiera mucho dinero; y que quizá bastaría para el ensayo unas dos mil pesetas.

Tenía la madre de Fermín en la aldea un pariente carpintero, fue a verle y le consultó sobre sus planes. El pariente, que se llamaba de apodo *Shanchón*, halló la cosa bien orientada, y echando un cálculo, dijo que la obra, de la que podría encargarse él, vendría a costar un poco más de dos mil pesetas.

Shanchón, además de carpintero, era albañil, y hacía toda obra que se le presentase. Quedaron de acuerdo en que, entre Fermín y Shanchón arreglarían la casa para hacerla habitable, con el menor gasto posible, y que la madre del muchacho le pagaría su trabajo cuando pudiera, de una vez o en varios plazos.

—¿Y no podría ser algo menos? —preguntó la madre de Fermín.

—¿Menos? —exclamó el pariente, dándose por extrañado de la pregunta.

Se rascó la cabeza. Creía haber extremado su cálculo para reducirlo al *mínimum*.

—No, no puede ser menos. No te he puesto más que el valor de los materiales, y como aprovecharé para hacer la estantería algunas tablas que tengo en casa, lo que puedo hacer para ayudarte es que me vayas pagando a plazos, como puedas.

—En ese caso, conforme —dijo la dueña del caserío.

Sacó del armario de la cocina un trozo de queso de Idiazábal, un pan y una botella de sidra, y el carpintero aceptó el convite y acabó pronto con el contenido de la botella.

A la viuda le produjo sorpresa el coste de la obra, porque siempre había creído que no tendría que gastar tanto dinero. Shanchón sacó del bolsillo de su blusa un trozo de un lápiz de color, trazó sobre un papel, que le trajo Fermín, media docena de líneas, haciéndoles, para la madre y el hijo, un tosco croquis de lo que debería prepararse, aunque no fuera más que para salir del paso y arreglar algo provisional.

Como el trabajo no era muy difícil, pronto estuvo todo preparado y pudieron encargar, Fermín y su madre, algunos comestibles para iniciar su negocio.

Poco tardó Fermín en adquirir cierto prestigio entre la gente del pueblo y de las aldeas vecinas, que habían descubierto en él a un muchacho despejado y emprendedor. Varias veces le llamaron para que fuese a donde se daban fiestas alegres, y en esas salidas de su casa fue conociendo los alrededores del pueblo de su madre y muchos de aquellos parajes que conservaban recuerdos de los conciliábulos de las brujas.

Se había enterado de cuanto se contaba de aquellas cosas extrañas, a las que él daba escasa importancia, y cuando llegaba algún forastero con curiosidad por esas historias de brujería, el chico explicaba lo que sabía y lo explicaba con tanta desenvoltura, que nunca dejaba de recibir de los viajeros alguna propina.

En el siglo XVII era cuando se habían celebrado en Francia las sesiones del proceso que presidió el señor de Lancre, magistrado de Burdeos, con el propósito de combatir la brujería vascofrancesa, empleando mucha severidad; labor completada por los inquisidores españoles de Logroño, que contra las brujas hispánicas se mostraron más benévolos.

Fermín, a pesar de no contar muchos años, era ya incapaz de dejarse atraer por aquellas historias de los tiempos pasados, y cuando un día fue con otros muchachos de Zugarramurdi a visitar la cueva famosa, por primera vez, no les ocultó su pensamiento de que él no creía en nada de aquello. Podría haber habido allí una racha de erotismo o de locura, pero, pasada esta, no quedaba nada. Como Fermín había llevado el acordeón, para complacer a sus vecinos y amigos, tocó el instrumento con objeto de que bailasen los mozos y las mozas, y entonó una canción popular,ailable, que tenía cierta gracia y decía así:

Baratzeko Pikuak

hiru txorten ditu.

Baratzeko Pikuak

hiru txorten ditu.

Neska mutilzaleak

hankak arin ditu.

Ai ene!, nik ere nahi nuke.

Ai ene!, zuk nahi bazenuke.

(‘La higuera del jardín tiene tres brotes. La chica aficionada a los muchachos mueve las caderas. ¡Ay, yo también quisiera! ¡Ay, si tú quisieras!’)

La canción había tenido su éxito ante la gente joven. Fermín seguía arrancando melodías a su aparato y después tocó, arrancando gemidos a su acordeón, el *Adio Euskal Herriari* de Iparraguirre.

Gazte-gaztetatikan

*herritik kanpora,
estranjeri aldean
pasa det denbora.
Herrialde guztietan
toki onak badira,
baina bihotzak dio
zoaz Euskal Herrira!*

(‘Cuando era joven, muy joven, me marché del pueblo al extranjero, y allí he pasado mi tiempo. Cierto que en todas partes hay buenos lugares, pero el corazón dice: Vete al País Vasco.’)

Después de su llegada a Zugarramurdi, Fermín Elgueta, aunque de momento hubiese dedicado sus actividades al cultivo de la tierra, por aprovechar la de su familia, y a vigilar la marcha de la tienda, donde la madre estaba con él detrás del mostrador, se había hecho amigo de los contrabandistas de la región, los cuales, sabiendo que llegaba de un campo fronterizo, trataron de obtener noticias que él no estaba en situación de poder darles. Allí, en Algeciras, él no había recogido del contrabando otra cosa que algunas canciones.

Como veía que cualquier otro trabajo que allí se emprendiese apenas si daba para vivir malamente, muchas veces, mientras manejaba la azada en la huerta y sembraba habichuelas o guisantes, recordaba las lecciones que había recibido de los viejos contrabandistas retirados. Sentía curiosidad por el contrabando, y pensaba que quizá fuera su último recurso para salir de la miseria.

Sabía que había contrabandistas en aquellos pueblos pequeños, pobres gentes que se iban un día a Francia a pie y compraban alguna poca ropa o alguna chuchería, pero todo eso no valía la pena de intentarlo, ni servía para gran cosa.

Fermín estaba vacilando. En uno de esos momentos de confusión, la prima de su madre, que tenía una tiendecilla en Irún, le escribió a ella que su marido estaba enfermo, y la preguntaba si podría su hijo, Fermín, ir a sustituirle en la tienda. Ella pensaba que sería cuestión de una semana o de dos.

Discutieron madre e hijo, y Fermín tomó el camino de Irún, para llevar él mismo la respuesta.

La tienda del pariente era pequeña y en ella se vendía de todo. La trastienda y la casa eran muy pobres y angostas.

La vida era bastante aburrida. La gente que iba allí a pasar el rato no tenía interés ninguno. Se contaban pequeñas historias del pueblo, que a Fermín no le interesaban.

Un día apareció en la tienda un tipo raro, un poco sombrío, flaco, vestido de negro, con algo de melenas, con aire de musaraña. Habló con Fermín. Este se mostró agriado, descontento por su miseria, y el tipo aquel raro le dijo que fuera por la noche, cuando cerrase la tienda, a un café del paseo de Colón, donde hablarían despacio.

«Bueno, ya iré», contestó Fermín.

El muchacho fue al café y estuvo hablando con el desconocido de cosas corrientes, hasta que los parroquianos empezaron a marcharse a sus casas y el establecimiento quedó sin público.

«¿Para qué demonio me ha citado este hombre?», pensó Fermín.

Cuando el café quedó solitario, con dos personas a lo lejos, el desconocido comenzó a hablar y a hacer preguntas al joven Fermín.

—¿Tú sabes vascuence?

—Sí.

—¿Francés?

—Poco.

—¿Tienes resistencia para andar?

—Sí, puedo hacer en un día cinco o seis leguas sin cansarme, y, esforzándose un poco, hasta diez leguas.

—Pues, chico, creo que la solución para ti es hacerte contrabandista. Es peligroso, no cabe duda, pero es la única manera de hacerse rico en un pueblo como este. Yo, al menos, así he salido adelante. Cierto que esto fue en tiempos de la guerra del catorce, época más propicia para el contrabando que esta.

—Pues yo creo que voy a hacer lo mismo.

—Piensa en el pro y el contra.

—Lo pensaré.

—Bueno, entonces, mañana, a las siete de la tarde, vas a mi casa a cenar conmigo

y charlaremos más despacio. Mi casa está en este mismo paseo, en el número trece.

—Mal número.

—Si crees en esas cosas, no vayas.

—No, no creo en nada.

—Entonces, hasta mañana. Yo me llamo León Víctor Caillacox.

—Yo Fermín Elgueta.

Al día siguiente, el joven Fermín se presentó a la hora convenida en casa de León Caillacox. El piso estaba muy bien arreglado y puesto de una manera cómoda. Se veía que León Caillacox era hombre que sabía vivir. Estuvieron unos momentos en un gabinete adornado con cuadros y fotografías, y al poco rato avisó una doncella elegante que podían pasar al comedor porque estaba ya la cena puesta en la mesa.

Fueron los dos; la cena fue muy buena y Fermín se atracó como un bárbaro.

Cuando tomaron el café, el señor Caillacox dijo a la muchacha que les había servido la cena:

—Puede usted acostarse. Mañana retirará usted todo esto.

—Muy bien señor. ¡Buenas noches!

—Buenas noches —contestó Fermín, mientras seguía la gallarda silueta de la doncella que se retiraba.

El señor francés encendió una pipa y esperó a que la muchacha se fuera para hablar.

—¿Es usted francés? —preguntó Fermín.

—Sí, yo he nacido en Cahors, patria del poeta llamado Clement Marot y del político Gambetta. Mi padre era francés, un empleado de ferrocarriles de poco sueldo y de poca suerte. Éramos cinco hermanos. Mi padre no tenía recomendaciones y por eso me eternizaba en los puestos, sin ascender. Al último, desilusionado, aburrido, para vencer sus melancolías, se entregó al alcohol. No hizo caso de la familia y solía encogerse de hombros cuando se le hablaba de ella. Mi padre se llamaba de segundo apellido Pardaillan Jacob, y yo creo que tenía algo de judío... Sin embargo, no se mostraba roñoso ni agarrado.

Mi madre era una aldeana del Bearn, muy ordenancista y muy severa. Yo de chico era un pillete. Andaba con los granujas por las orillas del río y pescábamos desde el puente de Valentré.

Luego mi padre empezó a emborracharse con frecuencia y se jubiló y andaba hecho un perdido. Mi madre, desesperada al ver a su marido y a su hijo mayor de mala manera, fue a vivir a una alquería que tenía su hermano y yo me lancé a la aventura. Estuve varias veces en la cárcel, y por la amistad con un sobrecargo de un buque me largué a América y pasé unos años hecho un aventurero.

La educación mía y la de mis hermanos fue nula; estuvimos en la escuela primaria y nada más. Yo intenté más adelante varias cosas, por ver si conseguía abrirme camino, pero todos mis proyectos salieron mal.

«No sé qué voy a hacer», pensaba, y me decidí a embarcarme para la América latina; pero no sabía español y tampoco inglés, y pensaba que el primer tiempo allá lo habría de pasar muy mal... En esto empezó la guerra. Yo me decía: «Si marcha uno a

la guerra y sale bien, le darán una medalla, pero luego, ¿de qué se vive? Hay que buscar alguna cosa». Y entonces fue cuando el azar me hizo descubrir dónde estaba mi destino y dónde me esperaba la suerte, que hasta entonces con tanta saña me había vuelto la cara.

—¿Y qué es usted ahora, español o francés?

—La nacionalidad española la conseguí haciendo una farsa. Mis primeros apellidos son Víctor y Pardaillan.

Encontrándome en un pueblo de la América del Sur, me hice amigo en un hotel pobre de un aventurero que se llamaba de apellido Caillacox. Era un hombre absurdo y caprichoso que soñaba con proyectos extraordinarios. Un día me dice que va a ir a ver unos bosques de no sé qué clase cuya madera valía mucho. Estaba a mil kilómetros de distancia. Caillacox me dio la llave de su cuarto y me indicó que las cartas llegadas para él las dejara en una caja. Pasan semanas y meses y el hombre no vuelve. El dueño del hotel me pregunta si tengo noticias de Caillacox. Yo le digo que no y me indica que hay que llamar al juez.

«Bueno; lo que a usted le parezca.»

Por la noche entro en el cuarto del desaparecido; en los cajones no había más que mapas y planos, encuentro un carnet de identidad de Caillacox y me lo guardo. Después, quito la fotografía del carnet y pongo la mía. Vengo a España y me naturalizo español. Aquí olfateé el ambiente de España y noté que había contrabando, y por eso me quedé a vivir en Irún.

—Aquí donde usted me ve, joven amigo —dijo Caillacox—, yo he hecho mi fortuna con el contrabando.

—¿En España? —preguntó Fermín, sorprendido.

—Sí, no solo en España, sino en Hendaya y sus alrededores. El tono del contrabando en la guerra del catorce, en la frontera española —siguió diciendo Caillacox—, fue de marcada complacencia por parte del gobierno neutral. Las exportaciones de España eran muy útiles para los franceses y sus aliados, los cuales compraban géneros para atender a las necesidades del ejército y del país. La razón por la parte española se veía clara. Era jefe del gobierno un político liberal, y hubo maniobras para incorporar a España al lado de los aliados. Otro político, jefe republicano, vino aquí para hacer campaña en ese sentido; estuvo en Irún, donde la gente, denunciado por los germanófilos, mostró su hostilidad tan violentamente, que el hombre tuvo que salir huyendo.

La consecuencia fue que el político republicano declaró en Madrid, a su vuelta, que no había venido a hacer la propaganda que se le atribuía.

La afirmación era un tanto dudosa. En compensación de haberse resignado, a la fuerza ahorcan, a no hacer campaña, se le dio carta blanca para dirigir desde la corte el abastecimiento de los ejércitos aliados, proveyéndoles de cuanto necesitaran. Esta fue la razón de que el contrabando se pudiera organizar sin dificultades, sin dar lugar más que muy rara vez a la anécdota brava y romántica, ya legendaria entre nosotros. Expresión simbólica de ese punto de vista fue la concesión que el gobierno francés otorgó a un contrabandista famoso, a quien le dio la cruz de la Legión de Honor.

—Está bien para un contrabandista —dijo Fermín con sorna.

—No era peor que dársela a un político —replicó Caillacox.

—Tiene usted razón.

Como los jefes de carabineros no podían decir a su tropa que arrinconara sus fusiles o se dedicase a contemplar tranquilos las olas o a pescar en los ríos, se produjeron algunos incidentes. En los primeros meses se importaron para el ejército inglés unos cinco mil caballos y mulas, que se expedían tranquilamente, marchando el ganado por ferrocarril.

Había en España muchos germanófilos y algunos denunciaron al gobierno lo que pasaba; nadie, sin embargo, se dio por enterado, y siguieron haciéndose las exportaciones clandestinas. Un día, los germanófilos de Irún, cuyo núcleo principal lo formaban los socios del círculo carlista, capitaneados por uno de ellos, se apostaron cerca de la caseta del guardagujas, a la salida de la estación para Hendaya, al amanecer, y consiguieron hacer desviar el tren hacia un apartadero del ferrocarril del Bidasoa. Allí quisieron armar barullo y retener el tren hasta la llegada de un notario, cuya asistencia pidieron para levantar acta de que se había dado salida al tren para Francia sin cumplir ningún requisito aduanero; pero no consiguieron su objeto, pues intervino la guardia civil oportunamente, para decirles que no eran ellos, los socios de un casino, los que tenían que ejercer funciones encomendadas únicamente al cuerpo de carabineros.

La gente, germanófila o no, se fue acostumbrando al espectáculo de ver pasar mercancías de tránsito, y como era aquella una coyuntura más que favorable para todo el que quisiera aprovecharla, el que más y el que menos, a partir de ese momento, se dedicó a sacar provecho de la buena ocasión, unos comprando mercancías de las que necesitaban adquirir lo aliados y otros pasándolas a Francia como mejor podían.

Caballos y mulas se fueron llevando sin interrupción al otro lado de la línea fronteriza, mientras duró la guerra. Claro es que, a medida que el tiempo pasaba y por temor a la Embajada alemana, se tuvo que abandonar la ruta del ferrocarril y dejar el tráfico en manos de los contrabandistas de la montaña. Estos recibían los trenes de mulas en Salvatierra de Álava y, por Alsásua, Aralar, Leiza y Articutza, las encaminaban hacia los pasos conocidos.

El organizador de este tráfico era un tal Agustín, no recuerdo el apellido, aunque me suena algo así como el de un célebre músico; pero el conductor del ganado, desde la frontera, era natural de las orillas del Bidasoa, un individuo al que los carabineros conocían por el apodo de *el Caminero*, tal vez porque lo hubiese sido con anterioridad.

Este Caminero, con sus tres hijos, Rosario, Joaquín y Raimundo, habitaba en el caserío Gurutze, cerca de Gaztañalde.

Su corresponsal en Biriatu era un francés que vivía en el caserío Amerrechea,

conocido por *Oquerra*, el cual tenía a sus inmediatas órdenes a un mozo muy valiente para esas faenas del contrabando, natural de Ataun, que era conocido por *Joshé*. Era desertor español y tenía su residencia en el mismo Biriatu.

Esta organización llegó a introducir en Francia, durante la guerra, unos siete mil caballos para Italia, cuatro mil para los franceses y luego, cuando los americanos desembarcaron en Europa, un número incalculable fuera de todo control.

Los yanquis se instalaron en Irún con toda su tranquilidad habitual y funcionaban sin la menor preocupación. En el Hotel Palace estaban dos o tres corpulentos oficiales de veterinaria del ejército de América del Norte, encargados de examinar en España el ganado de todas clases que se iba reuniendo para llevarlo a Francia.

Aunque los jefes españoles estuviesen en el secreto, la fuerza de carabineros no sabía oficialmente nada, pero se lo olían, y, como era natural, la ocasión resultaba más que propicia para que ellos mismos se prestaran a dar facilidades sin gran riesgo, a cambio de alguna ventaja. El contrabandista hacía ver que si pasaban a Francia noventa caballos, no habían entrado más que treinta.

El Caminero, Oquerra, Susperregui, Aurquia y otras águilas del contrabando, se fueron enriqueciendo muy a la vista de la gente, despertando, como siempre ocurre, la envidia de los que nada ganaban. Otros, aprovechando la captura de un famoso Pinto, carabinero retirado, que se dedicaba al espionaje en favor de Alemania, para anunciar la salida de barcos aliados de Burdeos o de Bayona, a los alemanes, fue atraído a Francia por una mujer, que le denunció.

Un día, que habían acudido al otro lado de la frontera para entregar sus mulas a las autoridades francesas, estas les detuvieron, llevándoles por carretera, a pie, en dirección a San Juan de Luz. Iban conducidos por cuatro policías y dos gendarmes.

Uno de los detenidos, mozo de mediana estatura, de unos diecinueve años, muy vivo y vigoroso, cuando se acercaban los presos a Urruña, sitio que conocía muy bien, temiendo por su vida y aprovechando una espesura de matas en la orilla, cerca de la carretera, dio un salto terrible y desapareció a la vista de los gendarmes.

Mientras corría como una liebre, sintió pasar sobre su cabeza más de cincuenta balas de fusil; pero en menos de media hora el fugitivo estaba ya en el caserío de Gurutze, en España, pensando que sería preciso abandonar por algún tiempo aquel provechoso y arriesgado trabajo de contrabandista.

Se habían entendido en Francia con un tal Aprendistegui, hombre reputado como buen patriota francés, al cual no le costó mucho demostrar que aquellos españoles nada tenían que ver en cuestiones de espionaje, que su negocio no pasaba de vulnerar las leyes fiscales, en beneficio de los franceses.

Pero Joshé, que era español y no podía documentarse en Francia, fue expulsado y entregado a las autoridades. ¡Grave asunto para él, que era desertor en España! Sin embargo, no tardó en resolverlo con la natural rapidez de su imaginación fecunda.

Cuando el tren al que llamaban «el topo», en que le traían a España, pasaba por el talud que domina los maizales de Playaundi, en Irún, inundados entonces, el mozo se tiró a ellos. Inmediatamente los guardias empezaron a hacer pesquisas por los contornos, donde creían lo iban a encontrar medio muerto a consecuencia de la caída; y para entonces se encontraba en Gurutze, contando a sus socios lo que le había pasado, antes de ir a esconderse a un refugio de San Antón, hacia la peña de Aya, en una barraca adonde había una taberna.

Sus peligros no hicieron mella en su ánimo. Seguía trabajando en sus transportes de contrabando, siempre en los montes y en los vados, alejándose de donde hubiera público que pudiese denunciarlo.

Sin embargo, un día se dejó arrastrar por un pequeño capricho. Hacía tiempo que había desertado y creyó que nadie se acordaría ya de su situación militar.

Eran las fiestas de Ataun, su pueblo, y allí se presentó. Pasó todo el día invitando

a sus numerosos amigos y bailando con las chicas en la plaza, y se retiró temprano a la posada. Cuando estaba durmiendo, un amigo le avisó que la guardia civil había venido y preguntado por él; en camisa, por no perder tiempo, se tiró por una ventana de atrás de la posada, y así se presentó en casa de los padres de una muchacha que había sido su novia. Esta le dio unos pantalones de su hermano, y pudo salir corriendo camino de los montes de Articutza.

Cuando llevaba ya más de una hora andando, salió hacia la carretera; había percibido en ella un hato de unas cincuenta mulas y, muy confiado en que los que las conducían eran contrabandistas, se acercó con muy poca precaución al grupo, dispuesto a ayudarles hasta la frontera.

Ya iba a dirigirse a uno de los que andaban entre los animales, cuando se dio cuenta de que era un carabinero y de que las mulas habían sido aprehendidas. Salió como una flecha; los carabineros pensaron que se trataba de un cómplice de los contrabandistas y, aunque tarde, echaron mano a los fusiles. Las recuas les daban mucho que hacer para dar en el blanco.

Afortunadamente para el prófugo, corría cerca el río y Joshé se refugió entre las matas de lentiscos. A las pocas horas estaba ya en San Antón otra vez.

El lugar en que citaba a sus compañeros para celebrar sus entrevistas era un horno de cal que había encima de la casa donde estaba la taberna en que vivía. Una vez que tenía preparado un paso de mulas, citó a las seis de la mañana al joven Gurutze, en la calera.

Como el muchacho era conocido de los carabineros, de los no comprometidos, estos lo sorprendieron y cogieron como rehén, llevándoselo a la taberna.

Pensaron que el aparecer en el horno de cal indicaba haber ido a esperar a alguien que trajera contrabando, y lo quisieron hacer «cantar». No lo consiguieron y allí lo tuvieron preso, esperando ellos, por su parte, escondidos, por si alguien se presentaba.

Diez horas estuvo Joshé en la calera esperando al de Gurutze; al cabo de ese tiempo, pensó que algo debía haber pasado para justificar la ausencia, y salió sigilosamente para Oyarzun, dejando recado a un guarda de la línea de Domico que avisara a Gurutze, que a las cuatro de la mañana siguiente estaría en Charodi con treinta mulas. Efectivamente, allí se presentó Joshé con las mulas y allí estaba el de Gurutze con su cuadrilla. Pero también estaba la pareja de carabineros.

La bajada de Charodi hacia Endarlaza tiene un sendero de suave pendiente y otro casi a pico que sale cerca del descargadero de San Miguel. Los carabineros andaban mucho por el campo, y como el sargento no tenía buena salud y sí bastante afición a visitar tabernas y merenderos, a menudo descansaban en estos lugares de esparcimiento.

Un día estaban escondidos los carabineros aguardando una partida de ganado, que se proponían detener, cuando vieron venir a los contrabandistas y se dispusieron a darles el alto. Pero Oquerra, que era quien guiaba la salida, vio a la fuerza y mandó a su gente que echara monte abajo, empujando a las mulas por las ancas. El terreno, sumamente pendiente, favoreció el que los animales bajasen como por un tobogán, y a los diez minutos, antes de que los carabineros se hubieran podido dar cuenta del escamoteo, estaban al otro lado del Bidasoa, camino del caserío Martingo, en Biriatu, desde donde podían todavía descubrir a los perseguidores, chasqueados, que los esperaban en Charodi.

Después de ese día, el grupo, que capitaneaba Oquerra, tomó como refugio un caserío que llamaban Aquerrechea ('Casa del Macho Cabrío'), y desde allí pudo seguir trabajando sin dejarse ver. Al terminar la guerra, el contrabandista se hizo francés, compró poco después un caserío en las proximidades de Saint Jean Pied de Port, y no se supo lo que fue, después, de su vida.

Caillacox continuó evocando la época de la guerra del catorce y de sus maniobras de contrabandista:

En otra ocasión, maniobrando por la muga de Echalar, adonde habían conducido otra recua de mulas, se toparon nuestras gentes con un hombre de facha distinguida que se asustó al vernos. Ellos quisieron evitar su encuentro, pero pronto se dieron cuenta de que el hombre estaba azorado y se decidieron a interrogarle.

El hombre les preguntó, a su vez, si estaba cerca de España; le dijeron que a los diez pasos del sitio en donde se encontraba se veía la muga; apenas oyó la respuesta, salió corriendo hacia donde le indicaron.

Una vez en tierra española, les dijo que era alemán, que había servido como oficial francés en París, para dedicarse al espionaje, y como creyese iba a ser descubierto y podrían fusilarle, había huido para trasladarse a España. Le indicaron el camino de Echalar y no supieron más de él durante algún tiempo. Pero unos meses después les fue a visitar a Irún, donde se les ofreció como agregado militar de la Embajada alemana en la capital española, y les manifestó los deseos de comprar unos terrenos en los alrededores de Gurutze.

—Sería que preparaba nuevas intrigas y escenarios para su espionaje —dijo Fermín.

—Probablemente. En otra ocasión que habían pasado setenta y tantas mulas por el vado de Biriatu, volvían a pasar el mismo lugar, y al frente del grupo iba el contrabandista conocido por el apodo del *Caminero*, portador de gran cantidad de francos, importe de los animales pasados.

A la salida del vado estaba vigilado el camino por un cabo de carabineros con fama de incorruptible. Le llamaban el cabo *Bombita*; según los colegas, daba fácilmente gusto al dedo sobre el gatillo de su fusil.

El Caminero le vio apuntarle y tuvo tiempo para refugiarse entre los arbustos de la orilla francesa del Bidasoa, entre dos caseríos.

Siguió hasta unas cercas del caserío Chitecur, frente a Gaztañalde, y se metió en el Bidasoa, sumergiéndose, nadando bajo el agua. El cabo Bombita no cesaba de disparar, pero únicamente hacia el sitio donde había el Caminero desaparecido por primera vez.

Sus hijos, que en su casa le aguardaban intranquilos, mirando hacia el río, al oír los frecuentes disparos le daban ya por muerto o por ahogado. Al poco rato, una muchacha de Gaztañalde fue a Gurutze y avisó que el Caminero estaba ya en la cocina de aquel caserío, secando su ropa y planchando los billetes. Al día siguiente, después de enviar a Irún con una lechera todo el dinero, se presentó el Caminero en su casa tranquilamente, como si regresara de dar un paseo.

Otro día, al retirarnos también de Francia, vimos en la orilla una maleta, al parecer, abandonada. Los contrabandistas suelen respetar los bultos que hallan en su camino y que no les pertenecen, porque juzgan que es mercancía de otros compañeros de profesión; pero no se resignan a dejar de vigilarlos, por si algún carabinero puede dar con ellos.

Efectivamente, al cabo de un rato, apareció una persona desconocida para ellos, pero que tuvo la intuición de conocer su calidad de contrabandista; les suplicó, pagándosele, que hicieran el favor de entregar la maleta en la posada Aurquia, de Irún.

Cogieron la maleta, que era pesadísima, y la entregaron donde les habían indicado. Dentro llevaba una enormidad de oro.

También este metal fue objeto de gran contrabando en esa época, por parte de los franceses, temerosos algún momento de que perdida la guerra por ellos se quedarían en la miseria.

Ya muy adelantada la guerra, Francia necesitó proveerse de alimentos para abastecer la retaguardia, y entonces comenzaron a exportarse de España conservas, vino, pan, alubias y lentejas. Casi todos los fabricantes de conservas de la península acudían a Irún para llenar con sus géneros alimenticios todos los locales, bodegas, tiendas, etcétera, y el Bidasoa era un hervidero, durante las noches, de lanchas y de gabarras, que distribuían de una a otra orilla el producto del contrabando.

De todos los productos, el que más importancia logró y dio más nombre a la campaña, fue las lentejas. En un sinnúmero de portales de las casas de Irún se establecieron tiendas para la venta de esta leguminosa. Tan exagerado fue el tráfico que, ante el temor de agotarse los *stocks* en España y cubrir las apariencias de la intervención de la aduana en estas exportaciones clandestinas, se nombró un inspector para el control en Irún, de todos los almacenes y tiendas. Se crearon guías para la circulación de las lentejas y se obligó a todos los almacenistas a llevar un libro de entradas y salidas.

Al inspector, que era un empleado de aduanas, de una gran honradez, hombre muy pintoresco, le pusieron las gentes el mote del Tío *Ciruelo*. Era vascongado y hablaba perfectamente el vascuence. Andaba siempre por las afueras de Irún y solía hacerse acompañar por un sargento de carabineros que se apellidaba Aragón. Este era un hombre muy listo, y se daba perfecta cuenta de que en Madrid se favorecían las exportaciones de lentejas, que, como todas las demás mercancías, representaba unos ingresos enormes para los agricultores de toda España. Efectivamente, muchísimo dinero entró en la península durante la guerra de mil novecientos catorce. Después fue un error que todos se hicieran arbitristas, y hubo comerciantes que se dedicaron a comprar aquellos marcos de Alemania que después se llevó el diablo.

El inspector de aduanas perseguía con mucho celo el contrabando, y como el sargento de carabineros era un veterano y muy conocedor del país, aquel se hacía dirigir por él en las indagaciones.

Andaban mucho por el campo, y como el sargento no tenía mucha salud y sí bastante afición a visitar tabernas y merenderos, a menudo, el jefe y su compadre solían descansar en esa clase de establecimiento. El sargento conocía a todo Irún y estaba perfectamente enterado de cuáles eran los sitios y por dónde se daban los golpes del contrabando, así como sabía quiénes eran los que los daban. A estos los veía en las tabernas donde proyectaban sus alijos, y era fama en Irún que siempre cuidaba el sargento de no toparse con cuadrillas de contrabandistas en acción, cuando salía a trabajar con el inspector.

Este pobre hombre iba de un lado a otro como un zascandil y tuvo que limitarse a empapelar a los tenderos, porque ninguno de estos se había preocupado de llevar con formalidad las cuentas de entradas y salidas en sus establecimientos. Pero también es fama de que no arruinó a nadie. El contrabando de lentejas siguió floreciendo hasta que terminó la guerra.

Andando ya el tiempo, los contrabandistas no se contentaron con la exportación de lentejas, aprovechaban la vuelta de Francia para importar en España especialidades farmacéuticas y cubiertas de automóvil, de las que en el país estaban

muy necesitados. Pero ya aquello era otra cosa. Y entonces la aduana, que no podía favorecer esas importaciones clandestinas, recobró la vista, y los carabineros recibieron la orden de reprimir con todo celo en esa clase de contrabando.

Un día, las cuadrillas del Caminero y de un tal Pulido, habían efectuado una exportación de lentejas y volvían de su expedición con un contrabando de cubiertas de automóvil. La noche era tempestuosa. El cabo Bombita dormitaba en su chabola a orillas del río, frente a Biriatu, cuando le despertaron los ruidos de los truenos. A la luz de los relámpagos, vio que una lancha cruzaba el río desde la orilla francesa a la española, llevando a bordo a varios hombres. No les conoció, pero se adelantó hasta el río, para informarse de quiénes eran, si gente de paz o género turbio. Los contrabandistas, a favor de la oscuridad, habían atracado ya en la orilla, echado cuerpo a tierra, fuera de la lancha, y esperaban inmóviles.

El cabo no se movió porque no sabía cuántos eran y hasta saberlo no se atrevía a aproximarse. Cerca de donde habían atracado los contrabandistas, había una boca grande de alcantarilla y por ella se metieron los hijos del Caminero para salir a su casa por debajo de la carretera. El cabo conocía la alcantarilla y se colocó a su salida. Entretanto, los demás contrabandistas descargaron por el otro lado las cubiertas y las llevaron a un caserío.

Al salir de la alcantarilla Joaquín, uno de los hijos del Caminero, el que llamaban el cabo Bombita le echó el alto, y como al mismo tiempo viera que el otro hijo salía de la alcantarilla, se asustó y disparó. Allí mismo quedó muerto Joaquín. El hermano del muerto, Raimundo, se echó sobre el cabo, lo desarmó y no se sabe lo que hubiera hecho con él si no llegan más carabineros, que le apresaron y se lo llevaron detenido.

Los otros contrabandistas, que se juzgaron descubiertos, sacaron las cubiertas del caserío, las escondieron en el monte y se fueron a meter en sus casas sin ser vistos, de donde salieron en seguida a preguntar, con mucha ironía, qué era lo que había pasado.

El segundo hijo del Caminero, Raimundo, resultó también herido en una pierna y se lo llevaron al hospital de Irún. Después de curado, ingresó en la cárcel, y cuando se vio la causa de su proceso, un cirujano de Irún, que era amigo de la familia y había curado al muchacho en el establecimiento benéfico, presentó un certificado de que este solía padecer accesos de enajenación mental. Salió, pues, bien del proceso y, andando el tiempo, pasada ya su juventud, abandonó aquellos manejos peligrosos para ser un hombre muy capaz e inteligente en asuntos de contratas de obras.

—Ninguno de los contrabandistas —siguió diciendo Caillacox era conocido por su nombre, sino por sus apodos, sus inclinaciones y sus gustos, entre los que había algunos muy bien escogidos, con relación a su aspecto y a su manera de ser. Había un *Bizcor* ('inteligente', 'vivo'), *Arlota* ('vago'), *Suranguilla* ('lagartija'), *Bizharra* ('barbita'), *Zizari* ('lombriz'), *Galchagorri* ('grajo'), *Alorotz* ('herrero'), y todos ellos más conocidos por el mote que por el nombre de familia.

En Urdax residía un viejo contrabandista que había sido muy famoso, el cual era hombre de mucha audacia. En cierta ocasión, suponiéndole cómplice, no solo le llevaron a la cárcel, sino que le trasladaron a Madrid, empeñados en que explicara quiénes eran los contrabandistas compinches suyos, pero el viejo se mantuvo firme, se negó a denunciar a nadie y no tuvieron más remedio que volverlo a su tierra y, al fin, dejarlo en libertad, porque llegaron a convencerse de que, hicieran lo que hicieran, no se haría denunciador de sus camaradas. Este hombre estaba ya mal de la vista, pero no había perdido nada de su fibra de siempre. Vivía con sus dos hijos; el mayor de treinta años y el otro de veinticinco, que solían ir con sus mayores al monte a cazar jabalíes.

Caillacox había conocido a este viejo y a su familia, y Fermín, después de haber oído las explicaciones, comprendió que para librarse de la miseria, allí no había otro recurso que lanzarse al contrabando, reconociendo que si la ocasión no era tan propicia como la de otro tiempo, con decisión y un poco de suerte no sería difícil que, dada su juventud, obtuviese resultados halagadores.

XVIII

CAILLACOX ACABA SU HISTORIA

El señor Caillacox había concluido sus historias y cantó a media voz *El contrabandista*, música del alavés Iradier:

*Lorsque flambent les cigares
Que pétille le Xérès
J'aime a chanter aux guitares
Les yeux noirs de Dolorès
Ces deux perles bien plus rares
Que les trésors d'Aranjuez!
C'est la vie qu'on m'envie
O charmant métier de contrebandier!*

SEGUNDA PARTE

A pesar de que su madre, informada por amigos y conocidos, insistió en convencer a Fermín de los muchos riesgos y dificultades que había en el contrabando, su hijo no se convenció. Fermín acabó por entrar a formar parte de una partida de hombres dedicados al contrabando. «Arrostrar peligros es malo —se dijo—, pero vivir miserablemente, sin poder hacer nada, sin tener un momento de alegría, es mucho peor.»

El muchacho se las manejó con sagacidad, mostrando gran decisión para lograr el éxito de sus arriesgadas empresas.

Al principio no quiso destacarse mientras tomaba el compás de sus maniobras, pero después de haber dado algunos golpes de verdadera suerte, Fermín empezó a ser conocido y se comentó su éxito. En las sidrerías y tabernas, los comentadores comprendieron que el mozo había comenzado con buen pie. Al notar que empezaban a vigilarle, decidió entenderse con gente de alguna influencia, para que, en caso preciso, le pudieran cubrir las espaldas.

Por entonces, había podido reunir ya algún dinero y logrado mejorar un tanto la vida de su madre y la suya. Pretendía dar a entender que la tiendecilla daba bastante para vivir con holgura, pero los conocidos ya comprendían que eso no era verdad, que la fuente de los ingresos era otra.

Como se mostraba inteligente, audaz y de un fondo de generosidad entre los suyos, los camaradas le designaron jefe de la cuadrilla. Todos los de la banda eran gente atrevida, jóvenes en su mayor parte, que rehuían toda intimidad con los viejos. Entre estos no era raro encontrar alguno capaz de dar el soplo a los vigilantes.

Había que operar con mucha cautela para alcanzar el éxito, y esto solo se conseguía guardando el mayor misterio sobre los alijos, su preparación y su ejecución.

Tenían los de la banda personas distribuidas por los caseríos del monte, donde se lograban datos para preparar las empresas, otros puestos donde había vigilantes enemigos, en sitios de tránsito y varias tiendas en las que guardaban el género pasado de contrabando, para luego, sin prisa y seguros de que habían logrado su objeto, desviar la atención fiscal, poder distribuir el género de noche e ir siguiendo las sendas por donde la mercancía debía quedar oculta y cubierta de la amenaza de las trabas aduaneras. Dos de las tiendas eran la casa de la Vishenta y la de la Anthony.

A los pocos meses de haber empezado Fermín a trabajar, ya se sabía en el pueblo y fuera del pueblo quiénes formaban la partida y quién era el jefe.

Fermín, por entonces, empezó a tener relaciones con una chica de Sara, que era hija de españoles y se llamaba Dolores. Fermín había visto por primera vez a la muchacha en una barca, cruzando de Hendaya a Fuenterrabía. Había entablado conversación con ella, mientras duró el pasaje, y al ir a abonarlo, Fermín se adelantó a pagar por los dos, tarareando aquella copla popular:

*Al pasar la barca
me dijo el barquero
las niñas bonitas
no pagan dinero.*

Después de echar pie a tierra, quedaron citados para otro día, y desde aquel momento fueron novios y se vieron a menudo. Fermín solía cantar, mirándola, una canción romántica, vascofrancesa, que decía:

*Txarmangarria zera
eder eta gazte
nere bihotzak ez du
zu besterik maite.*

(‘Eres encantadora, bonita y joven, mi corazón no te quiere más que a ti.’)

La muchacha estaba muy enamorada de su novio, siempre temerosa de verle metido en una actividad tan arriesgada como la del contrabandista; le aconsejaba en el mismo sentido que la madre de Fermín, para que dejase el contrabando y tratara de buscar otro oficio menos peligroso, aunque diera menos utilidades.

La madre decía que, siguiendo el camino en que se había metido Fermín, cualquier día irían a decirla a ella que los carabineros le habían matado. El joven contrabandista trataba de dar confianza a su novia de Sara con palabras que no lograban convencerla, y por el tono de sus frases se veía que Fermín tenía una excesiva seguridad y una confianza un poco absurda en su suerte.

Para acallar sus consejos, tan lógicos y prudentes, el mozo tenía en sus labios y a punto alguna canción oportuna, con una variación de palabras, pero siempre llenas de elogios para ella. Esta la repetía mucho:

*Nere maite polita
nola zera bizi?
zortzi egun hauetan
etzaitut ikusi.*

(‘Mi adorada y bella, ¿qué tal vas viviendo? En estos ocho días no te he podido ver.’)

También le cantaba echándose las de andaluz:

*Vale más ese cuerpo
y esos andares
que tos los volapieses
de Costillares.*

Ella se reía.

Pasado algún tiempo, arrendó Fermín las tierras próximas al caserío heredado por su madre y decidió vigilar por sí mismo el despacho de la mercancía pasada de contrabando, bien desde Pamplona o desde San Sebastián, ayudado por una chica, hermana de un contrabandista al que, un día aciago, los carabineros le dieron el alto, el chico no se paró y le mataron en el monte.

Fermín, de cuando en cuando, pasaba a Francia y se le veía en San Juan de Luz, en Bayona, donde visitaba a distintos comerciantes, y en sus trastiendas trataban los asuntos en que aquellos obtenían buenas ganancias sin exponer nada.

De sus almacenes no salía mercancía que no quedase pagada de antemano, y el riesgo lo corrían tan solo los que se lanzaban, por sus medios propios, a cruzar la frontera hurtando el cuerpo a los carabineros.

Había algunos que, para introducirse en el grupo de los principales contrabandistas, daban de antemano una parte de la ganancia antes de cobrarla.

Todo se hacía con seriedad y nadie pretendía engañar a los demás. Alguna vez, Fermín llegó hasta Burdeos y hasta París, para preparar sus alijos, extendiendo de ese modo la red de sus combinaciones.

Algún tiempo después, la madre de Fermín murió, a consecuencia de una enfermedad hepática. Los novios decidieron casarse, con la condición impuesta por ella de que él abandonara el contrabando. Fermín aseguró que sí, pero no cumplió su promesa. Los compañeros no le dejaban escapar y siguió dirigiendo las maniobras de la partida de una manera secreta, pero ya sin exponerse en la misma forma que hasta entonces.

No había perezosos, no se aceptaban en la partida. Como síntoma de la indolencia hay una canción vasca que tiene alguna gracia. Es la conversación del amo del caserío con su criado, holgazán. El amo le dice:

*Mutil, mutil
Jaiki ari
Eudia ote dan
Begira ari*

(‘¡Muchacho, muchacho! Mira a ver si está lloviendo.’)

El chico contesta:

*Nagusiya
Eudia da,
Gure zakurra
Bustiya da.*

(‘Señor amo, llueve; nuestro perro está mojado.’)

Después de sus viajes a Burdeos y a París, Fermín se dedicó a estudiar cuáles serían los objetos que podían dejar mayores beneficios en el contrabando.

Solía traficar con ellos, menos con estupefacientes. Sobre esto tenía una idea ética heredada del padre, que le impedía hacerlo.

Algunas veces, las circunstancias del negocio le obligaban a trasladarse a Madrid para comprar géneros que pudieran introducirse en Francia con gran beneficio, sin pasar por la aduana. Con este pretexto, como era joven y de carácter alegre, frecuentaba los espectáculos de todas clases y llegaba a hacer amistades útiles. En general, iba con Dolores, su mujer, a pasar una semana en la capital, y vivía casi todo el tiempo en San Sebastián, en una casa cómoda, como si fuera una persona de buena renta.

Una vez le denunciaron a Fermín y fue llevado a Madrid a responder de la denuncia. Se presentó el contrabandista en la Dirección General de Aduanas, sin estar muy seguro de que saldría bien de su asunto o se quedaría y terminaría por ser conducido a la cárcel.

En ese viaje fue con él una chica que había servido en San Sebastián de doncella con la familia de un alto jefe de Hacienda, dejando muy buen recuerdo entre ellos.

La chica, muy amiga de la mujer de Fermín, le dijo que ella influiría en la señora del empleado de Hacienda para que no hicieran nada a Fermín. Así sucedió. Le permitieron a Fermín volver a su casa sin más daño que el gasto del viaje, suyo y de la muchacha que llevó en su compañía.

En las ausencias del joven jefe de la cuadrilla, su mujer, Dolores, que era pesimista, estaba temblando constantemente, pronosticando una desgracia.

A Fermín le había sustituido en el mando de la cuadrilla, de una manera provisional, un viejo vascofrancés, llamado Gastón Ibarranguelua, antiguo contrabandista, muy prudente y muy ducho en cuestiones de pasar ganados de aquí allá.

Hace cerca de cuarenta años, en las tabernas del barrio de Alzate, de Vera del Bidasoa, se reunían con frecuencia varios contrabandistas y algunos carabineros. Aunque se hacían los desconocidos unos para otros, se conocían muy bien, pero, generalmente, no se hablaban. Cada grupo tenía su rincón predilecto, y las mesas de las tiendas de Portula, de Baschili y del Indiano, se veían casi siempre ocupadas por gente que bebía y fumaba, dando suelta a la lengua.

Era muy buena época para el contrabando, y no solo lo hacían los ya conocidos y fichados, sino también los que habitaban en caseríos próximos a la frontera, y compraban, vendían y cambiaban, saliendo gananciosos siempre españoles y franceses. Luego ya debió de decaer el negocio, o se hacía más cerca de la frontera, y ese desplazamiento conseguía que en el pueblo no se notase.

Existen, en Vera del Bidasoa, dos barrios pequeños bastante separados, adscritos al término municipal: Alcayaga e Illecuetta, y en ellos se contrabandeaba. En ese tiempo de la guerra europea del 14, se dividía el pueblo en dos grupos: los de Vera, con sus poblados y caseríos anejos, y los de Alzate, con casas, algunas próximas entre sí, otras esparcidas y solitarias, muy cerca de la raya fronteriza.

Los contrabandistas tenían amigos y protectores entre gente de alguna importancia. Los ingresos eran aún considerables.

No en todas partes la organización del contrabando estaba tan vigilada y tan reglamentada como allí, y algunas de estas aldeas denunciaban los manejos de los jefes y los policías interrogaban a unos y a otros, aunque al último, con todas aquellas averiguaciones, se perdiera el tiempo y no se averiguara nada.

En el contrabando había el dueño de la mercancía, que, generalmente, era el que organizaba el paso de la línea fronteriza con sus peones. Estos cobraban, según se aseguraba, de quince a veinte duros por viaje.

A veces, el patrón encomendaba la labor a algún contrabandista que sabía su oficio, y se las manejaba bien por sus conocimientos y sus amistades. En este caso, daba una prima al jefe de la cuadrilla o un tanto por ciento del beneficio obtenido.

En caso de no llegar la mercancía por cualquier eventualidad de las que no se podían anticipar, el patrón pagaba los gastos. En muchas ocasiones, él mismo, con sus criados, hacía el contrabando.

Se entendían los mozos de Fermín cantando una misma canción, con diferentes letras. Una de ellas decía:

*Andre Madalen
andre Madalen
laurden erdi bat olio
aita jornalak*

irabaztea amak

pagatuko dio.

(‘Señora Magdalena, señora Magdalena, la mitad de un cuartillo de aceite. Cuando el padre cobre su jornal, se lo pagaré.’)

Había una copla que decía:

Andre Madalen errotakoa

irekidazu atea

zure senarrak

datorrelako

ardoa ondo betea.

(‘Señora Magdalena, del molino, abra la puerta, porque su marido viene lleno de vino.’)

Otra de las tocatas que les gustaba repetir con el silbo era esta, con compás de marcha y letra en vasco, que decía así:

Jeronimo, entzun zazu

neskatxarekin ibiltzen zera zu.

Aita datorrenean, ama datorrenean

etxetik kanpora bidaliko zaitu.

(‘Jerónimo, escúchame, con las chicas andas tú, si viene el padre, si viene la madre, te va a echar fuera.’)

En la entonación de estas canciones, que sonaban interrumpiendo el silencio de la campiña vasca, los contrabandistas se comunicaban misteriosamente para darse noticias del resultado de las empresas en que andaban metidos.

En el sótano de la casa del jefe se hacían los paquetes; metían en ellos alpargatas, frascos y telas. Fermín había convencido a su mujer de que no había peligro en manejarse de aquel modo, y cuando Dolores estaba en Zugarramurdi, les ayudaba a hacerlos, sin sospechar que pudiera haber peligro si eran descubiertos. Luego, ya Fermín tuvo un mozo que se encargaba de aquellos menesteres, ataba el alijo y lo llevaba a la cuadra, donde escondía los paquetes bajo el helecho allí amontonado.

Otras veces se hacían los paquetes en una tienda del pueblo, que tenía una escalerilla en la parte de atrás que daba al río. Allí acudían a buscar los fardos los mozos que debían llevarlos al otro lado de la frontera. La mayoría eran chicos jóvenes y estaban de vuelta antes de amanecer, y al retornar traían género adquirido en Francia.

Era un ir y venir constante, productivo para ellos. Los mozos de los caseríos conocían muy bien todos los senderos del monte. Se deslizaban entre los carabineros como lagartijas, no porque sus vigilantes fueran todos ciegos o sordos, sino porque dejaban hacer. Al fin y al cabo, otras gentes de mayor posición practicaban el contrabando en grande y nadie se metía con ellas.

Al anoecer se acercaban al pueblo, entraban en la taberna y se ponían a jugar una partida de mus, hasta que uno de los mozos, que vigilaba en el exterior, daba la señal y, rápidamente, dejaban todos la partida de naipes y cogían cada uno su carga y salían por la parte trasera de la casa, rumbo a su objetivo. Todo ello en medio del mayor silencio.

Algunas veces Fermín iba en la partida y llevaba un paquete más pequeño, pero de mucho valor, pues si se había de dar crédito a los rumores que circulaban por el pueblo, las mayores ganancias del contrabando se hacían entonces transportando oro.

Cuando no se podía salir, por estar vigilados los caminos, se quedaban en la cuadra, encerrados, y allí se pasaban horas y horas durmiendo, tendidos sobre la hierba seca.

Si se despertaban era para darle un tiento a la bota de vino, y volvían otra vez a buscar la horizontal sobre la hierba.

La vigilancia desaparecía cuando el capitán de la partida indicaba por dónde estaba más libre el camino y detallaba, una por una, las precauciones que se habían de tomar para que toda la maniobra se desarrollase sin engorros ni tropiezos desagradables.

Cuando pasaban caballos y mulas, si eran pocas cabezas y de valor, una de las maniobras consistía en poner a los animales herraduras al revés, con lo cual los carabineros, por muy expertos que fueran, se hacían un taco y se despistaban no acertando a resolver qué expedición era aquella de caballos y mulas que iba a

Francia.

Una vez que llevaban los contrabandistas cinco bueyes, uno de ellos un poco cojo, pasaron la frontera y se internaron en tierra española, cruzando rápidamente el pueblo en el momento en que estaba amaneciendo. Llegaron a un riachuelo, lo atravesaron con el agua al cuello por un sitio que suponían no estar vigilado por considerarlo peligroso. El buey cojo iba despacio, lo cual retrasaba mucho la marcha del grupo. Empezaba a esparcirse la luz de la mañana; entraron en el riachuelo ya con sol y no les fue posible seguir adelante con aquel animal que marchaba despacio y con pesadez.

Decidieron dejarlo en un túnel de la vía férrea, por donde circulaba un tren viejo y pequeño, frecuentado por trapicheras. Después, el director de la banda mandó a un chico para que diese aviso en su casa y fueran a sacar el buey del túnel. No actuaron con la necesaria rapidez al dar el aviso, y el jefe supo más tarde que el tren de las trapicheras había topado con el animal, matándolo y arrastrándolo muerto. El tren estuvo a punto de descarrilar con el choque y de producir muchas víctimas.

Después del suceso, el jefe de la banda recibió unas horas más tarde una carta anónima, escrita en broma, en la que incluían el horario del pequeño ferrocarril y un papel que decía: «Se prohíbe dejar objetos vivos o muertos en la vía del tren».

Hacía pocos años que en Urdax, pueblo francés de la frontera, se había abierto un bar de aire modernista, que se llamaba bar Arzamendi; el dueño, de este apellido, que en vasco quiere decir ‘monte de osos’, era un tipo casi albino y estaba casado con una chica de un caserío cercano, y establecido allí con algún dinero que había ganado en el Uruguay.

El dueño del bar era un hombre muy charlatán. Tuvo pronto numerosos favorecedores, abigarrada clientela de contrabandistas y peones del campo.

En la taberna se jugaba al mus y los domingos se tocaba el acordeón, manejado con bastante acierto por un cuñado del dueño. Este se subía encima de una mesa pequeña para que la música se extendiera mejor y llegara sin estorbos a los oídos de las parejas que bailaban.

Según se supo después, Arzamendi era de Ainhoa, pueblo próximo, en donde en colaboración con un hermano más joven que él se había hecho rico en el contrabando.

Algunas veces, en la tertulia del bar, se vanagloriaba de sus hazañas.

—Hasta hemos pasado una apisonadora grande —decía riendo y mostrando sus encías que no tenían dientes.

—¿Para qué dices tú eso? —le preguntaba su mujer.

—¡Bah, no hay que preocuparse! Ya nadie se acuerda de lo pasado.

La taberna Arzamendi era la última en abrirse en el barrio y la última en cerrarse. A pesar de que él aseguraba que no hacía contrabando, ello era muy dudoso. A cualquiera que se presentase estaba dispuesto a contar sus aventuras.

De los hermanos, solo quedaba él. Al pequeño lo mató un gendarme una noche, de un tiro en el corazón, cerca de Zugarramurdi, en un terreno mal deslindado, que no se sabía si era español o francés. Arzamendi fue a recoger el cuerpo de su hermano muerto por la noche y lo llevó a su casa. Al día siguiente llegó la pareja de la guardia civil.

—¿Y usted no sabe si esto sucedió en terreno francés o español? —preguntó uno de ellos a Arzamendi.

—No, no lo sé. Al anoecer vino aquí a mi casa una mujer vieja que es recadera y me dijo: «Por lo que me han contado, a tu hermano Esteban le han matado en la frontera, en el camino de Añoa». Fui allí con una mula y encontré el cadáver cubierto de ramas secas y lo traje aquí.

Por esos tiempos, los que pasaban paquetes de café solían llevar de veinte a cuarenta kilos, y los peones recibían de cincuenta a cien pesetas por expedición, haciendo en épocas de mucho trabajo hasta dos marchas por día. Generalmente, formaban grupos de cinco a diez hombres. Casi siempre iba un vigía delante, a un kilómetro de distancia de la cuadrilla, y luego detrás otros dos, con algún instrumento de labranza de poco valor o con un saco de habichuelas, para disimular.

La mayoría de los carabineros ya sabían que todo eso era una martingala, pero les dejaban pasar. Generalmente, el patrón de los contrabandistas tenía interés en que todo se hiciese con astucia, tomando las medidas precisas. Ningún patrón tomaba la mercancía sin haber examinado con cuidado lo que le daban, pues si resultaba que era deficiente, entonces se las manejaban para dar un soplo a los de la aduana, librándose con ello del pago y de la multa.

La mejor hora para el contrabando era de tres a cinco de la madrugada.

La sacarina era uno de los productos que se pasaban con más frecuencia y con más provecho. El contrabando de ella era escaso por su volumen y bastante grande por su valor.

La sacarina se repartía de varias maneras, en paquetes pequeños y manejables, que llevaban etiqueta falsa, en la que indicaba ser almidón o azúcar.

Si les sorprendían los carabineros y les daban el alto, tiraban al suelo o entre las rocas paquetes que tenían género de poco valor, pero la sacarina la defendían con toda su alma.

Una vez alcanzado el pueblo seguro y repartido el contrabando, se encargaban los transportistas, que la mayoría eran repartidores de leche, en esconderlos en unas marmitas de doble fondo.

Con el tiempo, todos estos trucos se conocían y había que abandonarlos e inventar otros nuevos, aún inéditos. Algunas veces lo conseguían, otras no daban en el clavo.

Entre los hombres que componían la partida de contrabandistas que trabajaban a la sombra de Fermín Elgueta, los había muy curiosos y pintorescos.

El Maletero era hombre de mala intención, porque dentro de la cuadrilla de contrabandistas se veía aislado, debido a que ignoraba el vascuence. Era hijo de un carabinero retirado. Andaba en el contrabando porque no había encontrado nada mejor a que dedicarse, pero sospechaba que no hacía tanto negocio como los demás, porque le dejaban al margen y nunca conseguía entenderse bien con ellos; los otros sí se entendían. Al Maletero le llamaban también *el Andorrano*, porque había vivido en este pequeño país algún tiempo.

Este producía a los de la partida una desconfianza recíproca, entre los vascos y él. Los vascos sospechaban que el mejor día les iba a dar un golpe; pero resultaba bastante difícil zafarse de él; ya metido en su grupo, le habían dejado enterarse de los negocios, estando al tanto de sus andanzas y de los pasos de sus alijos. La complicidad pasada era un recelo para la convivencia entre ellos.

«El Maletero va a dar un soplo el mejor día —indicó Fermín a los suyos—. Hay que ver de vigilarle y andar con muchas precauciones.»

El Maletero era un hombre atravesado, de carácter vengativo, y todos temían que, si alguna vez no se encontraba satisfecho con su ganancia o pensaba que le escamoteaban algo, sería capaz de denunciar a todos y dar las pruebas para que los prendiesen. Todo el grupo le conocía y nadie se fiaba de él.

Una noche, sabiendo que su cuadrilla tenía que pasar unas mulas, fue a exigir dinero a Fermín antes de que saliesen para entrarlas; Fermín le dijo que él no había participado en la cosa y, por lo tanto, no podría entrar en el reparto. El Maletero se plantó en la orilla del arroyo esperando a que llegara la partida. Cuando los animales estaban dentro del riachuelo, se acercó a exigir una importante cantidad a Fermín, y este le mandó a paseo.

De las palabras pasaron a los hechos y se pegaron; un chico fantástico y audaz de la partida, que se llamaba Mandharro, dijo que lo mejor que podían hacer era atarle los pies y los brazos y tirarlo al río. Fermín se opuso, y por entonces la riña no pasó de aquellos golpes, en los que el Maletero había llevado la peor parte.

Mandharro era muy popular por sus absurdas apuestas en el juego de pelota, donde organizaba partidas en condiciones extrañas: unas veces con los brazos atados y contestando con los pies; otras sentado en una silla.

Entre las cuadrillas de contrabandistas había gente que sobresalía en la especialidad de borrar las pistas. La labor de estos borradores de huellas tenía siempre un resultado admirable, que anulaba la sagacidad profesional de los carabineros.

El Maletero no se sabía a ciencia cierta de dónde era; hablaba bien el castellano, pero de vascuence no sabía una palabra. A Fermín, al principio, le había parecido una buena persona, obligada a ganarse la vida como podía, pero luego, al cabo de algún tiempo, averiguó que andaba rondando a su mujer. Aquello era algo que no podía perdonar, aunque no dudase de Dolores, ni temiese ninguna complicación por parte de ella.

Dolores, cuando estaba sola, cantaba y se acompañaba con la guitarra una canción de Vitoria, que decía:

*Aunque la oración suene
yo no me voy de aquí,
la del pañuelo rojo
loco me ha vuelto a mí.
Aufa que el campanero
las oraciones ya va a tocar.
Aufa que yo te quiero,
Maitia, Maitia, ven acá.*

Siempre que Dolores cantaba, el Maletero rondaba la casa y oía como si fuese un entusiasta de aquella canción.

Fermín preguntó a Dolores qué le había pasado con el Maletero. Le dijo que él tenía una confianza absoluta, completa en ella. Añadió que no quería saberlo por curiosidad, sino por, una vez que supiera lo que había pasado, decidir si debía romper o no con él.

La Dolores, muy impresionada, le dijo a Fermín que el Maletero le había importunado, varias veces, diciéndole estupideces.

—¿Qué te ha dicho? —contestó el marido, iracundo.

—Puras majaderías; que tú tenías una querida en Francia, que con ella te gastabas mucho dinero; cosas que yo sabía que eran mentiras. Me ha escrito varias veces, pero yo no he leído sus cartas, y sin leerlas las he quemado.

—Yo a ese tipo le voy a dar una de palos...

—No, no. Tú sepárate de él y nada más. De mí no tengas ninguna duda, pues puedes estar seguro de que yo te quiero.

—Sí, ya lo sé, como yo te quiero a ti, más que a nadie.

—Bueno, pues olvídate, de eso.

—Olvidémoslo.

Otro de la partida, que se llamaba Zizari, luego resultó que había formado parte de una agencia internacional de paso clandestino desde París a Lisboa, cuya existencia fue descubierta a raíz de un asesinato por robo en la frontera, cuyas víctimas fueron un matrimonio millonario. La mujer era muy hermosa y apareció muerta en un barranco, al lado del río, y su marido un poco más atrás.

Ella debió de intentar huir al recibir el marido un golpe en la cabeza, para pedir auxilio, pero fue seguida y muerta a garrotazos. En la huida, dejó caer un collar de diamantes, que el asesino no logró encontrar, registrando el suelo.

Zizari fue detenido, pero por más que le querían implicar en el crimen, demostró su inocencia y no le pudieron demostrar nada. Sin embargo, pasó algún tiempo en la cárcel, hasta que se detuvo a gran parte de la cadena de criminales que llegaba de París a Lisboa, pasando por España, y cuyos representantes estaban en varias capitales de provincia, pero la policía no logró poner absolutamente nada en claro de lo relacionado con el asesinato del matrimonio millonario.

En aquella ocasión, se aseguró que en unas peñas solitarias que se levantan entre Guipúzcoa y Navarra, había más de cien personas enterradas.

Las cubiertas de automóvil, de goma, solían ser un material muy importante y muy pedido a los contrabandistas. Estos cogían los aros de caucho a hombros, pasando la cabeza por el círculo abierto de la llanta y agarrándola con ambas manos; si era grande, de camión, en ese caso hacía falta un palo fuerte para sujetarla sobre los hombros. De este modo, el hombre que la llevaba parecía un oso en marcha, de esos que bailan con un palo entre brazo y brazo, atados por una cadena, bajo la amenaza del látigo de un zíngaro.

Como los hombres del portador no solían ser siempre tan anchos que diesen soporte a la cubierta, tenían que llevarla en ese caso entre dos.

Se decía que una vez, dos contrabandistas, acosados por los carabineros en el momento de ir así cargados, para no abandonar la mercancía, uno se metió dentro de la cubierta, que era gruesa, y fue rodando hacia abajo por un herbazal, sin hacerse daño, mientras el otro se subía a unas peñas y se escondía en una cueva.

A ese paso de cubiertas se dedicó la familia de un caserío próximo a la frontera, familia compuesta por el padre, viudo, y tres hijos, dos varones y una hembra. La hija tenía un novio carabinero, que dejó el cargo y entró a trabajar en un taller de cantería, para evitarse complicaciones con la nueva familia.

Pero esta tuvo mala suerte. A uno de sus hijos un día le pegaron un tiro en el monte y quedó muerto en el sitio. Entonces, el hermano se fue a Lesaca y puso una tienda. El padre, al quedar solo, ya no pudo seguir haciendo contrabando. Pasó algún tiempo melancólico, y una pulmonía, que cogió una madrugada al salir al monte para hacer leña, se lo llevó en poco tiempo y antes de que llegara el médico.

Otro caso que ocurrió por la misma época fue producido por la mala suerte de dos contrabandistas. Estos tropezaron una noche con los carabineros cerca del río. Tuvieron que meterse en él en un sitio en que el agua les llegaba hasta la cintura. No pudieron avanzar y, alzando los brazos, empezaron a tiros con las escopetas que llevaban. Los carabineros contestaban. Los dos contrabandistas consiguieron salir del torrente y comenzaron a huir, subiendo hacia las mugas de Francia. Iban cansados, agotados, sin ver donde ponían los pies, hasta que cayeron a un hoyo, lleno de agua y cieno, y allí murieron.

Al día siguiente, se les buscó y descubrió. Tenían las manos llenas de heridas y ensangrentadas las ropas. Uno de ellos mostraba una contusión en la frente. Circuló el rumor que, si habían sido descubiertos en su alijo por los carabineros, se debía de haber recibido el soplo de alguien, al que todos señalaban por su nombre. Una semana después, el tal apareció, cadáver, en el río. Todo el mundo pensó que aquello era una venganza de los amigos y compañeros de los sorprendidos.

Una noche, Fermín, internado en el bosque, había marchado con la partida al camino de Ainhoa; se sentó en una parte sombría de la carretera a vigilar a su gente. Había nubes en el cielo y no se veía nada.

Los mozos se habían puesto en varios puntos estratégicos y se comunicaban sus noticias.

Fermín estaba optimista y pensaba que todo marchaba bien.

Rápidamente y en un momento, se abrieron las nubes y empezó a brillar la luz de la luna en el camino, iluminando la carretera y los árboles próximos.

Un momento después, sonó una detonación y Fermín cayó al suelo. Los compañeros que estaban próximos a él corrieron a ver qué es lo que pasaba y encontraron a su jefe muerto. Le habían metido un balazo en la sien.

Los contrabandistas pensaron que aquella muerte venía de manos del Maletero. Registraron los sitios próximos y no encontraron a nadie. Poco después volvió a ocultarse la luna y quedó el monte oscuro y negro.

Los amigos de Fermín marcharon al pueblo, tomaron un carro ligero y llevaron el cadáver a su casa. Al día siguiente fueron a declarar ante el alcalde, que era al mismo tiempo el juez.

Dolores, al saber la noticia, quedó desolada. Una semana más tarde se fue a Francia y entró en un convento de Bayona.

PÍO BAROJA

**los amores
de antonio
y cristina**


epublico

Antonio Zabala, sobrino de un farmacéutico de Echalar, don Bonifacio, actuaba como segundo en la botica de su pariente. Su tío le había aceptado en su casa y ayudado para que estudiase la carrera, pero el sobrino no tenía afición a la farmacia, ni a la química, ni a la terapéutica y salía mal con frecuencia lamentable.

Después de haber ido aprobando los cursos de bachillerato en la capital de la provincia, se trasladó a Madrid para seguir la carrera que el tío Bonifacio se proponía darle.

Pero como salía mal un curso y otro curso, el farmacéutico comprendió que su sobrino no tenía condiciones para la química ni para los análisis.

Antonio desistió de seguir estudiando y abandonó definitivamente la facultad.

Después de los dos cursos en Madrid, había podido convencerse Antonio de que la química, lo mismo si era orgánica que inorgánica, no le atraía.

En cambio, volvió a Echalar soñando con el descubrimiento de que tenía afición a la pintura. De todos modos, por su carácter, Antonio resultaba un muchacho bastante perezoso y de pocas iniciativas.

Su inclinación pictórica le apartó más y más de los estudios científicos y de ir a las clases de la Facultad de Farmacia, que entonces se daban en la Ciudad Universitaria, muy lejos para un joven un poco holgazán y vagabundo.

Antonio se dedicó la mayor parte de los días a visitar el Museo del Prado, recorriendo sus salas y deteniéndose ante los cuadros, con preferencia ante los paisajes.

Le sorprendían y maravillaban las obras del Greco, por el color y la expresión, y las obras del Bosco y Patinir, por la fantasía literaria de estos autores.

Algunos que habían visto en el pueblo los paisajes hechos por Antonio, le dijeron que debía insistir en el dibujo si quería llegar a ser un pintor de verdad. Él, fallaba algunas veces en el dibujo, no era constante en el estudio y le entusiasmaba el color.

El País Vasco tiene mucho color, y si no ha producido grandes artistas no es por falta de colores y de luz, sino porque no ha habido ciudades importantes y además con una burguesía de vieja cultura.

En los días del primer fracaso científico de Antonio, su tío, el farmacéutico don Bonifacio, no hizo observaciones a su sobrino, y cuando volvió a Echalar sin haber aprobado sus asignaturas, ni siquiera le puso mala cara. Era su norma habitual, no quería disgustarse ni tomar demasiado en serio los fracasos. Se propuso esperar a ver el resultado de otras intentonas. Cuando vio que Antonio tampoco el otro año salía bien de sus exámenes, comprendió que al muchacho no le gustaba la carrera, y, sin alterarse, llamándole a capítulo, le dijo:

—Mira, chico, se ve que no tienes la menor afición a la farmacia.

—Sí, es verdad —le contestó el sobrino—. Aunque estudio, no se me fija nada en la cabeza.

—Por otro lado —siguió diciendo el tío—, has de considerar que necesitas dedicarte a algo, porque no cuentas con medios de vida que te permitan tenderte a la bartola.

—Sí, no tiene duda.

—En ese caso, como ni aquí ni fuera de aquí tienes medios para mantenerte y aún no se inventó vivir del aire, piensa en lo que vas a hacer, porque me parece a mí que con la pintura será difícil que puedas ir tirando.

—Sí, yo también creo lo mismo —contestó, un poco confuso, Antonio—; pero de momento, probaré qué es lo que puedo sacar de ella. Mientras tanto, seguiré aquí si usted quiere.

—Sí, sí, sigue. A mí no me estorbas. Puedes estar el tiempo que quieras, pero ya comprenderás que lo que he dicho es pensando en tu porvenir.

—Ya lo comprendo, sí, y le doy a usted las gracias.

En realidad, el buen carácter del boticario y la buena pasta del sobrino hacían que se entendieran bien uno y otro, sin que entre ellos se produjera jamás el menor roce ni se turbara el plácido ambiente de la casa. Tanto el viejo como el joven eran comprensivos y eclécticos.

Respecto a las ideas propias, las dejaban dormir en el fondo de sus respectivas intimidades. Lo probable es que no las tuvieran, por lo menos violentas, y por eso gozaban la paz de no verse metidos en disputas agrias.

Antonio ayudaba a don Bonifacio en la preparación de las recetas, obedeciendo puntualmente sus indicaciones, y cuando había poco trabajo, que solía ser a menudo, pues en algunas épocas la salud de la villa era inmejorable, cogía sus trastos de pintor y marchaba al campo, donde no necesitaba andar mucho para dar con algún rincón atractivo o con alguna perspectiva romántica que le permitiera ensayar sus facultades. La paciencia que no había mostrado para seguir los estudios en la facultad, la tenía en alto grado para emplearla en luchar con las dificultades del color y de la luz que le presentaban los paisajes.

Por entonces su pintor español moderno favorito era Regoyos. No le gustaban mucho ni Zuloaga ni Sorolla.

El tío Bonifacio carecía de experiencia, de curiosidad, para saber si lo que pintaba su sobrino tenía o no algún mérito.

Cuando se hacía mostrar los resultados de aquellos paseos de Antonio por el campo, contemplaba las tablillas en el reborde de la estantería donde se alineaban los cacharros y frascos de la farmacia, y solía decir:

—A mí me parece bien, pero yo no entiendo de esto nada. Tendría que comparar con otras cosas.

—Yo tampoco estoy seguro. Creo que no están mal —decía Antonio—, pero habría que contrastar mi opinión con la de los demás. —Creo que al último no

tendrás más remedio.

—Sí, me parece que está usted en lo firme.

Echalar no tiene ningún edificio importante, ni viejo palacio, ni gran iglesia, ni torre feudal. El renombre de Echalar en el país se lo da la caza de palomas que se verifica en el monte Yarmendi. Las palomeras de Echalar, como las palomeras de Sara, tienen fama en el país y están muy cerca una de otra. En Echalar la caza se hace entre los collados, el uno llamado Chorilepo ('el Cerro de los Pájaros') y el otro Gaztainlepo ('el Cerro de los Castaños').

En estos collados hay torres, en la parte baja, de ladrillos, y, en la alta, de hierros. En el extremo de las torres se ponen varios hombres con una paleta en la mano. Al llegar un bando de palomas echan la paleta al aire y las palomas, asustadas, creyéndose perseguidas, bajan rápidamente hacia tierra y se quedan presas en las redes.

Don Bonifacio Zabala, el farmacéutico, tío de Antonio, era un hombre que se había acomodado al vivir de la aldea. De temperamento flemático, era difícil o casi imposible que evolucionara o cambiase. Nada lograba turbar su sosiego espiritual de *bon vivant*, y nada llegaba a influir sobre él para hacerle perder el ritmo tranquilo y sosegado que había impuesto por propia decisión a su existencia oscura.

A don Bonifacio se le tenía por un epicúreo por las personas que se consideraban cultas.

La verdad es que se sabe poco de Epicuro y hay de este filósofo griego muchas versiones distintas y contradictorias.

Comparar a una persona viva, a la que no se conoce bien, con un sabio antiguo, a quien se conoce aún menos, es bastante de nuestro tiempo.

Epicuro, el antiguo filósofo nacido en Filaides, al parecer no era un hombre de placeres ni un hombre de genio, sino un tipo débil y enfermizo que compró un jardín para pasearse y perorar en él, y que murió con gran serenidad.

Para algunos fue un gran hombre. No se conoce cuáles fueron las normas de este ciudadano que, antes de ser filósofo, abrió una escuela para los hombres, según dice Timor, instruyó como maestro a los niños, tratándoles con dureza y crueldad. No es ocasión esta para detenerse a contar su vida, porque no hay nuevos datos que señalar, y lo poco que se sabe de él consta ya en todas las historias. Le atribuyen no haber hallado en el mundo cosa buena, como no fueran los licores, los manjares y los deleites de Venus.

Don Bonifacio, con más de sesenta años, gordo y pesado, no hubiese vivido lo sosegadamente que vivía si hubiera tenido que preocuparse de los deberes que impone la paternidad y atender a las obligaciones que lleva consigo el sostenimiento de una familia; vegetaba libre de esas imposiciones, debido a que se había conservado soltero.

Satisfacían por completo sus necesidades lo espacioso de la casa, grande para dos personas, él y su criada, la huerta y el jardín. No sentía afición ninguna a buscar fuera de casa distracciones. No le llamaban la atención. En la huerta, trabajaba un peón del campo y muchas veces era el mismo don Bonifacio quien dirigía la siembra de las patatas, de los guisantes y de las habichuelas.

También era él quien se dedicaba a regar los primeros días las semillas y los esquejes, y no dejaba este trabajo a nadie.

Cuando no le retenía la preparación de las recetas llevadas por la clientela, o el despacho de los específicos recomendados por el médico del pueblo, podía dedicarse a cultivar algunas hortalizas raras y poco conocidas que le daban indios y gentes que llegaban de América.

Por otra parte, en su vivir diario le ocupaba también bastante la preparación de lo que se comía en la casa. A veces él mismo vigilaba la actividad de la cocinera, una viuda sin hijos ni sobrinos, con bastantes años, pues había entrado a servir en casa del boticario en tiempo de sus padres. Ya en la vejez, la viuda tenía fibra sobrada para desempeñar sin ahogo el trabajo de la cocina, que a veces no era fácil.

Don Bonifacio era un *gourmet*, un saboreador de los manjares en su punto hechos en su cocina. Un alimento un poco socarrado le parecía una verdadera desgracia. Cuando le invitaban a comer en alguna casa acomodada especificaba después ante el sobrino o ante la criada los platos que se habían presentado en la mesa, y su explicación resultaba tan detallada y expresiva, que la daba como si, en el momento en que evocaba los deleites de la gula satisfecha, su paladar estuviese experimentando de nuevo las sensaciones que había saboreado en el reciente convite.

Don Bonifacio, tan experto en el terreno gastronómico, había mostrado siempre indiferencia en cuestiones políticas. Tampoco se mostró decidido en punto de amores y se quedó soltero. Sin duda, tenía un ideal un tanto difícil de conseguir, y se mantuvo en el celibato. Y si no se había decidido jamás por un tipo de mujer, tampoco se había dejado entusiasmar de ningún ideal político. A todas las mujeres que había conocido las encontraba algo que pudiera convenirle, pero también hallaba en todas mucho que le impedía tender la mano hacia una posible media naranja. En las ideas políticas nunca había hallado nada que le produjese entusiasmo ni le llegara a convencer de su utilidad teórica o práctica.

Por esto, sin duda, cuando llegó a estallar la guerra civil, don Bonifacio, nada dogmático, quedó en su actitud de eclecticismo. Daba en parte la razón a todos, que era como no dársela a ninguno. Tan lógica y comprensiva le parecía una tendencia como la otra. Tampoco su sistema era práctico de verdad, porque la gente no aceptaba eclecticismos ni medias tintas, sino lo uno o lo otro.

Si el boticario hubiera sido más joven no le hubieran aceptado su postura indecisa y vacilante, pero ya se podía comprender que con su edad, su gordura y sus perplejidades, no podía prestar ayuda ni a unos ni a otros.

Don Bonifacio tenía para el servicio de la farmacia y de la huerta una vieja

asistente vasca, que trabajaba mucho, y para las habitaciones, una navarra de la Ribera, que cuando fregaba el suelo cantaba a voz en grito:

*Al levitón le gusta mucho el vino,
al levitón le gusta mucho el ron.
Levitón, levitón, levitón
ha hecho una casa nueva.
Levitón, levitón, levitón,
con ventana y balcón.*

«¡Qué canción más estúpida! —solía decir Antonio—, qué levitón ni qué mamarrachadas.»

A veces el joven Zabala replicaba, en broma, tarareando un cuplé francés que había oído en un teatrúcho de Madrid: «Marieta es una chica que tiene un genio atroz...» y que tenía este refrán, que no lo recordaba bien:

*Marieta, no seas coqueta;
mira que yo lo sufro mucho.
Marieta, sé más discreta
y piensa en mí que estoy aquí.*

Antonio Zabala había llegado a los veinticinco años sin resolver el problema de su vida. Desde muy niño, el destino le había mostrado una cara muy adusta.

Perdió a su madre, hermana de don Bonifacio, que fue una de las innumerables víctimas del año 1920.

El padre, que aún era joven, se volvió a casar y creó muy pronto una nueva familia, en la que el único hijo del primer matrimonio resultaba un poco fuera de ambiente.

La muerte de la madre de Antonio había ocurrido en Madrid, y la boda con la nueva mujer de su padre, un año más tarde. Al casarse en segundas nupcias, el viudo, que dejó de serlo, marchó destinado como contable a una azucarera de la región andaluza, adonde poco después debía seguirlo la familia. No tenía mucho sueldo, pero le bastaba para vivir.

Al escribirle su cuñado el boticario de Echalar, propuso que podría enviarle su hijo mayor, Antonio, que tenía entonces trece o catorce años, para que estudiase en la farmacia practicando y al mismo tiempo estudiar la carrera, y se examinase en Madrid.

Al padre, de momento, le pareció mal dejar al hijo; pero, después de darle muchas vueltas en su imaginación al asunto, pensó que quizá era lo mejor seguir la suerte y dejar que el chico siguiera viviendo con su tío.

Antonio no perdió gran cosa, pues su padre murió dos años después de su segunda boda. Al parecer, el hombre se lamentó bastante de la separación de su hijo y murió de una pulmonía cogida en la fábrica, que se lo llevó en menos de una semana. No dio tiempo a que el chico, Antonio, se reuniese con la familia que ya se deshacía y en la que hubiese sido un extraño.

Junto a su tío, Antonio se crió fuerte, no porque se ocupasen mucho de él ni el tío ni la criada que regía la casa, sino porque el clima del pueblo era bueno y la alimentación abundante. No tuvo nunca necesidad de recurrir a los productos que se vendían en la farmacia, y si hubiera estado enfermo es posible que dijera lo que se contaba que un boticario madrileño, poco creyente en los productos medicamentosos, decía cuando estaba enfermo: «¡Cuidado, eh! De lo de abajo, nada...».

Lo de abajo era la farmacia.

Antonio gozó en Echalar de una perfecta salud. No tenía ni catarros, ni indigestiones, ni calenturas. Con las chicas del pueblo se mostraba servicial y atento, pero no se dirigía a ninguna porque decía que no tenía posición. Acompañó algún día de fiesta a varias a visitar los alrededores. Había estado con ellas en Santesteban de Donamaría, en Arizcun, donde visitaron el barrio de Bozate, todavía poblado de la raza misteriosa y despreciada de los agotes.

El bachillerato lo estudió Antonio por libre, acudiendo a examinarse a la capital de la provincia. Algún verano, un cura joven del pueblo hizo verdaderos milagros para tratar de meterle en la cabeza los ligeros conocimientos de latín y de griego necesarios para aprobar en junio y no volver en septiembre. Y cuando llegó el examen final de curso, tuvo que repetir los ejercicios gimnásticos de toda clase para salir bien.

Al llegar a Madrid, los sacrificios anteriores resultaron nulos. Antonio no tenía ninguna afición a la ciencia. No le interesaba. No era capaz de leer y recordar las explicaciones del profesor y poder aprobar su examen sin demasiados temores, y salir bien aunque fuera agarrándose como a una tabla de salvación con las uñas a un pequeño recuerdo.

El joven Zabala quedó desmoralizado y reconoció que no servía para aquellos trotes. Después de dos cursos en que fracasó por completo, le dijo a su tío don Bonifacio que no tenía condiciones para la carrera, que seguiría de practicante mientras fueran las cosas como hasta entonces y a él no le pareciese mal. Don Bonifacio aceptó.

Bien se demostraba con cuánta discreción y prudencia el farmacéutico de Echalar se quedó soltero, pues no tenía carácter ninguno para padre de familia. Si no hubiera sido por la suerte, que hizo que se cumpliera aquello de que «al que Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos», don Bonifacio hubiera podido vivir perfectamente tranquilo en el reposo, sin la menor preocupación. Pero de todos modos, su epicureísmo y su egoísmo no eran tan grandes para zafarse de toda responsabilidad respecto a su sobrino, y pensó que no le podía abandonar y que debía hacer algún esfuerzo para que Antonio emprendiese algo, lo que fuera, que le procurase un medio regular de vivir. Mientras él estuviera con fuerza para ocuparse de la botica, podría tenerlo a su lado. Pero... ¿y cuando él faltase?

Tenía don Bonifacio otro sobrino, hijo de una hermana, también fallecida, que, mejor estudiante que su primo, había terminado su carrera de farmacéutico y ejercía en un pueblo de la Ribera de Navarra, donde, al parecer, había echado raíces. Soltero, como su tío, sabiendo que sus aspiraciones no podían perjudicar a su primo, poco hubiera necesitado si el tío le hubiese echado un cable para dejar el pueblo ribereño y trasladar su campo a Echalar.

Aquello podía ser una solución para Antonio si los dos primos se entendían, porque el ribereño, más viejo que Antonio, no parecía muy inclinado a casarse. El farmacéutico de la Ribera había tenido una novia, que perdió en un accidente de automóvil, y, aunque de aquello habían pasado varios años, el hombre había decidido guardar fidelidad al recuerdo de su ex prometida.

Pero... ¿y si Antonio encontraba una mujer que intentase llevarle al casorio? ¿Con qué medios podría contar para establecerse en alguna parte y crear una familia?

La pintura, don Bonifacio la miraba como algo muy aleatorio y caprichoso, nada firme para fundar sobre esa base una vida matrimonial corriente. Pintores había

muchos, pero que se sirvieran de los pinceles para mantener casa y familia, cuando no se disponía con anterioridad de medios propios de sostenimiento, él creía que podrían contarse con los dedos de la mano.

Y eso que cada vez era mayor el espacio que los periódicos dedicaban a las exposiciones de arte. Pero en aquello recelaba el boticario de Echalar si no habría mucha fantasía y muy poca efectividad metálica.

Él, y la mayor parte de las personas de su posición que conocía, cuando querían adornar un muro de una sala, tenían que conformarse con fotografías o, cuando más, con alguna estampa de colores.

Don Bonifacio no desesperaba de que su sobrino Antonio se acomodase a vivir con él, y empleaba toda clase de argumentos para convencerle de que tuviera un poco de fibra y de tesón y estudiara unos años y concluyera la carrera.

Con ánimo de hacerle ver al tío que su afición a la pintura no era un pasatiempo, ni una manera de rellenar los ocios de su vida, Antonio Zabala, en varias ocasiones hizo alguna exposición de sus lienzos en San Sebastián y en Bilbao, y vendió algo, probablemente porque los precios eran pequeños. Ello indicaba sus aspiraciones modestas.

Durante los veranos, que era cuando con más persistencia ponía a contribución sus condiciones pictóricas, había logrado hacer paisajes agradables y atractivos, y en alguno de ellos conseguido destacar grupos de casas solariegas de mucho carácter. También buscaba con empeño el fijar el tipo clásico del campesino vasco, pero esos temas no alcanzaban gran cotización en el país. A la burguesía de las ciudades no le atraía la campiña y creía que el asfalto de una calle o de una plaza moderna valía más que los bosques de hayas y de castaños.

Algunos de los que habían puesto curiosidad en los cuadros de Antonio, le reprochaban que no eran muy luminosos, en lo cual tenían alguna razón, pero no toda, porque había días en el país muy claros, en los cuales el sol brillaba con una luz fuerte en los prados, en los árboles y en las casas viejas, pero había también largas temporadas de lluvias y de niebla. Antonio, con el poco dinero que tenía, compraba algunas revistas de Madrid y de Barcelona, donde reproducían paisajes suyos y, a veces, en algunas notas de críticos de arte aseguraban que Antonio llevaba una buena orientación y que si persistía, podría llegar a conseguir resultados más estimables que los que hasta entonces había logrado.

Don Bonifacio, escéptico y que no quería dejarse arrastrar por el optimismo, consideraba que quizá fueran ciertas esas posibilidades, pero siempre le hubiera gustado más que su sobrino siguiera el camino conocido y trillado y verle detrás del mostrador de la farmacia, en posesión del título necesario para regentarla. Pero como el joven practicante tenía segura la casa y la comida, podía ir viviendo en aquel medio término, plácido y tranquilo, cuyo fallo era el no ser seguro y llevarle a una vida mediocre.

Un verano de vacaciones Antonio se fue a París con la caja de pintura y en la cartera un poco de dinero, producto de las ventas de la última exposición que había hecho. Pensó pasar a orillas del Sena un mes y regresó a los dos, lo que le perdonó don Bonifacio.

Volvió hablando con entusiasmo de Degas, Van Gogh, Sisley, Toulouse-Lautrec y de algunos otros impresionistas que habían recorrido los caminos que él hubiese querido conocer. Pero ¿tenía perseverancia para la obra? Él dudaba mucho de su continuidad, de su energía y ya veía que en el fondo era un *bon vivant* poco capaz de sacrificarse por el arte o por ninguna otra cosa difícil que exigiera triunfo y esfuerzo.

También se había dedicado a orillas del Sena a la lectura de novelas y de poesías, pero siempre para dar asunto a su conversación, en las horas de las tertulias del café, sin el menor propósito de obtener un conocimiento metódico de las cosas.

En París había conocido y tratado a algunos vascos, y entre ellos a uno que trabajaba en estudios folklóricos y se proponía escribir un libro. Este le indicó que podía encargarle los dibujos para las ilustraciones de la obra, y para prepararle y orientarle le dio al joven Zabala dos libros con fotografías y dibujos de la tierra vasca, que el pintor vio que podían servirle mucho.

Esta iniciación en la vida antigua del país, las historias del Cazador Negro, las lamias que se peinan con peine de oro, sentándose a la orilla de los arroyos, las historias de Mari, la dama de Murumendi y la de Amboto, que marchaban por el cielo, volando por los aires como un globo luminoso, ese paganismo sin pompa, hundido, enterrado, había comenzado a interesar bastante a Antonio, más como una cuestión literaria que como otra cosa.

De vuelta de París, se enfrascó en la lectura de algún libro de brujería vasca que había comprado. Utilizó también las posibilidades, que a dos pasos de la farmacia de su tío, le ofrecía la biblioteca de un señor del pueblo, coleccionista, solterón, que vivía en una casa antigua, solo, servido por dos criadas casi tan viejas como él. Este señor había reunido algunos centenares de volúmenes curiosos y difíciles de encontrar que versaban, en su mayoría, sobre temas folklóricos vascos.

Todas aquellas historias, de un paganismo oscuro y que Antonio iba conociendo por los libros que le prestaba su vecino, persistían en la campiña vasca, transformadas y modificadas por la obra del tiempo y como sumergidas en la oscuridad.

Había habido un escritor de Echalar, el padre Eusebio, que aseguraba que las lamias vascas modernas, cuyos nombres es frecuente en el país, no tenían ninguna relación con las antiguas. Era esto algo difícil de creer. Lo más lógico, le parecía a Antonio, que este nombre los vascos lo tomaran del latín y los latinos de los griegos.

Don Bonifacio, cuando anochecido en un día de invierno, daba orden a su sobrino de que pusiera los tableros en el escaparate de la farmacia y cerrara la tienda, iba a sentarse en la rebotica. Allí esperaba, en la mesa camilla, bajo cuyas faldas calentaba las piernas un brasero, la hora de la cena. Solía distraerse oyendo hablar al sobrino de aquellas fantasías antiguas y extrañas, tan distintas a las realidades y preocupaciones cotidianas. Muchas veces, el sobrino recogía de los labios del tío, que a pesar de la edad disfrutaba de una buena memoria, variaciones de historias leídas por él en los libros, modificadas y achabacanas.

Antonio hacía paisajes con poco cielo y con nubes, porque creía que el cielo demasiado exento de azul era un poco mediocre. Ya veía que a la gente corriente esto de poner poco cielo no le gustaba.

Antonio seguía de lejos, en sus paisajes, a los pintores impresionistas, pero lo hacía disimuladamente, sin exagerar la tendencia, que ya veía que no era la más gustada por el público.

De pintar figuras hubiese tomado con placer como modelos al Greco, a Velázquez y a Goya, pero ya comprendía que esta pintura, en tono mayor, no se la iban a aceptar a un joven desconocido. De hacer retratos, seguiría a Boucher, Latour y a otros pintores franceses e ingleses elegantes y distinguidos.

Al llegar el movimiento de 1936, Antonio Zabala, que hasta entonces nunca se había señalado por mostrarse político, se alarmó con el ambiente que reinaba en el pueblo. Notó que conservadores y carlistas se ponían en contra suya, como si no pudiera considerarse admisible su indiferencia política, que era lógica en un hombre que nunca había pensado más que en resolver su vida. Viéndole, no indeciso, sino indiferente, ajeno para cosas que no conocía bien ni estaban dentro del marco de sus preocupaciones, lo tildaron de rojo.

La gente, siguiendo la antigua máxima de que el que no está conmigo está contra mí, le reprochó su indiferencia política. No había pensado más en estas cuestiones, y creía que un hombre sin importancia social como él no debía intervenir en asuntos de esta índole.

Era aquel un momento en que, en un pueblo tranquilo como Echalar, ningún hombre joven en disposición de tomar las armas podía zafarse de ingresar en un partido o en otro.

Antonio pensaba que su posición era lógica y sensata, pero no hubiese podido convencer a nadie. Había que decidirse por un lado o por otro. No había términos medios, y para el joven Zabala los términos medios eran los mejores. En todo ocurría lo mismo, desde el juego de pelota y la caza de palomas hasta la política.

Un día estuvo en la farmacia un joven exaltado del pueblo y entusiasta de la República, con el que algunas veces había conversado Antonio en el tiempo de sus vacaciones. El mozo, aunque era hijo de Echalar, no vivía allí, trabajaba fuera como contable en una casa de banca de Bilbao.

Aquel día entró en la farmacia para adquirir una barra de jabón, y, hallándole solo, le dijo a Antonio:

—Tú eres de los nuestros, ¿verdad?

Antonio, sorprendido por la pregunta, no supo qué contestar. No sabía de quién era, ni tampoco quiénes serían aquellos que el mozo consideraba como de los suyos. No sentía necesidad de ser de ningún bando, ni de considerarse de un partido o de otro. Nadie le había examinado de cuestiones políticas y en realidad no hubiera podido definirse con claridad y saber con certeza lo que era. Por lo menos, no era comunista.

—Si vienen los carlistas aquí —le dijo el joven republicano—, creo será difícil el que nos podamos defender. Por eso hemos pensado varios en irnos a Irún. Tú vendrás, pues, con nosotros, ¿verdad?

—Bueno —contestó el mancebo de la botica de Echalar, aunque el tono de su respuesta debería haber informado a oídos más sagaces que su asentimiento conformista no era muy de fiar.

El mozo dijo «bueno» como pudo haber dicho «malo». Lo que le retuvo para manifestar sus opiniones fue la necesidad de examinar sin pérdida de tiempo el caso de coacción que le amenazaba, resuelto a poner remedio a sus vacilaciones en el plazo más breve, pues la cosa no admitía dilación.

Sin valorar lo seco de su respuesta, su interlocutor siguió exponiendo el plan de campaña:

—Mañana, a las ocho, saldremos para Irún hasta quince chicos del pueblo. Así que para las ocho estás preparado. Vendremos sin falta a buscarte.

—Está bien. Esperaré.

En aquello había más claridades por parte de Antonio, pero eran claridades engañosas. No se trataba de una conformidad, sino de cubrir con unas palabras un propósito que no quería revelar.

El joven que le invitaba a ir con él y con sus amigos a defender Irún para la causa revolucionaria, era un exaltado, medio republicano, medio comunista, que hasta unas semanas antes había estado trabajando en una oficina bilbaína. Pensaba este que en Irún se daría una batalla decisiva por el futuro político y social del País Vasco. Si lograban defender la ciudad fronteriza y conservarla en su poder indefinidamente, tendrían la posibilidad de introducir desde Francia toda clase de armas, de municiones y de alimentos, auxilio con el que sería posible mantener la resistencia contra el enemigo y alcanzar el triunfo a que aspiraban.

Aunque Antonio no se sintiese muy convencido de lo que oía, juzgó inoportuno discutir y dejar conocer su pensamiento íntimo. Consideraba que Irún no debía de tener grandes medios de defensa y que, antes de que pudiesen contar con ellos, siendo, como era, difícil improvisarlos, tendría forzosamente que rendirse ante fuerzas superiores.

Cuando el mozo se despidió y Antonio quedó solo, porque su tío había ido al ayuntamiento a enterarse de lo que se decía sobre el curso de la guerra iniciada, pensó detenidamente en el alcance de la invitación que acababa de recibir.

El compromiso que era para él el no haberse clareado y de dejar explicarse al otro sin descubrir su pensamiento, fingiendo aceptarlo, le comprometía. Por su silencio debió de dar la impresión al forastero de que estaba conforme. En vista de ello, decidió inmediatamente prepararse, poner tierra por medio y librarse del asunto cruzando la frontera y metiéndose en Francia. Él no veía nada que ganar en aquella lucha, y tampoco se consideraba deshonrado por el convencimiento en que estaba de que el andar a tiros no era su especialidad. Él había sido siempre hombre pacífico.

Allí no se trataba de defender la patria atacada por el extranjero, sino de una lucha de partidos y de formas políticas, y a él esto no le apasionaba; lo único que quería era que no le complicaran la vida, que le dejasen en paz. Él, políticamente, no era ni quería ser nada. Pero ya sabía que con republicanos y comunistas no se podía contar. Por lo menos aquello que hasta entonces él había conocido y tratado eran gentes sin fijeza en su programa, tan pronto exaltados como escépticos, hoy defendiendo a este,

mañana al otro; gente que cambiaba con facilidad de criterio y no sabía dominar las circunstancias. Antonio no podía querer nada con aquellos mozos que le invitaban a ir con ellos a Irún a seguir una aventura que no conocía en sus intenciones.

Por otra parte, el carácter del sobrino de don Bonifacio, como el del tío, eran adecuados para no dejarse llevar por la impaciencia ni por las frases pomposas de los demás. Habían vivido siempre encerrados en su concha, bastándose a sí mismos, sin pedir adhesiones a nadie, ni acatarlas tampoco de nadie, dejando la política y sus luchas para otras personas más apasionadas y más ambiciosas, menos cuidadosas de su propia tranquilidad espiritual; a gente de otra clase, a oradores, a hombres de público envenenados con el aplauso.

No había gran distancia para ir desde Echalar a Francia. Antonio, de acuerdo con su tío, al cual había puesto en antecedentes del apuro en que se encontraba, salió del pueblo al anochecer.

Llevaba un maletín en la mano derecha, la caja de pinturas y otros cuadros pequeños suyos, en la izquierda.

Eran paisajes que creía que estaban bien. Todo aquello no pesaba mucho, pues en el maletín tan solo había puesto lo indispensable. Cubría su cabeza la boina, y se había echado el impermeable al hombro.

Salió del pueblo antes de que se hiciera de día, cuando aún no comenzaban a iluminarse las crestas de las cumbres con un halo de claridad.

Pasó, subiendo cuestas, por entre el pico de Atchuria, que los españoles llaman Peñaplata, y el monte Labiaga.

A la hora y media de haber dejado la casa de su tío, se hallaba en territorio francés. Con gusto se hubiera tendido a descansar sobre los helechos secos, pero se dijo: «¡Vamos un poco más adentro, por si acaso!».

A la vista del primer poblado que descubrió, tranquilo y sin gente, se detuvo. No hacía frío. Se juzgó ya libre de peligros, de sorpresas desagradables. Dejó el maletín en el suelo, apoyó en él la caja de pinturas y los cuadros y, después de arreglarse una cama de hierba seca, se tendió sobre aquel lecho improvisado y cubrió su cuerpo con el impermeable. Durmió cinco o seis horas.

Cuando despertó, brillaba el sol. Parecía predicar desde lo alto la paz y la tranquilidad para todos. Tomando de nuevo la carga de que se había desprendido (el maletín, la caja de pinturas y los lienzos), empezó a caminar de nuevo, cuesta abajo, hasta llegar a una pequeña aldea, de nombre Galantenia.

Entró en una taberna y pidió café con leche.

—¿Va usted a Sara? —le preguntó el tabernero.

—Sí, creo que sí; pero no enseguida.

—¿Tiene usted que hacer algo allá?

—No tengo nada que hacer, pero el pueblo donde vivo en España está muy alborotado y yo no quiero meterme en líos.

—Pues quédese usted en esta casa; en Sara hay algunas familias forasteras y es más caro que aquí.

—Creo que tiene usted razón.

—Aquí hay dos cuartos vacantes con su cama y la vida le costará mucho menos.

—Pues vamos a verlos.

Salió con el posadero y quedó de acuerdo con él en alquilar una de las alcobas.

Al día siguiente pensó que había hecho un buen hallazgo. En aquella casa se

respiraba tranquilidad y silencio.

Había solo cuatro o cinco huéspedes.

A veces, llegaba a la venta un tal Mandashai, el arriero que venía de la frontera con dos mulas. Mandashai era muy silencioso, no decía nunca adónde iba ni de dónde venía, ni a qué clase de comercio se dedicaba. Llegaba al pueblo, iba de aquí para allá y a los tres o cuatro días se marchaba otra vez y pasaba fuera, a veces, una semana.

Si se le preguntaba algo, hablaba de una manera confusa, con la pipa de barro entre los dientes.

En ciertas épocas, iba a vigilar el ganado en los bosques próximos y se pasaba el tiempo sin echar de menos la compañía de la gente.

VII

UN EXCÉNTRICO

Solía presentarse también en la casa un hombre viejo, de aire misterioso, que solía llevar una amarillenta anguarina y que pretendía hacer ensalmos para curar enfermedades que él afirmaba conocer.

Estas enfermedades supuestas dependían del mal de ojo que alguna persona hacía por procedimientos mágicos.

El hombre de la anguarina sabía remedios para neutralizar las malas intenciones, y mucha gente le creía.

Él tenía su clientela en los caseríos apartados y lejanos, y mucha gente le escuchaba y seguía al pie de la letra sus recomendaciones y, a veces, se creían curados. El viejo no solo sabía ensalmos para curar a los hombres, sino también a los animales. Al parecer, era un avaro que no gastaba ni por casualidad un céntimo fuera de casa. Tampoco debía guardar su dinero en ningún banco, lo guardaba en su alcoba, probablemente en algún agujero del suelo.

No le gustaba franquearse con nadie, y solo con los que no le hacían caso ni se interesaban por él, se expansionaba y se explicaba con detalles y exponía sus ideas fantásticas.

Era un hombre supersticioso que creía en brujas, en personas que se convertían, sin saberlo, en animales: en perros, en lobos y hasta en lagartos. Todo podía influir en el hombre: el sol, la luna y las estrellas. Vivía en un mundo fantástico de enanos sabios y maliciosos que hacían hundir a cualquiera en la desgracia, como indicarle dónde podía encontrar un magnífico tesoro.

El rayo, según él, dejaba en la tierra en la que caía trozos de metal, de oro y de plata.

¡Qué diferencia, por entonces, entre un país y otro! En Francia, paz; en España, guerra. Los pájaros piaban alborozados, las lagartijas se perseguían entre la hojarasca, turbaba el silencio de la campiña soñolienta el rezongar de los moscardones. Zumbaba el calor como en una caracola gigantesca.

Antonio se sentía libre de preocupaciones, se dejaba mecer por la dulzura del ambiente, y ponía su esperanza en el futuro, pensando que cada amanecer que surgía de las sombras de la noche, podía traer una realidad venturosa para el que fuera capaz de descubrirla y de echarle mano y tener un espíritu sereno y agradecido.

A los dos días de estancia en Galantenia, Antonio marchó a Sara.

Aquel pueblo tenía en su historia episodios trágicos de sorpresas guerreras, violentas y crueles, ocurridas durante la guerra de la revolución y del imperio. Zabala no conocía estos sucesos, y para él aquellos pueblecitos eran rincones de paz y de tranquilidad. Allí había puesto Pierre Loti el fondo del idilio amoroso entre Graciosa y Ramuntcho.

El último día de abril de 1793, el general Caro, introduciéndose a favor de las sombras de la noche por la garganta de Vera, sorprendió el campamento francés, pero luego fue obligado a retirarse precipitadamente por las fuerzas que mandaba La Tour d'Auvergne, el primer granadero de la República. Veinte años más tarde, el 10 de noviembre de 1813, también fue allí donde sorprendieron a los franceses las fuerzas de Wellington, imponiéndoles una derrota que su jefe no pudo ver, porque fue una de sus víctimas.

Antonio, al recorrer aquellos vericuetos, no se había sentido en tierra extraña. Conocía el pequeño país fronterizo porque había pasado por él varias veces buscando paisajes típicos.

La caza hacía que los habitantes de la frontera española y de la francesa se conocieran bastante, sobre todo la caza de palomas. Dos eran las principales palomeras del puerto de Lizarrieta: una entre el pico de Seyberry y el de Ibantelly, y la otra, la de Echalar, en la frontera.

Generalmente, la caza en Echalar se practicaba en octubre; los días de viento norte-este favorecían el paso de las torcazas que emigraban a las tierras del sur. Aguardando su llegada a uno y otro lado de la ruta fija de las palomas, se colocaban los cazadores, y cuando las veían llegar chillando en grandes bandadas y volando en la altura, los gritos de los cazadores producían en las aves un enorme pánico, sin duda instintivo, ocasionado por el miedo a los pájaros rapaces. Creyendo huir de ellos, las palomas se lanzaban en vuelo bajo y casi rasando a la tierra, y quedaban enredadas en la mallas de las redes. También los cazadores solían echar paletas de madera blanca al aire, para dar la impresión a las aves de estar perseguidas por pájaros de presa. En

confusión se lanzaban las bandadas de palomas a volar bajo, y muchas quedaban sujetas en las mallas de cuerda.

Establecido Antonio Zabala en la taberna de Galantenia, pensó que era necesario procurarse cuanto antes un medio de vida. La pensión era modesta, el dinero que tenía, muy poca cosa. Galantenia era buen sitio para trabajar, pero no para vender. No podía ofrecerse como jornalero, no hubiera hallado acomodo entre los campesinos, que se bastaban a sí mismos. Allí, además, tampoco había talleres ni fábricas.

Sintió que se iba a ver pronto acorralado por las necesidades. Los tres cuadros podían ofrecerle probabilidades. Ya vería si tenía alguna suerte. Ensayaría.

Se propuso seguir pintando, y, antes de buscar en San Juan de Luz o en Bayona los lienzos que necesitaría si quería emprender nuevas obras, vio en el poblado un carpintero, a quien dijo que le hiciera unos bastidores y que le pagaría inmediatamente cuando vendiera los cuadros suyos traídos de Echalar.

Había una de aquellas pinturas que representaba una calle de aldea por la mañana. Era un día de primavera, de cielo con nubes. Las casas mostraban todavía sus puertas cerradas. La aldea no había comenzado su vida cotidiana.

El único huésped que había por entonces en la posada de Galantenia era un viejo que se llamaba Juan Etchegoyen. Era este un tipo raro, que se creía un sabio y recogía en los alrededores del pueblo y en los montes una gran cantidad de piedras y de trozos de cacharros rotos que él consideraba importantes, y los guardaba en su cuarto. Andaba siempre por vericuetos buscando minas. Para él, todo lo que encontraba en la carretera o en el campo era importante, un tacón de una bota, una piedra afilada, un hueso de caballo. Etchegoyen era, además, naturista, y se bañaba en los charcos y en los abrevaderos de los caminos y del monte. Daba saltos gimnásticos, hacía molinetes a derecha e izquierda con un bastón blanco que llevaba siempre en sus paseos. Creía que sus hallazgos tenían gran valor para la ciencia y que se le iba a considerar, con el tiempo, como un sabio importante.

No quería que nadie entrara en su cuarto y pensaba que todo el mundo le espiaba para arrancarle sus secretos. Generalmente, hacía gimnasia en un balcón de madera de la casa, y allí daba saltos y se batía con un enemigo supuesto, al que siempre vencía.

La gente se reía de él, pero Etchegoyen no daba importancia a las bromas de los burlones, a los que él consideraba como gente ignorante y sin curiosidad científica. A pesar de su naturismo, Etchegoyen se pintaba la barba con un tinte negruzco, que le daba un aire de muñeco o de figura de cera.

A veces, discutía con Antonio y afirmaba que ni el frío, ni el calor, ni las moscas podían hacer daño a nadie.

Antonio, buscando dar un interés del momento a su cuadro, pensó en pintar un grupo de carlistas con sus boinas y sus fusiles. No había modelos, pero los tipos le

salieron mejor de lo que esperaba y quedó contento de su obra.

Parte de este trabajo le ocupó sus primeras mañanas de Galantenia. Por la tarde, tomaba de nuevo la caja de pinturas y un lienzo pequeño y trabajaba todo el tiempo que había luz. Decidió hacer un paisaje con el grupo de casas de la aldea donde vivía; pensaba que el nombre de Galantenia debía querer decir 'la casa del galán', pero no estaba muy seguro de sus conocimientos vascos para afirmarlo.

Desde una ventana, una mujer vieja le veía pasar por delante con su lienzo, y al último le saludaba sonriente.

En la aldea, la casa principal era un hotel de la familia de Arzac. Por delante daba a la carretera y tenía un jardín limitado por una verja de hierro. En el jardín había grandes hortensias, que entonces estaban llenas de flores. A los otros tres lados de la casa se extendía una huerta, grande y muy soleada.

La casa era antigua, de piedra amarillenta, con dos pisos con balcones, y en la parte de atrás tenía una hermosa galería de cristales desde donde se veía un campo fértil y hermoso, y en la que se podía tomar el sol en los días de invierno.

Estaba Zabala pintando la vista de Galantenia. En primer término, la casa grande con su jardín, con sus grupos hermosos de hortensias a los dos lados de la puerta y una escalera en medio para subir al piso.

La casa era muy amplia; la huerta, con la tapia de piedra, era grande, y por encima de ella aparecían grupos de árboles frutales.

Un día que estaba al borde de la carretera dedicado a su trabajo, oyó el ruido de un automóvil, que se acercaba. Venía el auto, sin duda, de la parte de San Juan de Luz, y Antonio no se preocupó de él ni volvió la vista para mirarlo.

El auto se detuvo y bajó de él una dama. Esta, que llevaba el rostro cubierto por un espeso velo, volviendo pasos atrás, se acercó al pintor, curiosa, sin duda, para ver qué era lo que pintaba.

Debió de sorprenderla ver que no copiaba el paisaje tal como era, sino que lo había cambiado.

—¿Qué hace usted? —le preguntó, de pronto, en francés.

—Estoy pintando esta casa y sus alrededores. Me gusta este paisaje.

—Sí, es bonito. Yo conozco a la dueña de la casa, que es muy simpática. Alguna vez, si le encuentro, le llevaré a usted. —Muchísimas gracias, señora.

—¿Es usted español? —le preguntó ella.

—Sí.

—¿Y vasco?

—Sí.

—Yo también soy vasca, pero no de cerca. ¿Lleva usted mucho tiempo aquí?

—No; unos días nada más.

—¿Y no ha pintado usted otras cosas?

—Sí; ahí, en esa taberna, donde vivo, tengo unos cuadros empezados.

—Bueno, vamos a verlos.

Antonio recogió el caballete y el cuadro que pintaba y llevó a la señora al chiscón donde vivía.

Le mostró algunos bocetos y el de la partida carlista.

—Y esto, ¿qué es? —preguntó ella.

—Quiere ser el paso de una partida carlista por una aldea vasco-navarra. Veré si me sale bien, e intentaré, si puedo, venderlo.

—¿Vive usted aquí ahora?

—Sí.

—Pero... —dijo la dama— me parece que este sitio en que usted está no es bueno para un artista.

—Efectivamente —contestó Zabala—. Pero trataré de llevar mis cuadros a San Juan de Luz o a Biarritz.

—Eso ya es otra cosa. ¿Conoce usted a alguien?

—No, señora; no.

—Pues avíseme usted por teléfono a San Juan de Luz. Yo le ayudaré en lo que pueda. Estas son mis señas.

Y, sacando una cartera de piel de su bolso, le dio una pequeña cartulina.

—Muchísimas gracias, señora —dijo el mozo.

Después de eso, la dama volvió a su automóvil y siguió su paseo, desapareciendo el coche en una vuelta del camino.

Antonio se quedó un poco asombrado. No comprendió lo que era, pero le parecía que, debajo del velo, aquella mujer llevaba una nariz postiza y las mejillas pintadas de rojo.

Antonio sacó la tarjeta del bolsillo y vio que ponía: «Dolores Ibarra de Garibay. Hotel de la Mairie. Sare».

Madrugó Antonio aquel día, luego de haber dormido toda la noche de un tirón a favor del profundo silencio que reinaba en la aldea. Como era domingo, pensó que quizá a la gente del poblado no le parecería bien el que saliera a trabajar y se marchó a Sara.

Dio una vuelta por el pueblo, curioseando el frontón, el ayuntamiento, con sus curiosos soportales, sin encontrar apenas gente por lo matinal de la hora; se detuvo unos minutos ante el monumento a los muertos de la guerra, de Real del Santo, un artista del que no tenía la menor noticia, y visitó la iglesia, con su extraño aspecto de fortaleza. Saludó al cura, que había dicho ya su misa para entonces y que, probablemente, no estaba informado de que un antecesor suyo hubiera dado, según tradición popular, su sombra al diablo.

Después volvió a Galantenia para seguir trabajando al borde de la carretera de Echalar y terminar su cuadro de los carlistas. Para antes de que llegara la hora de la comida pudo dar por terminado su cuadro de la partida, que quedó, según el mismo autor, bastante sensacional.

Para no mostrarse demasiado impaciente ni interesado, aunque las circunstancias apremiaban, dejó para otro día el ponerse en comunicación con la dama del velo, cuya tarjeta llevaba en su cartera, y poder combinar con ella la visita a San Juan de Luz, con objeto de ocuparse de la venta de su cuadro.

La tarde la quiso aprovechar para hacer una excursión, y aunque ello significaba algún gasto, fue a la muga de Vera y habló allí con unos jóvenes liberales que se habían escapado del pueblo y le dieron noticias de lo que ocurría en el país.

La terminación del cuadro y el hallazgo tan oportuno de la dama que se había brindado, generosamente, a ocuparse de la venta de su obra, le pareció a Zabala le autorizaban para ofrecerse algún ocio, impulsándole a emprender aquella excursión, que le permitiría descubrir, desde lejos, el avispero del que se escapaba y el sitio adonde había dejado a su tío el boticario de Echalar, que, por su edad, podía considerarse que no estaba amenazado de complicaciones por los lances de la guerra que al parecer se iniciaba.

Antonio se acercó al monte Larrún. Situado este monte algo más de diez kilómetros en línea recta de la costa atlántica, su silueta gris, alta y puntiaguda, se destacaba entre las demás cumbres que le rodeaban, redondas y tapizadas de hierba jugosa.

Larrún tenía un aire de independencia y de orgullo, como el personaje que rehúye el trato de sus humildes convecinos porque se siente superior a ellos. Era como el viejo orgulloso rodeado de un corro de gente joven y alegre.

Larrún es un poco árido y sombrío. Parece mirar con desdén los montes próximos más bajos y más verdes.

Es el vigía del Atlántico, un hito de esperanza, para los que navegan rumbo a tierra por las aguas del golfo de Gascuña, a quien se suele encontrar más bien tempestuoso que sosegado y tranquilo.

Muchas tragedias y extravagancias ha presenciado desde su altura este gigante de la costa, razas que se combatieron llenas de odio, y militares que atalayaron con proyectos de conquista, locuras de superstición y de brujería que le tomaron como escenario. Larrún se contempla frente a la peña de Aya, como mirándose los dos montes con desconfianza y orgullo.

Tomó el funicular y en poco tiempo subió a lo más alto del monte. Los viajeros se habían dispersado en la cima, como si cada uno de ellos tuviera curiosidades diferentes.

Una vez en la cumbre, y con aquel día despejado, pudo Antonio sentirse conmovido ante el grupo de montes españoles que descubría hacia el sur, por donde la guerra llevaría su violencia. En cambio, hacia el norte todo parecía idílico, tranquilo, cubierto por bosques y colinas verdes.

Zabala, que era curioso del País Vasco, recordó lo leído por él acerca de la brujería, que tenía su centro en Zugarramurdi y en las vertientes de Larrún.

Por allí había reinado la secta de las sorguiñas, culto pagano sin tradición definida, en el cual se confundían lo local con las ideas y supersticiones llegadas de otras partes, instaurando el sacerdocio de la mujer, siguiendo en eso a algunas de las religiones primitivas de los europeos.

Las sorguiñas vascas tenían carácter de walkirias. Su hostilidad contra el culto corriente se manifestaba en muchos de sus adeptos en el día de San Juan, día del culto antiguo del sol.

Antonio había oído hablar de todo ello al bibliófilo de Echalar, que le había prestado también libros de su biblioteca. Guardaba allí obras que trataban extensamente de las intervenciones que había tenido la justicia a principios del siglo XVII, para poner coto y término a las hazañas de las sorguiñas, los inquisidores de Logroño y el juez de Burdeos, este llamado Pierre de Lancre, juez cruel y desalmado que se había mostrado muy severo con las hechiceras del Labourd.

Los españoles estuvieron en el juicio menos incomprensivos.

El amigo de Antonio, el bibliófilo de Echalar, le había dado datos de los aquelarres, con sus locuras, y las sentencias implacables dadas para castigar como crímenes lo que podía considerarse más como ilusiones y fantasías de cerebros perturbados por el misterio.

Ya cansado de pensar en estas supersticiones, le vino a Zabala a la memoria, al ver tanto monte intrincado, la canción de Iparraguirre, que decía así:

Hara nun diran mendi maiteak!

Hara nun diran zelaiak!

Baserri eder zuri-zuriak,

iturri eta ibaiak.

*Hendaian nago zoraturikan,
zabal-zabalik begiak,
hara, Espainia! lur hoberikan
ez du Europa guztiak.*

(‘Ahí están nuestros montes queridos, ahí están nuestros prados, los caseríos blancos, muy blancos, las fuentes y el río. Estoy en Hendaya enloquecido, con los ojos abiertos, muy abiertos. Ahí está España, tierra mejor no la hay en toda Europa.’)

Había pasado Antonio en la cima cerca de una hora un poco absorto y pensativo. De pronto, sintió que el aire venía helado. Se acercó al funicular que en aquel momento subía a la cumbre de Larrún. Esperó un poco y bajó en el tranvía eléctrico al valle. Al principio sentía frío, pero al ponerse en marcha por la carretera en busca de su rincón, se encontró animado y alegre. En el camino se reunió con un indiano de más de sesenta años, que marchaba en la misma dirección que él. Hablaron.

Era un misántropo, suspicaz y malhumorado, que parecía hombre inteligente.

Dijo que no sabía con exactitud los años que tenía. Era cuestión que no le interesaba. Nadie se los iba a quitar.

Hablaba muy sentenciosamente y aseguró que había amigos a los cuales se quería y otros a los que se les odiaba. En la revuelta de un camino se despidió secamente y se fue.

Al llegar a su casa, Antonio se encontraba bien.

Tenía ya preparada la cena, la comió con apetito y después marchó a la salida del pueblecito, se sentó en una piedra y estuvo contemplando el campo.

Los de la casa trataban al expatriado muy amablemente, y la simpatía que encontraba en ellos hacía a Zabala que el tiempo que pasaba allí le pareciese rápido y agradable.

Le hablaron de las grutas de Sara como una curiosidad digna de ver, y se prometió no salir de allí sin haberlas visto.

Se hubiera dicho que Antonio vacilaba en llevar su cuadro a San Juan de Luz, aceptando la invitación de la señora del automóvil y de la nariz postiza bajo el velo. Era la primera vez que intentaba ver si su arte tenía algún valor en un país extranjero. ¿Qué acogida encontraría? Sospechaba sufrir un fracaso, una gran desilusión. Nunca había tenido optimismo, más bien desconfianza. En aquel momento la prueba era decisiva, porque si lograba algún dinero para vivir en la venta de Galantenia había resuelto su problema vital. Si no lo lograba, suponía que tendría que marcharse a América, aunque fuera a pintar puertas.

Después de pensar el pro y el contra de sus proyectos, para terminar sus vacilaciones, decidió que al día siguiente llamaría por teléfono a la señora del velo que había encontrado hacía días, mientras él pintaba en la carretera, y quedaría de acuerdo con ella para seguir con la pintura el rumbo que ella le hubiera trazado.

Pasó la mañana a vueltas con su paisaje, estudiándolo, corrigiéndolo, pero le faltaba mucho para terminarlo. Además, comprendía que no debía trabajar constantemente. Tenía que dejar la obra para verla después con un criterio más imparcial.

Volvió pronto a casa, y, al llegar, le dijo el dueño que le había avisado por teléfono una señora de San Juan de Luz que vendría a buscarle en auto a las doce, que le llevaría a las grutas de Sara, para que las viera, y luego comieran juntos.

Efectivamente, a las doce apareció en su auto doña Dolores Ibarra, y subió Zabala en su automóvil.

—¿Qué quiere usted hacer primero? —le preguntó a Antonio—. ¿Comer o ver las cuevas?

—Lo que usted mande —contestó él.

—Bueno.

La dama tomó el volante y en poco tiempo estuvieron en las grutas de Sara.

Cuando llegaron a la entrada de estas, Antonio pensó, sin decirlo, que en Francia ya no había ninguna cosa natural, más o menos extraña o curiosa, de la que no tomaran motivo para sacarle los cuartos al forastero.

Doña Dolores pagó la entrada de los dos y pasaron.

La visita de las grutas dejó al pintor un tanto desilusionado.

Había en la cueva una familia española, padre, madre y dos hijas, que habían escapado de San Sebastián. Llevaban un cicerone. Hablaron con doña Dolores y con Antonio Zabala. Según dijeron, la situación de la ciudad guipuzcoana era gravísima. Iban a pasar terribles desmanes. Esto no era obstáculo para que las dos muchachas se mostraran contentas y se rieran de todo lo que veían.

—Estos franceses lo explotan todo muy bien —dijo el padre de las muchachas.

—Sí, yo creo que demasiado bien —contestó Zabala, separándose del grupo de los españoles.

En el interior, era curioso el trabajo realizado por el agua en sus filtraciones a través del terreno calcáreo. Algo había en aquella gruta que, con imaginación, podía dar la idea de un lugar de hadas y de trasgos.

Chocaba un poco lo alto de las galerías formadas por las corrientes de agua, pero molestaba notar al hombre industrial, convertido en explotador de la naturaleza, que había trabajado para engañar a los buenos burgueses, «pour épater les bourgeois».

Componían las grutas tres pisos superpuestos, y se penetraba en aquellas por el nivel del segundo. El bajo no era accesible, habían cerrado sus salidas y, al elevar su nivel hasta la segunda planta, se había formado un pequeño lago donde hasta entonces no lo había habido.

Constaba también que durante la primera guerra mundial se había guardado en las grutas mucho dinero para ponerlo a salvo de las incautaciones, más o menos justas, dictadas contra algunas personas.

También se aseguraba que por aquella cueva de Sara se podía llegar hasta España. Antonio pensaba que todo eran fantasías inventadas para dar interés al lugar.

Zabala se sintió bastante cansado de aquella visita. Había oído que algo más lejos quedaban otras dos grutas: la del Molino y la que llamaban de las Lamias. Todas esas historias le daban la impresión de invenciones para explotar a los incautos.

Doña Dolores dijo que ella nunca había oído hablar de lamias.

«No me choca —dijo Antonio—; entre la gente distinguida no se habla de eso, pero en el campo vasco, sí. En unos lugares las llaman lamias; en otros, laminas y lamiñas. La lamia es una especie de sirena de tierra, aunque también se las coloca viviendo en el mar. Naturalmente, su aspecto no se conoce, y ha habido, sobre este monstruo inventado, varias interpretaciones.»

En el país vascofrancés todavía queda la superstición en algunos rincones, pero quizá más por el gusto de poder contar misterios al hombre de fuera del país y explotarlo un poco.

Al terminar la visita, doña Dolores le preguntó a Antonio:

—¿Qué le han parecido estas grutas?

—Bien; un poco demasiado preparadas para el público burgués.

—Sí, tiene usted razón; Francia tiene la manía de adobarlo todo demasiado.

—Sí, a mí me parece lo mismo.

—Bueno, ahora iremos a almorzar al hotel de Hoyarzábal y allí no nos molestará nada el adobo.

Antonio se echó a reír y acompañó a la dama a la fonda.

Queriendo cumplir lo proyectado, Antonio Zabala llamó al día siguiente por teléfono al número que figuraba en la tarjeta que la señora doña Dolores Ibarra de Garibay le había entregado. Oyó la voz de una muchacha joven, quizá una sirvienta; al cabo de un breve silencio debió de sustituirla la voz de la señora, y, dándose Antonio a conocer, quedaron de acuerdo en que al día siguiente se trasladaría Antonio a San Juan de Luz, por la mañana, llevando consigo su cuadro, pues la señora había hallado ya una tienda donde lo expondrían, cobrando, en caso de que se vendiese, el tendero un tanto por ciento corriente.

Cuando Zabala se encontró en casa de la señora Ibarra de Garibay vio que no llevaba ya velo y no notó rastro en ella de su nariz postiza; tampoco tenía las mejillas rojas.

La señora que le recibió, al principio, en un saloncito, dijo que era hermana de Dolores. Antonio hubiera jurado que era la misma. Salieron juntos; la dama le acompañó a una tienda de la calle de Gambetta, en cuyo escaparate quedó el cuadro expuesto. Había señalado Zabala como precio tres mil francos, cantidad que a la señora no le pareció excesiva, ni mucho menos. Pero así sería más fácil su venta.

Antonio había barnizado el lienzo y en conjunto resultaba bastante atractivo. Viéndolo en el escaparate comenzaba a sentirse esperanzado. ¡Quién sabe! Pudiera ser que esa exposición fuera para él un principio de algo halagüeño. Si así resultaba, el encuentro de la carretera con doña Dolores, cerca de Galantenia, sería una fecha trascendental en su vida.

La señora, creyendo que el pintor sabría apreciar su amabilidad, después de la tienda donde dejaron el cuadro, le hizo visitar la iglesia de San Juan, donde se había verificado el matrimonio de Luis XIV con María Teresa, la infanta española.

Entonces eran tiempos más prósperos para la ciudad costera. Sus habitantes, en la actualidad, no tenían para vivir más que convertirse, la mayoría, en fondistas. San Juan de Luz estaba en el apogeo de su vida marítima, aunque ya próximo a desaparecer; a consecuencia del tratado de Utrecht, Francia tuvo que perder Terranova y los marinos de San Juan quedarse sin las pesquerías del bacalao. Antes de que eso llegara habían perdido también los beneficios que extraían, que no eran escasos, de la pesca de la ballena en el golfo de Gascuña, por la desaparición de estos cetáceos de la costa europea.

A Zabala lo que más le llamó la atención en la iglesia fueron las negras galerías superpuestas, que le daban cierta traza de sala de espectáculos, alzadas en torno a su nave única, sus órganos y su entarimado. El joven pintor respiró con satisfacción al verse de nuevo en la calle, y, sobre todo, cuando fueron a parar al casino y pudo recrear sus ojos echando a volar sus miradas sobre el Atlántico, que llenaba el espacio

entre las rocas de Socoa, a la izquierda, y las de Santa Bárbara, a la derecha.

El mar estaba aquel día tranquilo y apacible, lo que no era habitual, pues con frecuencia se mostraba inquieto y bravío. Las olas iban a deshacerse sobre la arena de la playa, donde algunos bañistas se distraían viendo jugar a grupos de niños...

Era ya un poco avanzada la mañana, y la señora dijo al pintor:

—Supongo que no tendrá usted inconveniente en almorzar conmigo.

—Por Dios, señora —exclamó Antonio—, no faltaría más. ¿Cree usted que no la he molestado ya bastante?

—De ningún modo —contestó ella—. Para mí es un motivo de satisfacción poder ayudarle y tratar de que obtenga alguna utilidad de su arte, además de la distracción que puede proporcionarle el cultivarlo. Y en cuanto al almuerzo, nos espera en mi casa —añadió la señora—. Dará a usted ocasión de realizar una obra que no figura entre las de misericordia, pero que debería de figurar.

—¿Y es?

—Distraer a la persona que se aburre.

—En ese caso —dijo Antonio, dándose por rendido— acepto con entusiasmo, pero no quisiera abusar.

—¿Abusar? De ningún modo.

Regresaron por la calle de la República, hasta la plaza de Luis XIV, que era donde la señora tenía su residencia, a dos pasos de la casa de la infanta, con sus torrecillas cuadradas en los ángulos y la doble hilera de sus arcadas; con el puerto enfrente, donde se veía algunos blandros y lanchas motoras, inmóviles, cuyas chimeneas no echaban humo.

Antes de sentarse a la mesa, estuvieron un momento contemplando desde el balcón del comedor el panorama de las montañas, la meseta de Miramar, la peña de Aya, con sus tres cimas, y Larrún, que Antonio había visitado días atrás utilizando el funicular. A la derecha de la dársena, el barrio de Ciburu, barrio de las cascarotas, casi todas vendedoras de pescado. A la izquierda, la desembocadura de la Nivelles mostraba la primera línea de sus viviendas, de cuyas ventanas colgaban algunas redes. Dos puentes, uno de hierro para el ferrocarril, otro de piedra para la carretera, cruzaban el río, precisamente en el punto que apenas tenía agua.

Al sentarse a la mesa se dieron cuenta, la señora y Antonio, que no sabían sus respectivos nombres. Ella ignoraba cómo se llamaba el pintor; este había hallado en la tarjeta el apellido y las señas de la dama, pero en aquel momento la memoria se mostraba rebelde para salvarle del compromiso de tener que seguir una conversación con una mujer cuyo nombre ignoraba.

Ella, más atrevida, inició la charla diciendo:

—He olvidado cuál es su nombre...

—Antonio Zabala —dijo él, sonriendo, y sin atreverse a decir que a él le ocurría lo mismo.

—¡Hombre, Zabala!

—Es nombre corriente en el país.

—En Francia no mucho —dijo ella.

—Sin embargo, el dueño del caserío de Galantenia donde me hospedo, se llama también Zabala.

—Quizá sea también español.

—Puede ser.

Cambiaban entonces los platos, y la doncella dijo:

—¿Qué debo servir primero, señora, la carne o el pescado?

—¡Vaya una pregunta! —contestó ella con viveza—. El pescado, y tráete la botella del Sauternes, que irá mejor que ese tinto que nos has puesto.

La señora de Garibay contó a Antonio que tenía unas amigas en una casa de Galantenia, adonde le llevaría una mañana cualquiera. Le iría a buscar.

—¿Quiénes son?

—Ella es una muchacha inteligente y su tía es una señora aldeana, muy amable y muy buena persona.

La señora Ibarra de Garibay, que había prometido a Antonio Zabala llevarle a ver el chalet de las hortensias, se presentó en la posada de Galantenia a buscar al pintor. Le llevaría al chalet. Esta casa se llamaba Argualde, que quiere decir en vasco ‘al lado de la luz’. El chalet estaba en un altozano y debía de tener hermosas vistas.

Antonio pensaba que la señora Ibarra de Garibay le presentaría a la gente de la casa; pero no. Cuando Zabala llamó, ella dijo de pronto que tenía que hacer en San Juan de Luz, y que él se las arreglara como pudiera. Antonio se quedó un tanto apurado.

Delante del hotel había un hermoso jardín que separaba al edificio de la carretera, con una cerca baja, que, de trecho en trecho, tenía unos machones unidos por cuadros de tela metálica. A ambos lados de la puerta, dando guardia a la escalerilla, se descubrían dos gruesos macizos de hortensias.

A los pocos minutos de estar en el salón, Antonio oyó pasos y apareció en el umbral una señora ya de edad.

—¿Viene usted de parte de doña Dolores de Garibay? —dijo la señora, tendiéndole la mano.

—Sí, ella me ha dicho que vendría conmigo, y luego me ha dejado solo; se ha marchado.

—Son cosas suyas. Es una mujer muy original, pero muy buena persona.

La señora se rio de la confusión de Zabala. Este contó cómo había conocido a la señora de Garibay y cómo le había ayudado y había vendido gracias a ella un cuadro en San Juan de Luz.

La señora del chalet de las hortensias salió un momento y volvió poco después con una muchacha muy guapa y muy sonriente, a quien contó cómo doña Dolores había acompañado a Antonio Zabala a la puerta de la casa y, luego, le había dejado solo.

La señora de la casa era una mujer flaca, con el pelo blanco y una inquietud extraña; la muchacha muy bonita, tenía unos ojos preciosos que, a veces, pensaban absortos, como dominados por lejanos recuerdos.

—¿Y les gusta vivir en la soledad? —les preguntó Antonio.

—Sí, estamos acostumbradas.

La señora dijo que, a ella, las calles, las plazas y las avenidas llenas de gente, ensordecidas por el ruido de los vehículos, autobuses y automóviles, no le hacían gracia.

—¿Y están ustedes completamente solas aquí? —preguntó Zabala después de oír aquellas explicaciones.

—No, en el último piso vive una tía de mi sobrina por el lado paterno. No sale

nunca de casa. Ella misma hace su comida y arregla su alcoba.

—¿Tienen ustedes también criados?

—Sí, un matrimonio; los guardas de la finca, que nos hacen compañía. No son ya jóvenes ni el marido ni la mujer, pero se mantienen fuertes y desempeñan sus ocupaciones con bastante actividad. Además, nosotras tampoco les exigimos demasiado. ¿Y usted trabaja mucho? Ha dicho usted que se dedica a la pintura...

—Sí, trabajo; pero no sé si lo hago bastante medianamente para vivir de eso.

—Seguramente que lo hace usted.

—Ya iré viendo.

—¿Y ha vendido usted algo? —dijo la señora.

—Hasta ahora no puedo quejarme. Gracias a su amiga, cuyo hallazgo fue para mí providencial, he conseguido aclarar de momento un poco mi situación. La guerra española a todos nos ha desquiciado.

—¿A usted también le ha sacado de su casa?

—Sí, señora. Aunque no la tengo lejos, la he dejado para ponerme a salvo de una intervención que no me sonreía.

Zabala, como primer día, no estuvo mucho rato en Argualde, aunque la señora y su sobrina le instaron a que prolongase su visita.

Al salir, las damas le enseñaron a Antonio la huerta y el jardín.

—Esperamos que no tardaremos mucho en verle otra vez —le dijo la señora.

—Para mí será una gran satisfacción el volver —contestó Antonio.

Una semana después, antes de la hora de comer, llegaba en automóvil a la puerta de la posada de Galantenia, donde vivía Antonio, la señora doña Dolores Ibarra. Encontró al pintor raspando con la paleta un lienzo donde quería pintar.

—Bueno, arréglese usted —le dijo la señora doña Dolores, con su aire imperativo, habitual en ella—. Vamos a comer al chalet de las hortensias.

—Bueno. Ahora me arreglaré y vendré a reunirme con usted.

Antonio se lavó las manos, manchadas de pintura, y se presentó, con su traje no muy nuevo, ante la señora de Ibarra.

Esta habló de la casa y de sus habitantes. Por lo que dijo la señora de Ibarra, en el último piso del chalet vivía una vieja en un cuarto abuhardillado. Esta vieja era tía abuela de Cristina. Le dieron el cuarto; y, a veces, le mandaban algunas hortalizas, pero ella no lo agradecía. No salía nunca de su rincón. Ella misma hacía su comida y arreglaba su cuarto.

Solía estar siempre fisgando por las contraventanas para ver quién pasaba por la carretera.

En la comida quedaron de acuerdo en que Antonio haría el retrato de doña Dolores Ibarra de Garibay y el de Cristina.

Cristina era una muchacha guapa e inteligente, recitaba versos de Verlaine muy bien: «Il pleut dans mon coeur» y «Ecoutez la chanson bien douce».

Cantaba canciones de opereta con mucha gracia, acompañándose en el piano: el dúo de Bettina y de Pippo, de *La Mascota*, «Je sens lorsque je t'aperçois»..., «El secreto de polichinela» y el cuplé de *Mam'zelle Nitouche*:

*Le couvent
séjour charmante.*

Cantaba también de *La viuda alegre*, de Franz Lehar; los cuplés de *Jadis habitait dans le grand bois frileux* y el vals que corrió por el mundo entero y que fue como la última flor de la música vienesa.

Cristina le dijo a Antonio que mientras hiciera los retratos fuera a comer a su casa. En el retrato de Cristina tardó unos quince días, y llegó a darle parecido y carácter, y después comenzó el de doña Dolores Ibarra de Garibay.

La tía de Cristina le contó a Antonio Zabala la historia de la señora de Garibay, nacida Dolores Ibarra. Era una señora rica, de alta posición, muy buena y muy generosa, pero de un genio desigual y violento.

Esta doña Dolores era de una familia un poco neurótica y absurda, en la que abundan tipos originales.

Doña Dolores tenía un genio dominador y no se entendía bien con las personas

que se parecían a ella.

La tía de Cristina le recomendó a Antonio que no discutiera con ella, porque era un poco mandona y violenta, pero de muy buena intención.

Después le contó lo que sabía de la familia de la señora de Ibarra.

Cristina cantó, acompañándose en el piano, la canción romántica del poeta y capitán Elizamburu, en la que pinta la tranquilidad y la gracia del caserío vasco.

*Ikusten duzu goizean
argia hasten denean
menditto baten gainean
etxe ttipitto aintzin xuri bat
lau haitz ondoren erdian
xakur xuri bat atean
iturriño bat aldean
han bizi naiz ni bakean...*

(‘Ves en el día, cuando empieza la luz de la mañana, sobre la cima de un monte una casa pequeña y muy blanca, entre cuatro rocas; un perro blanco en la puerta y cerca una fuente. Allí vivo yo en paz.’)

Después cantó:

*Donostiako hiru damatxo
Erreterian dendari.
Josten era badakite baina
ardoa edaten hobeki.*

(‘Las tres señoritas donostiarras que tienen una tienda en Rentería, saben coser muy bien, pero también saben beber vino.’)

Después hablaron de supersticiones, y la tía de Cristina dijo que no aseguraría que no había oído algunas noches los gritos del Basajaun, ‘el hombre de los bosques’, que pasa en la oscuridad nocturna, con sus perros.

La tía de Cristina —Rosa de nombre— le contó con detalle la historia de la familia de su amiga Dolores Ibarra, a quien conocía desde la infancia. Era una familia vasco española, que se había caracterizado por sus ideas liberales, por su inteligencia y por su audacia.

Doña Dolores Ibarra, protectora de Antonio Zabala, era una mujer de mucho carácter, de una familia en la que abundaba la gente de personalidad acusada, y un poco rara y absurda. Cristina le contó a Antonio lo que sabía de ella y su familia. Le recomendó que no sacara a colación estas historias delante de ella, porque doña Dolores se creía una mujer muy equilibrada y sensata.

Cristina aseguraba que su amiga tenía muy buen corazón y era muy generosa, pero a veces se disparaba y se le ocurrían unas ideas absurdas, como aquella de ir muchas veces con la nariz postiza.

—¿Y por qué lo hace? —preguntó Antonio.

—Pues no lo sé. Yo creo que tiene una idea rara de la vida. De todas maneras, es una mujer muy buena.

—Sí, eso parece evidente.

—Si fuera por ella, no habría ni miseria ni guerra en el mundo; todos nos llevaríamos bien.

—¿Y usted sabe algo de su vida?

—Sí; se lo contaré a usted, y usted no se lo diga a nadie.

—No tenga cuidado; no tengo afición a los chismes.

—La familia de Dolores es de las más linajudas del País Vasco de España. En la antigüedad, los individuos de la casa no quisieron acercarse a la corte y no llegaron a tener títulos, pero debían de ser conocidos. Yo de lo muy antiguo de esta familia no sé nada, pero supongo que en su casa tendrán papeles y ejecutorias y cosas por el estilo.

De la historia reciente, por lo que he oído contar por uno que tenía algún parentesco con ella, esto es lo que sé: la abuela de nuestra amiga Dolores había nacido en París a mediados del siglo XIX; era hija de un diplomático y se llamaba Magdalena Eranso. Magdalena había frecuentado con su padre las Tullerías y conocido a Napoleón III y a la emperatriz Eugenia.

Cuando comenzó la guerra franco prusiana, en 1870, el padre de Magdalena quiso dejar su cargo, pero no pudo hacerlo tan rápidamente como deseaba y, a lo último, pidió el retiro.

Magdalena y su padre, que vivían en un entresuelo en el muelle de la Toumelle, se vieron una noche con la casa asaltada por unos revolucionarios, defensores de la *Commune*, que venían extenuados y negros de pólvora.

Por la mañana, padre e hija abandonaron el piso con sus muebles y se marcharon a España estableciéndose en Vergara, donde tenían una antigua casa y algunas tierras. El padre de Magdalena, el señor Eranso, de pronto, se sintió reaccionario y carlista.

Cuando el pretendiente a la corona apareció en Vergara, dejando su residencia habitual de Estella, don Javier Eranso se presentó a saludar al Borbón y, no contento

con esto, llevó a su mujer y a su hija donde se alojaba el pretendiente.

Don Carlos comenzó a cortejar a Magdalena, de un modo grosero y vulgar. La muchacha se indignó y dijo a su padre que no volvía a la casa donde se alojaba el pretendiente, que para ella era un hombrón desagradable y antipático.

Su padre no supo qué contestarle, y le dijo a la muchacha que el pretendiente no había querido más que galantearla. Ella le contestó: «Yo no soy tan tonta para confundir la galantería con una proposición estúpida y sucia. Este es un Luis XIV de casa de huéspedes».

La madre le dio la razón a su hija, y como solución del momento las dos se marcharon a San Sebastián, a casa de unos parientes.

Magdalena estuvo durante el sitio de la ciudad en la segunda guerra carlista, y se casó poco después con un militar, buen tipo y amable, llamado Lazcano. Tuvo dos hijos y una hija, Isabel. Esta última era una muchacha un tanto caprichosa y rara y muy poco sociable.

Isabel era tan original como su madre. Tenía dos hijos y una hija. La hija era muy bonita y elegante, y se casó con un cojo, buena persona, por quien la suegra tenía cariño y, al mismo tiempo, cierta rabia, y solía burlarse de él.

Dolores Ibarra, la protectora de Antonio Zabala, tenía la chifladura de ir y venir en su auto llevando un velo espeso sobre el rostro.

Las razones de esta forma de disfraz no eran muy conocidas, pero ella, sin duda, creía tenerlas.

Se casó con un indiano rico, Ibarra, que había hecho su fortuna en México, y que era un hombre ignorante y fantástico.

El matrimonio tuvo dos hijos, el uno varón, llamado Emilio, como su padre, y la otra hembra, Dolores, una chica de una personalidad destacada, que no aceptaba imposiciones de nadie.

Dolores se casó con un hombre rico apellidado Garibay, pero no pudo entenderse con él.

El marido era hipocondríaco, sombrío, preocupado excesivamente de su salud y desconfiado y un tanto irascible. Dolores, que tenía un carácter enérgico, no pudo vivir con un hombre así, desagradable, y se separó de él. Al parecer, no pensaba en el divorcio y en volver a casarse. Se mostraba encantada con su libertad y de no tener que dar a nadie explicaciones de sus actos.

Ascaín es un pueblo bonito, pequeño, que posee una iglesia típica, de aire vasco, con su torre cuadrada, muy ancha y, además, un antiguo castillo plantado en la falda del monte Larrún, el castillo de Ascubia, del siglo XVII.

Después de la venta del cuadro, Antonio Zabala dejó unos días Galantenia y estuvo en los pueblos de alrededor para encontrar fondos pintorescos a sus futuros cuadros. Vio una posada situada junto al puente de la carretera. Como el joven pintor no tenía pretensiones exageradas, no pedía grandes cosas. En cuestión de alojamiento se conformaba con algo que fuese limpio y reducido, y para su alimentación, una comida regular. Le dieron en la posada del puente un cuarto pequeño, todo ello por un precio módico, que no aumentaba gran cosa lo que hasta entonces había pagado por su hospedaje.

Calculó que con semejante arreglo, después de la venta de su pintura, tenía la vida asegurada por algún tiempo, y aquello le dio un poco de optimismo. Empezó a ver el horizonte de su vida mucho más claro. ¿Quién podía saberlo? Si seguía pintando paisajes, o pequeñas escenas de la vida vasca, y los iba colocando, no era difícil que pudiera encararse con el porvenir sin demasiadas preocupaciones.

No contaba con dinero para establecerse en uno de los hoteles elegantes del pueblo, y aunque hubiera dispuesto de una cartera repleta, hubiese preferido un acomodo como el que tenía, más a compás de su carácter conformista y de su manera de ser, humilde y amiga del sosiego y la tranquilidad.

La casa tenía en la planta baja una especie de chiscón o tabernucha, donde se reunían a jugar a la manilla algunos artesanos de la aldea. Él hubiera podido arrimarse a ellos, aprender aquel juego, y con ello encontrar alguna distracción a las horas en que no pintaba, pero no conocía a nadie, y tampoco los naipes le hubieran distraído. Nunca había tenido por ello la menor afición. Prefería estarse mano sobre mano, contemplando las nubes o entretenerse con los sueños de su imaginación. Para algunos conocidos, la vida de Zabala era monótona y aburrida.

Tenía que ganar para vivir, no había otro remedio, y aunque él era impresionista, por temperamento e inclinación artística, alguna que otra vez hizo algunos cuadritos de pintura *pompier*, que se colocaron fácilmente, siempre en la tienda de San Juan de Luz, y de ese modo se iba defendiendo y esperaba seguir así mientras la guerra durase.

En sus opiniones artísticas no estaba conforme con el parecer de algunos petulantes, que creían que un cuadro era como un tratado de matemáticas o de álgebra superior, y que una fantasía extravagante pintada por Picasso o por Dalí fuera más trascendental que los *quanta* de Plank o que la teoría de Einstein.

Antonio seguía visitando, de tiempo en tiempo, a doña Dolores Ibarra de Garibay.

Ella misma iba algunas tardes a verle al restaurante del puente, y daban juntos algunos paseos por la carretera.

Cuando, a los pocos días, vio de nuevo a la señora doña Dolores Ibarra, en San Juan de Luz, ella le preguntó:

—¿Estuvo usted en Arguialde, en el chalet de las hortensias?

—Sí, he estado allí varias veces.

—¿Y qué le pareció a usted Cristina?

Zabala contestó:

—Una muchacha muy agradable, y su madre una señora muy atenta y cariñosa.

—Me alegro que las haya encontrado así —contestó doña Dolores—. Creo que después de esa favorable impresión, debe usted frecuentar su trato y visitarlas a menudo. Para usted y para ellas serán esas visitas una distracción conveniente.

—Sí, es posible que lo sean; pero yo, la verdad, no sé si seguiré su consejo.

—¿Por qué? —dijo doña Dolores.

—Porque temo, sí, temo...

—¿Qué es lo que teme usted? —preguntó la señora, intrigada por aquella vacilante respuesta del pintor.

—¿Quiere usted que le sea sincero? —dijo Antonio, dispuesto a explicarse—. Pues temo dejarme llevar de la impresión que viendo a Cristina he experimentado, entusiasmarme con ella, y después...

—Después, ¿qué? —insistió doña Dolores, ya aclarada su duda y como si le animase a no dejar a medias su confesión.

—Pues que me parece a mí que no soy quién para ella. ¡Qué se le va a hacer! Lo mejor creo que es detenerse a tiempo en el camino de una empresa sin porvenir.

—Es usted un hombre flojo. Eso no me parece a mí ni medio bien. Así, con esos modos, no hará usted nada; hay que tener audacia.

—Sí, pero yo no la tengo.

—Es usted un pobre hombre.

—Sí, es verdad, pero ¡qué le voy a hacer! Eso creo que depende un poco del temperamento y de la suerte.

—Hay que tener ánimos. Yo le hablaré a la chica.

Pocos días después volvió Antonio a Arguialde y halló a Cristina. Ella estaba sentada en una silla baja, al pie de la escalinata del hotel.

La tía, que no solo se ocupaba de los quehaceres de la casa, sino que aún hallaba tiempo para ordenar los trabajos de la huerta, situada a la espalda del hotel, según explicó la muchacha, andaba por allí, revisando plantaciones.

Era una mujer que no sabía estar ociosa. Con el criado, Ganish, de sesenta años, alto, flaco y humorista, que servía para todos los oficios, y al que le gustaba fumar en pipa, solía ocuparse de podar los árboles y de intervenir en la siembra de las

habichuelas, de los guisantes y de las habas.

Ganish había sido durante mucho tiempo albañil, luego cantero y después pintor de puertas. Últimamente había entrado como guarda en el chalet de las hortensias, en Galantenia.

Antonio invitó a Cristina a que hiciesen algunas excursiones por los alrededores, pero la muchacha, dándole las gracias por su invitación, se manifestó como si, en principio, no se mostrara muy entusiasmada con dejar su jardín y salir del pueblo.

Después de conversar un rato los dos jóvenes, como la tía seguía sin aparecer, Cristina invitó al pintor a seguirla a la huerta, donde hallaron a la señora ocupada en sus trabajos agrícolas.

—¡Hola, amigo! ¿Ha venido usted a visitar a las desterradas? ¿Cómo siguen sus pinturas? —dijo, enderezando su cuerpo, inclinado sobre un cuadro de coles.

Antonio le tendió la mano, pero ella la retiró.

—Perdóneme si no le doy la mano, pero, con estos ajetreos de hortelana, no la tengo muy presentable. ¿Ha visto usted hace poco a doña Dolores? Nos tiene olvidadas.

Contó el joven que estuvo el día anterior en San Juan de Luz, adonde llevó a la tienda de cuadros los tres paisajes, recién terminados, y que había comido en casa de su amiga, siempre tan obsequiosa con él y tan amable.

—Sí —dijo Cristina—; es una mujer muy simpática y a nosotros nos ha tratado con mucho afecto. Tiene un carácter un poco vivo, pero, sabiéndola entender, se lleva uno muy bien con ella.

Algo más allá, el criado, Ganish, cavaba cerca de un arroyo para encauzar el agua de riego hacia un cercado de guisantes, y entre sus labios llevaba la pipa, que parecía estar apagada.

Poco después, dejaron la huerta y entraron en la casa. Una vez en el salón, quedaron en él los dos jóvenes y la tía se fue a la cocina, para preparar la merienda.

No tardó mucho en avisarles.

—Pero, señora, ¿por qué se ha molestado? ¿No será abusar de mi parte? —dijo Zabala.

—De ningún modo; tenemos mucho gusto, tanto mi sobrina como yo, en corresponder a sus atenciones viniendo a hacer compañía a dos solitarias.

—Yo también soy un solitario —dijo Antonio.

—Pues bien; de ese modo trataremos de combatir la nostalgia que pudiera pesar sobre nuestro ánimo y huir de la melancolía.

La dueña del hotel de las hortensias tenía una amiga chispeante que había estado con Cristina en un colegio de Burdeos. Casi todos los veranos iba la amiga a Biarritz y convidaba a su antigua compañera a pasar con ella unos días.

Esta amiga, Susana, vivía en París y consideraba las ideas de Cristina como muy antiguas y pasadas de moda.

Algún año, Susana estuvo en Galantenia, en el chalet de su amiga, pero aquello le pareció demasiado solitario.

—Todo esto es muy bonito —le dijo a Cristina—, pero yo no puedo con tanta soledad y tanta quietud. Estoy acostumbrada a ir, a venir, a hablar.

—Sí, lo comprendo.

La tía Rosa tenía una tendencia a la desconfianza y a la ansiedad. Le entraba la preocupación de noche, pensando si las puertas estarían bien cerradas, y cogía un farol y marchaba ver si las contraventanas estaban bien cerradas y si se les había echado la barra. Muchas veces despertaba a Cristina y le contaba sus terrores y sus alarmas.

«No te alarmes, tía; no pasa nada.»

Pero ella no podía vencer su miedo.

Todas las noches registraba el segundo piso de la casa, abría los armarios, miraba debajo de las camas y, medio tranquilizada, se echaba a dormir, pero cualquier ruido de la calle le alarmaba.

Al parecer, la tía Rosa era muy impresionable. Había vivido en la juventud con su madre y una hermana casada.

Siendo ella muchacha, y estando todos en la calle, de visita, la madre de la tía Rosa murió de repente, lo que le produjo a ella un choque tan fuerte que no pudo reaccionar en mucho tiempo; cualquier cosa le producía terror y durante mucho tiempo soñó con su madre muerta. A veces, sentía angustias sin motivo.

Quería que Cristina se casara y por ello habían ido a pasar temporadas en Biarritz y luego a París; pero todos los pretendientes a su sobrina le parecían mal; el uno era un presuntuoso ridículo, el otro se creía un conquistador.

«Quizá tenga yo el destino de ser solterona —decía Cristina con humor—. Si es así, ¡qué le vamos a hacer!»

Antonio había quedado muy impresionado con la propietaria del hotel de las hortensias. La muchacha aquella era encantadora, guapa, inteligente, culta y, probablemente, rica. Si la pretendía, lo más probable era que le mandase a paseo. Él no tenía nada; no era más que un pintorcillo de última clase que apenas podía ganar para vivir.

Y, sin sentirse del todo optimista, era propenso a las ilusiones. Cristina le aceptaba en la casa con amabilidad.

Había en el chalet de las hortensias una biblioteca de trescientos o cuatrocientos volúmenes, la mayoría en lengua francesa, y varios tomos de poesía, desde Villon hasta Paul Verlaine.

Cristina los había leído casi todos y recitaba de memoria las baladas del antiguo poeta, admirable y cínico, el autor del *Pequeño testamento* y las canciones modernas del autor de las *Fiestas galantes* y de las *Romanzas sin palabras*.

Antonio comprendía que se estaba enamorando como un tonto. No pensaba más que en Cristina, y hubiese querido verla a todas horas. Comprendía, por malicia natural, que había que fingir un poco de indiferencia, porque si no estaba perdido.

Algunas tardes, cuando Antonio y Cristina pasaban las horas hablando con sencillez de sus asuntos, les sorprendía el sonar lejano de la bocina de un automóvil, que anunciaba la llegada de doña Dolores de Garibay, que venía de San Juan de Luz, y poco después salía alguno a la puerta del jardín para que entrase.

Al llegar, besaba a Cristina y daba la mano a Zabala y se ponía a charlar con ellos. Era una mujer muy ocurrente y muy divertida. Muchas veces les invitaba a hacer una excursión. Ella misma dirigía el auto.

La tía de Cristina no era siempre oportuna ni discreta, pero era buena persona. La chica de casa la dejaba hablar sin interrumpirla, aunque muchas veces dijera indiscreciones que no venían a cuento.

Cristina, que durante mucho tiempo no había querido salir de su casa porque consideraba más agradable para ella pasear por el jardín, cuando empezó a intimar con Dolores de Garibay, la acompañaba en el auto.

Muchos días se veían con Antonio en San Juan de Luz y así no daban que hablar, como en la aldea, donde todo se comentaba.

Doña Rosa, la tía de Cristina, prefería quedarse en casa, donde nunca la faltaban cosas que hacer en las habitaciones, en la huerta o en el jardín, con o sin la colaboración de Ganish o de su mujer.

A veces, doña Dolores les avisaba a Antonio y a Cristina que le esperaran en un punto y hacían excursiones por las cercanías.

Así, Zabala conoció diversos pueblecillos vasco franceses; a sur, Urruña, cerca

del mar; Ainhoa, y, hacia el norte, Ezpeleta y Cambo.

A doña Dolores le gustaba ejercer de guía, y les llevó al pintor y a Cristina, y les explicó las curiosidades de algunos pueblos: Urruña, cuyo detalle principal es la frase latina que ostenta en la esfera del reloj de la torre de su iglesia. Esta sentencia afirmativa dice: «Vulnerant omnes ultima necat» ('Todas hieren y la última mata').

Esas horas, a las que el lema del reloj se refiere, para Cristina y Antonio no tenían trascendencia; eran frases; para ellos la vida era casi eterna; no se sentían amenazados por la muerte ni la consideraban próxima, por lo cual las frases más pesimistas del mundo no les producían ninguna tristeza.

Estuvieron también en Ainhoa, en el valle de la Nivelles, pueblo a tres kilómetros del puerto fronterizo de Dancharinea. Como en muchas de estas aldeas del Labourd, los pueblos no son más que una calle que se confunde con el camino. En ellas está todo lo oficial y lo más importante: ayuntamiento, iglesia, escuela, presbiterio, correo, convento de religiosas y los dos o tres hoteles principales. Donde empieza Ainhoa comienzan las aceras tendidas a uno y otro lado de la calle; luego las aceras terminan, el pueblo acaba y lo que sigue vuelve a ser carretera.

Todas esas edificaciones de los siglos XVII y XVIII ofrecían muy curiosas características de un vasquismo sencillo y tradicional. Las casas más humildes solo tenían ventanas; las ricas, balcones en su primer piso, pero estos balcones se veía que eran aditamentos, novedades de un lujo y casi una muestra de riqueza y de rango.

En sus excursiones, doña Dolores puso gran interés en que el joven pintor visitase con detenimiento la iglesia de Ainhoa, del siglo XVI, a cuya torre cuadrada la dotaron en 1823 de un remate puntiagudo, al reparar destrozos causados por un rayo.

«Venga usted —le dijo a Antonio— y verá algo que revela una influencia de las iglesias de España.»

La cosa no tenía nada de particular, porque en otro tiempo este edificio religioso, rodeado por un cementerio profusamente florido y alegrado con trinos de pájaros, dependió del convento de premostatenses de Urdax en España.

Antonio Zabala se sorprendió de hallar en el interior de la iglesia un coro lleno de dorados y unas galerías de madera que parecían del siglo XVII. Doña Dolores, que había tenido, por lo que contó, cierta curiosidad por leer historias sobre el proceso de las brujas de Labourd, le habló de un arqueólogo que le dijo que aquellas galerías se hicieron con la intención de que durante los actos religiosos hubiera dentro de los templos separación de sexos. No le pareció menos curioso a Antonio descubrir en las cruces del cementerio el signo de la esvástica, que había dado mucho que hablar a principios de siglo.

Un día estuvieron de excursión en Ezpeleta, pueblo importante, donde en época antigua tuvieron su feudo unos barones que llevaban como título el nombre de la aldea. Su castillo fue incendiado en 1814 por Wellington. Del edificio no quedaba más resto que una fachada con una torre a un lado. Había gran contraste entre las piedras sombrías de esa vieja ruina y las blancas y deslumbrantes fachadas de las casas nuevas del lugar, alzadas al pie del Mondarrain, cuya cumbre ostenta las ruinas de un antiguo fortín.

«Por aquí anduvo un tal Muñagorri, que quiso terminar la primera guerra carlista con la divisa de “Paz y Fueros”», dijo Antonio.

Por allá, en Dancharinea, se contaba por algunos viejos que un bailarín de una fama extraordinaria fue a saludar con sus piruetas a Felipe de Anjou al entrar en España. El bailarín se llamaba Juan Quirno y bailó y bailó en San Juan de Luz ante el nieto de Luis XIV cuando pasó por allí para establecer en el país la dinastía borbónica.

Al bailarín, que fue famoso, se le llamó en vasco Dantchari, adoptando al vasco la palabra «danzarín». Luego, cuando se estableció en la frontera, el grupo de casas que se formó allí se le llamó Dancharinea, o sea, ‘del bailarín’.

También con doña Dolores y con Cristina fue Antonio a Cambo, uno de los sitios más bonitos de la pequeña región. Cambo tiene dos barrios independientes, el bajo y el alto; el primero, próximo a la estación del ferrocarril que une Bayona con San Juan de Pie de Puerto; el segundo, de más importancia, que disfruta de una vista soberbia sobre el valle del río Nive. Desde la altura de una colina, se extiende como en una bandeja, claro y luminoso. En la parte alta está la quinta que fue de Rostand, el autor de *Cyrano de Bergerac*, escritor en un tiempo admirado de una manera loca, y ahora olvidado de una manera también excesiva.

La iglesia de Cambo es un modelo del estilo del Labourd y tiene galerías de madera negra. También la esfera de su reloj muestra escrita una frase en latín, que parece ser réplica de la de Urruña. La de Cambo dice: «Dubia omnibus, ultima multis» (‘Dudosa para todos, la última para muchos’).

Parece que los constructores vascos tenían cierta delectación por las sentencias melancólicas y siniestras.

Había hecho Cristina a Antonio algunas confidencias. La muchacha había tenido un novio petulante, hombre de mal genio, de carácter despótico, al cual pronto se convenció de que le sería imposible querer. El noviazgo se había hecho por consejo de algunos parientes. Por su parte, al menos, las relaciones fueron frías y protocolares. Él, no pudiendo conquistarla, le había indicado que estaba decidido a marcharse a América, si ella no lo trataba de otro modo, y aunque la muchacha no se lo indicaba claramente, oyéndole, veía que se alegraba de la ruptura, porque de ese modo le perdería de vista, que era lo que estaba deseando.

Ello había pasado unos meses antes de comenzar la guerra española. Sabía Cristina que el mozo marchó a San Sebastián al empezar julio, donde solía veranear su familia, y desde que se separaron y riñeron no habían vuelto a tener noticias suyas, e ignoraba qué habría sido de él.

Tenía cierto temor de que hubiera hecho alguna cosa de mala intención contra ella, porque le consideraba capaz de todo. También parece que al último el ex novio se sentía comunista.

No le chocaría a ella que por entonces estuviera en San Sebastián o en Irún.

Hay suposiciones gratuitas que el tiempo confirma más tarde como realidades. Lo que Cristina había pensado como posible resultó, al cabo de algún tiempo, cierto. Su ex novio había estado en el ejército rojo de oficial. Su primer encuentro con los requetés había sido frente a una fábrica de Beasain. Después del encuentro, su ex novio marchó a San Sebastián y luego a Irún.

Cristina temía que si entraba en Francia la fuera a molestar. ¿Qué se podía hacer?

Por lo que la contaron, habían ido muchas fuerzas a atacar a Irún y al monte de San Marcial, dominado por los rojos.

Uno de los centros del ataque de los nacionales era Gainchurizqueta, nombre que parece indicar en vasco ‘sitio de la altura blanca’.

Día tras día, el bombardeo aéreo se intensificaba. Por la parte de Andoain, los nacionales iban ganando terreno. Se hablaba entre la gente de las trincheras de los rojos, donde abundaban los mineros asturianos y los extranjeros, de la amenaza de un bombardeo sobre la ciudad, que sufría consternada a sus espaldas. Los defensores, por su parte, miraban con recelo hacia la zona del Bidasoa y empezaban a pensar en la escapada. Hacia San Sebastián ya no era posible retirarse, pues se había perdido la capital de Guipúzcoa para los rojos.

El monte de San Marcial iba quedando convertido en una muralla agujereada por todas partes. Sobre el monte caía constantemente una lluvia de proyectiles, y, aunque algunos se perdían y se hundían en la tierra sin estallar, otros originaban muchas bajas.

Desde la orilla francesa del Bidasoa, donde apenas se descubría la mancha verde de la isla de los Faisanes, una muchedumbre de curiosos contemplaba el avance de los unos, la defensa de los otros, el asalto de las alambradas que cruzaban el monte en todas direcciones, el derrumbamiento de las chabolas bajo el estallido de los obuses.

Desde que comenzó septiembre, en Irún se fusilaba. Los rojos querían hacer una liquidación completa de los enemigos. Behovia lo abandonaban. Ya no había tiempo que perder, pensaban los milicianos, nacionales y extranjeros, si querían salvar, por lo menos, la vida.

El ex novio de Cristina, René, que tenía el grado de capitán, fue uno de los que salieron por el Puente Internacional, huyendo de la quema. Y esta frase era en aquellos momentos completamente verídica, porque antes de abandonar lo perdido, los vencidos decidieron arrasar Irún, y una turba de incendiarios regó con gasolina los edificios del paseo de Colón, hasta entonces respetados por la guerra; le prendieron fuego, tardando poco en convertirse en una inmensa hoguera.

Cuando los blancos entraron en la ciudad, solo encontraron minas humeantes; las casas, convertidas en solares llenos de escombros. Por todas partes montones de hierros retorcidos, objetos destrozados al pie de paredones negruzcos por el humo; un muestrario de los últimos residuos del mobiliario de todo un pueblo que quedaba destrozado y aniquilado.

Todavía no acabó por entonces la miseria para los iruneses. Se disparaba desde las alturas próximas y caían muertos soldados y jefes dentro de la ciudad quemada.

Pocos días después quedaban en manos de los nacionales Guadalupe, Santa Bárbara y Santiago Mendi, y San Sebastián estaba a punto de rendirse.

Allá, por las playas de la costa y, sobre todo, de Irún, bandadas de gente rapaz, sin ninguna idea política, recorrían las carreteras cargadas con el botín de última hora, llevándose relojes, máquinas de escribir, cacerolas y cuanto habían podido coger en las casas asaltadas.

Y entre ellos iba René, el ex novio de Cristina, que esperaba encontrar algo sustantivo entre las casas arruinadas.

Había descubierto Cristina que Antonio tenía una voz de barítono, bien timbrada, y el pintor, invitado a dar pública muestra de su talento musical, había cantado alguna cosa que ella había acompañado al piano. Pero lo que más interesaba a Cristina era que las distrajera, a su tía y a ella, dándoles a conocer algunas canciones vascas. Tía y sobrina estaban un poco decaídas y pesimistas.

Como Cristina no conocía canciones del país y hubiera querido acompañarlas al piano, fue preciso procurarse cuadernos de música vasca, para lo cual buscaron por algunas tiendas de San Juan de Luz sin hallar lo que deseaban. Antonio tenía esos papeles en Echalar, podía procurárselos el organista de la iglesia, y para ello hizo algunas gestiones cerca de gentes de su pueblo que atravesaban la frontera y que llevaban y traían noticias de su tío, y no tardó mucho en poder satisfacer la curiosidad de la muchacha.

Pocos días bastaron a Cristina para ponerse al corriente de aquellos trozos de música vasca, y, a partir de entonces, muchas tardes resonaban en el salón de la casa de las hortensias sentidas armonías, canciones de voz de mujer y otras de hombre sonora y bien timbrada.

Una de las canciones predilectas de Antonio era la de la *Paloma blanca*, una tonada muy romántica, cuya primera estrofa decía así:

*Uso zuria errazu
nora joaten zaren zu.
Espainiako bortuak oro
elurrez beteak dituzu;
gaurko zure ostatu
gure etxean baduzu.*

(‘Paloma blanca dime adónde vas. Los montes de España están llenos de nieve. Si necesitas un albergue lo tienes en nuestra casa.’)

Otras veces el tono de la canción era menos romántico, más humorista y otras veces, el pintor vasco se sentía eufórico, con ganas de pelear, y evocaba las gestas de los que llevaron a través del mar la gallarda intrepidez de los de su raza. En esas canciones e tonaba la canción que decía:

*Ni naiz kapitain pilotu.
Niri behar zait obeditu.
Ja, ja, ja, ja!
Bestela zenbaiten kasketa,
Bonbilun bat eta bonbilunera.
Buruan jartzen bazait niri,*

Bonbilun bat eta bonbilun bi.

Eragiok, Xanti, arraun horri.

(‘Yo soy el capitán piloto. A mí hay que obedecerme. Si no tengo mal humor, o una botella en el cuerpo, si se me sube a la cabeza una botella o dos botellas... Mueve Santiago ese remo.’)

Y ya más resuelto, como remate de la cadena de armonías en que había expresado la tónica variable de la poesía de su pueblo, el sobrino del boticario de Echalar lanzaba la despedida con aquella canción que decía:

Txarmangarria zira, eder eta gazte,

ene bihotzak ez du zu baizikan maite.

(‘Eres encantadora, hermosa y joven. Mi corazón no desea más que quererte.’)

Cristina le agradecía sus halagos con unas miradas en las que se descubría el mucho terreno que el pintor iba ganando en el empeño de conquistar a la muchacha; de hacerla olvidar aquel primer fracaso de su inclinación sentimental y de adueñarse de su pensamiento y objeto de sus ternuras.

Antonio se dedicaba a estas canciones porque ya notaba ella que eran declaraciones de amor más o menos encubiertas. A veces, estos cantos, sobre todo los vascos, tienen una melodía y un ritmo muy poéticos, pero no les corresponde la letra, que tiende a ser prosaica y burlona.

No siempre debió ser así. Gran parte de estas canciones, probablemente degeneraron con el tiempo, perdieron su antigua letra distinguida para avillanarse, siendo esta condición la que, en definitiva, ha perdurado.

Lo mismo decía Antonio que le había ocurrido al país, perdiendo la tradición noble y quedándose para ir tirando con la villanía.

Cuando Antonio iba a San Juan de Luz, encontraba con frecuencia milicianos españoles, algunos de las orillas del Bidasoa y la mayoría de la Ribera de Navarra, que andaban corriendo la campaña vasco francesa buscando algo para vivir. Le pedían que les ayudase en sus investigaciones. Pasaron algunos días. Al cabo de ellos, tropezó en Bayona, en los arcos donde estaban las mejores chocolaterías del país, con un tipo antipático y desagradable, un poco chulo, que le habló de unas señoras que vivían en un hermoso hotel de Galantenia. Por las señas que le dio, Antonio supuso que se trataba de Cristina y su tía. Zabala dijo que no sabía si las dos señoras estaban por el momento en la aldea.

Antonio se mostró prudente.

Los informes que recogió acerca del antiguo novio de Cristina, llamado René, eran malos; tenía fama de hombre brutal, audaz y cínico. Al parecer, era comunista. El joven René averiguó pronto dónde vivía Cristina y le escribió. Se presentó luego en el hotel de las hortensias, en Galantenia, y se encontró con que no había nadie en casa. Había ido Cristina con Antonio y su tía a Cambo, pero a la vuelta, cuando Ganish les dijo que había preguntado por ella un hombre joven y dio sus señas, le dio a Cristina un vuelco el corazón. Menos mal que Antonio había quedado en Ezpeleta un día, pues si no, de recibir la noticia en su presencia, no habría dejado de descubrir que algo grave había ocurrido.

A partir de ese momento, Cristina no vivió día con tranquilidad. Pensaba informar a su tía de lo que le pasaba, pero quiso guardarse para ella sola el disgusto y, sobre todo, trató de dominarse cuando Zabala estaba a su lado, para no hacerle sospechar de alguna novedad que a él se le ocultaba.

Dos días después llegó una carta, en la que el joven René, el ex novio, pedía una cita, diciendo que, de no contestarle, tomaría sus medidas para que no pudieran reírse de él. En realidad, Cristina no tenía obligación ninguna con su ex pretendiente, pues sus relaciones quedaron rotas de una manera definitiva.

Ahora no era fácil convencer de nada a un hombre petulante y soberbio, que se creía un ornamento del mundo.

Cristina rompió la carta recibida y no contestó. A partir de ese día, se cuidó mucho de no salir de su hotel, diciendo a Antonio que había empezado la confección de un jersey de punto un poco complicado.

El otoño se estaba echando encima y con sus días lluviosos no saldrían de excursión. Antonio se decidió a seguir sus planes para trabajar más horas en sus cuadros, que esa vez pensaba exponer en Bayona o en Biarritz.

Habían pasado unos ocho días desde que Cristina se había dedicado a la confección del jersey. Su tía estaba admirada de la actividad continua que de repente

le había entrado a su sobrina. Para la muchacha, cada punto que bordaba era como un alerta de inquietud. Pensaba en que su clausura y su silencio le harían comprender al joven comunista que no estaba inclinada a él y que la olvidara y la dejara en paz.

Antonio pensó que tenía un tanto abandonados los pinceles. Las constantes visitas al hotel de las hortensias, los paseos y las excursiones le habían ido apartando de la pintura. Hizo sus cuentas, y encontró que, aunque la situación suya no era todavía alarmante, porque su vida no dejaba de moverse dentro de términos modestos, no le vendría mal limitarse un poco a trabajar algo más.

Aquella tarde informó a Cristina de su propósito de empezar un paisaje, atraído por un rincón del bosque de Ainhoa, ya dorado por el otoño.

Había en el monte una parte muy tupida de árboles, un poco misteriosa, que podía servir para un paisaje romántico; también podían servir para una emboscada, pero Antonio pensaba no tener enemigos, al menos allí, donde nadie le conocía, y de haber habido merodeadores, habrían podido suponer que, siendo un pintor de poco prestigio y de poca importancia, no llevaría la cartera muy repleta.

Un domingo que estuvo en el chalet de las hortensias a visitar a las dueñas, encontró a Cristina muy pensativa.

—¿Qué le pasa a usted? —le preguntó.

—Ese hombre anda otra vez rondando por aquí —le contestó ella.

Antonio comprendió que se refería a su antiguo novio.

—¿Teme usted que vaya a hacer algo contra ustedes?

—No; temo que haga algo contra usted.

—No creo.

No se había atrevido Cristina a confiarse a Ganish para que hiciera indagaciones en el pueblo sobre si habían visto al individuo rondar por los alrededores del hotel y de la huerta.

Antonio acudía todas las tardes a pintar al bosque de Ainhoa, y el cuadro iba avanzando. El paraje era bastante solitario.

Comenzó el trabajo con gusto y durante una semana estuvo pintando con entusiasmo, y se mostraba contento de su obra. No le faltaba más que el último repaso y pensó que quizá convendría darlo una semana después.

Él tanteaba para ver si resultaba digno de verse.

Pensaba que ya estaba acabado el cuadro, pero insistía para dar una impresión de algo logrado, todo lo logrado que podía darse en él.

Pintaba por entonces una plazoleta de robles altos y tupidos, muy misteriosa, en las proximidades de una mina de hierro abandonada.

Cristina le animó a que insistiera y le recomendó volviese antes del anochecer.

Antonio tomó su paleta y su caja y se marchó al monte, cargado con el lienzo adquirido en la última de sus visitas a San Juan de Luz.

Abstraído en su trabajo, no hubiera sido capaz de percibir si alguien rondaba por el bosque con intención aviesa. A los ocho o diez días de ir al robledal, estaba ya en

sus últimos retoques y mirando con satisfacción su cuadro, cuando le pareció oír un ruido muy cerca de él.

La calvera del monte era ancha y Antonio colocó su caballete y su lienzo casi en medio de aquel espacio entre árboles. Se puso a pintar. Estaba alegre y optimista. A veces, vacilaba y pensaba si en otro lado o en otra esquina el paisaje sería más típico. En uno de sus movimientos, cuando empezaba el sol a declinar, vio a un hombre que le pareció el antiguo novio de Cristina. La idea del peligro le vino a la imaginación. Aquel hombre era capaz de cualquier cosa.

Antes de que se levantara, sonó a sus espaldas un tiro, y le pareció notar el olor de la pólvora. Valientemente se lanzó al sitio donde había sonado el disparo. ¿Habrían disparado contra él? Por absurda que la cosa pareciese, todo le inclinaba a sospecharlo.

Se volvió hacia la parte contraria adonde estaba sentado sobre una pequeña eminencia del terreno, y nada vio; pero al ir a recoger su lienzo, ya no le quedó la menor duda de que el tiro había sido para él, aunque por fortuna no le había alcanzado.

Casi en el centro del paisaje descubrió un agujero en el lienzo, atravesado por la bala.

¿Qué podía significar aquello? Por más vueltas que le daba, no acertaba a obtener de su espíritu la menor conjetura razonable. De lo único que estaba seguro era de que acababa de salir de un gran peligro. Por suerte, el pulso del criminal no debía de ser muy firme.

En tanto, el antiguo novio de Cristina estaba espíandole y le siguió desde lejos, yendo tras él y colocándose entre los árboles. Llevaba una pistola en el bolsillo de la chaqueta.

El hombre disparó dos tiros, que no le dieron a Antonio, y luego, sin duda, echó a correr.

En el camino de regreso fue pensando si daría cuenta o no a Cristina de lo que le había ocurrido. De hacerlo, tal vez, por su reacción, pudiera descubrir si la muchacha, más sagaz que él o mejor enterada, podría ponerle sobre el rastro que le llevara a dar con su enemigo, si es que lo era suyo el que le había atacado, caso de no tratarse de un error o de un fracasado asalto a su cartera.

Al último, decidió no decir nada a Cristina, pero al día siguiente toda la aldea sabía lo ocurrido en el monte.

Doña Dolores de Garibay, con sus rápidas decisiones, marchó a Bayona con su amiga y fue a visitar al jefe de policía de la ciudad, a pedir informes de René.

Los informes que le dio el jefe fueron malísimos; al parecer, René era judío y un hombre capaz de cualquier canallada. Tenía un pariente que estaba en Alemania y le escribía con clave, dándole datos de importancia que podían servirle para sus negocios de Bolsa. El pariente los aprovechaba y no daba el dinero bastante para que René estuviera contento.

Entonces René mandó al jefe de policía de la ciudad alemana la clave para descifrar las cartas que él enviara a su pariente a Alemania y, al parecer, a este le llevaron a la cárcel, donde murió.

René reclamó la herencia y le contestaron que fuera a Alemania, pero no se atrevió.

Doña Dolores contó esta historia a Antonio, pero no a Cristina, que hubiera quedado espantada.

Cristina avisó por la mañana a Antonio para que fuera al hotel de las hortensias y allí se decidió entre la tía de Cristina y Antonio la boda de los dos enamorados.

Cristina tocaba bien el piano y Antonio cantaba con gracia.

Una de las canciones vascas que preludió Cristina en el piano fue esta de dos recién casados, que cantó Antonio con entusiasmo:

*Ezkonberriak
bozkiroz daude,
bozkiroz daude
Egin direlakuan
alkarren jabe elizan.*

(‘Los recién casados están contentos porque se han hecho dueños el uno del otro en la iglesia.’)



PÍO BAROJA (San Sebastián, 28 de diciembre de 1872 - Madrid, 30 de octubre de 1956). Novelista español, considerado por la crítica el novelista español más importante del siglo xx. Nació en San Sebastián (País Vasco) y estudió Medicina en Madrid, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Su primera novela fue *Vidas sombrías* (1900), a la que siguió el mismo año *La casa de Aizgorri*. Esta novela forma parte de la primera de las trilogías de Baroja, *Tierra vasca*, que también incluye *El mayorazgo de Labraz* (1903), una de sus novelas más admiradas, y *Zalacaín el aventurero* (1909). Con *Aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), inició la trilogía *La vida fantástica*, expresión de su individualismo anarquista y su filosofía pesimista, integrada además por *Camino de perfección* (1902) y *Paradox Rey* (1906). La obra por la que se hizo más conocido fuera de España es la trilogía *La lucha por la vida*, una conmovedora descripción de los bajos fondos de Madrid, que forman *La busca* (1904), *La mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). Realizó viajes por España, Italia, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, y en 1911 publicó *El árbol de la ciencia*, posiblemente su novela más perfecta. Entre 1913 y 1935 aparecieron los 22 volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Aviraneta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las Guerras carlistas. Ingresó en la Real Academia Española en 1935, y pasó la Guerra Civil española en Francia, de donde regresó en 1940. A su regreso, se instaló en Madrid, donde llevó una vida alejada de cualquier actividad pública, hasta su muerte. Entre 1944 y 1948 aparecieron sus Memorias, subtituladas *Desde la última vuelta del camino*, de

máximo interés para el estudio de su vida y su obra. Baroja publicó en total más de cien libros.

Usando elementos de la tradición de la novela picaresca, Baroja eligió como protagonistas a marginados de la sociedad. Sus novelas están llenas de incidentes y personajes muy bien trazados, y destacan por la fluidez de sus diálogos y las descripciones impresionistas. Maestro del retrato realista, en especial cuando se centra en su País Vasco natal, tiene un estilo abrupto, vivido e impersonal, aunque se ha señalado que la aparente limitación de registros es una consecuencia de su deseo de exactitud y sobriedad. Ha influido mucho en los escritores españoles posteriores a él, como Camilo José Cela o Juan Benet, y en muchos extranjeros entre los que destaca Ernest Hemingway.